

Ver y vivir la ancianidad

Hacia el cambio cultural

PREMIO BIENAL DE ANCIANIDAD | 2005 - 2006



Fundación Navarro Viola

 **La vejez es también una edad para vivir**

 **Ver y vivir la ancianidad**
Hacia el cambio cultural

Buenos Aires
2007

Ver y vivir la ancianidad: hacia el cambio cultural / José Yuni ... [et al.];
edición a cargo de Sonia Hurtis. - 1ª ed. - Buenos Aires:
Fundación Navarro Viola, 2007.
100 p.; 30x21 cm.

ISBN 978-950-99448-9-3

1. Sociología de la Cultura. 2. Ancianos. I. Hurtis, Sonia, ed.
CDD 305.26

ISBN 978-987-1330-04-1

© Fundación Navarro Viola, 2007
Av. Quintana 174 - C1014ACO Buenos Aires, Argentina

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación o cualquier otro sistema de archivo y recuperación de información, sin el previo permiso por escrito del Editor.

All rights reserved. No part of this work may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying and recording or by any information storage or retrieval system, without permission in writing from the publisher.

Primera edición: 500 ejemplares

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Colaboración: Vanesa Barreiro

Diseño de tapa: Cecilia Paz

Diseño, composición y armado interior:
Caligrafix Servicios Gráficos Integrales S. H.
Av. Pueyrredón 1440, 2º - C1118AAR Buenos Aires
info@caligrafix.com.ar - www.caligrafix.com.ar

Se terminó de imprimir en
Talleres Gráficos DEL S. R. L.
E. Fernández 271/75 - B1868AEE Piñeyro
delsrl@yahoo.com.ar
Julio de 2007

Compilación y edición

Sonia Hurtis

Documentos especializados

María Inés Passanante

Graciela Petriz

Norma Tamer

José Yuni

Anexos

Carlos García Díaz

Norberto Padilla

Consejo de Administración

Presidente Honorario	Dr. Carlos Valiente Noailles
Presidente	Dr. Norberto Padilla
Vicepresidente	Ing. Diego Herrera Vegas
Consejero Titular	Dr. Luis M. de Pablo Pardo
Consejero Titular	Lic. Enrique Valiente Noailles
Consejero Titular	Dr. Juan Ferrari Herrero
Consejero Suplente	Dr. Carlos Lozada Allende
Auditor	Cont. Pedro Javier Linaza
Síndico	Dr. Roberto Martín
Secretaría General	Lic. María Eugenia Herrera Vegas

Asesores Honorarios

Dra. Raquel Navarro Viola

Hna. Bernarda Tonina

Dr. Julio Bello

Dr. Eduardo Cárdenas

Dr. Abraam Sonis

Prof. Nieves Tapia

Dr. Alfredo Van Gelderen



María del Carmen
1894-1987



Sara
1895-1988



Marta
1902-1988

La Fundación Navarro Viola es una fundación donante e independiente, creada en 1973 por María del Carmen y Sara Navarro Viola y Marta Navarro Viola de Herrera Vegas, para cumplir con su objeto de apoyar la educación, la medicina social y la atención a la ancianidad. En memoria de sus padres, las fundadoras quisieron afectar un patrimonio y dar una orientación a la continuidad de las obras de bien público y ayuda al prójimo que, con inteligencia y sensibilidad, realizaron a lo largo de sus vidas.

En memoria de
JAVIER ARAGONE (†22-12-2006)
que tanto contribuyó a hacer realidad los sueños y proyectos
del Premio Bienal de Ancianidad 2005-2006.



Índice

Introducción	13
El Premio	15
Los Premiados	17
Ciclo de seminarios	23
Ver y vivir la ancianidad. Hacia el cambio cultural	27
Documentos especializados	39
Los autores	39
El envejecimiento como un desafío para las sociedades de hoy <i>por María Inés Passanante</i>	41
A las puertas de la longevidad: ¿autonomía o dependencia? Reflexiones y alternativas desde la educación <i>por Norma Tamer</i>	49
Envejecimiento y cambio cultural: tramas y configuraciones emergentes <i>por José Yuni</i>	65
El envejecente en el mundo actual; nuevos interrogantes, viejos problemas. Una mirada desde la psicología <i>por Graciela Petriç</i>	79
Anexos	91
Palabras del Dr. Norberto Padilla, Presidente de la Fundación Navarro Viola, con motivo de la apertura del acto de presentación del Premio Bienal de Ancianidad 2005-2006	91
Testimonio de Vida: envejecer en el siglo veintiuno <i>por Carlos García Díaz</i>	95
Extracto de las palabras de bienvenida del Dr. Norberto Padilla, Presidente de la Fundación Navarro Viola, con motivo del acto de entrega de premios del Concurso Bienal 2005-2006	99

Introducción

La Fundación Navarro Viola impulsa esta publicación con la intención de incidir en la forma de ver y vivir la ancianidad y fortalecer el valor del anciano en la sociedad, produciendo cambios culturales. Para ello, esta edición expone los conocimientos, novedades y conclusiones que enmarcaron el Premio Bienal 2005-2006 “Nuestros Ancianos, la Familia y la Sociedad”.

Desde su inicio en 1973 y a través de un llamado bienal, la Fundación Navarro Viola premia y promueve acciones relacionadas con los tres propósitos básicos que conforman la razón de su existencia: educación, medicina social y ancianidad. Son los temas que siempre priorizaron en su actividad las hermanas Navarro Viola, fundadoras de esta organización sin fines de lucro.

Como otras, la decimotercera edición de la premiación no constituyó un mero concurso de proyectos sino que representó una actualización de la propia institución y de otras, vinculadas a la temática convocante, a través de destacados especialistas.

Es que las problemáticas que enfrenta la vejez en la Argentina se mantienen y sólo es posible avistar su resolución a través de una renovación cultural que permita internalizar los cambios que se producen de forma lenta y casi invisible desde principios del siglo pasado, pero que en la actualidad se han transformado en una verdadera revolución. Sin embargo, la sociedad entera actúa como si nada hubiera cambiado.

Con la intención de impulsar el cambio que colabore con mejorar la situación social de los adultos mayores, la Fundación Navarro Viola diseñó un premio que introduce modificaciones sociales a través de la promoción de proyectos orientados a mejorar la calidad de vida de los ancianos, generar lazos intergeneracionales, estimular e integrar su ejercicio intelectual y reflexivo con elementos generadores de emoción y placer, formar personas para su cuidado y atención y promover cambios culturales en la manera de ver la ancianidad como una etapa de la vida.

Persiguiendo el objetivo de colaborar con la formación de otras entidades intermedias y personas como agentes del cambio social que demanda la ancianidad, la Fundación Navarro Viola organizó un ciclo de seminarios. Para ello, convocó a destacados especialistas y a una audiencia integrada por público general y organizaciones dedicadas a la ancianidad.

Además de difundir las modalidades propuestas por el premio a través de una campaña de comunicación en medios masivos y especializados, la Fundación Navarro Viola publica las conclusiones arribadas y el material presentado en los encuentros. La intención de replicar todas las novedades y cambios que surgieron de la interacción multidisciplinaria que generó el premio se basa en el convencimiento de que su difusión colaborará con gestar una transformación en la cultura.

El Premio



“La acción de la Fundación ha estado en el amparo a la vejez desvalida, sobre todo a la que sufre situaciones de pobreza, exclusión y soledad, pero sin perder de vista un objetivo más amplio, que es bregar para que esa etapa de la existencia humana encuentre condiciones plenamente dignas a través de su inserción en la sociedad. Entendemos por ello que los ancianos sean apreciados constructores de la sociedad, transmisores de los valores y de la cultura, rodeados de respeto, afecto y cuidado por los más jóvenes. Hoy en día constatamos que es posible no sólo vivir más que las generaciones que nos precedieron sino de una manera mucho más activa afectiva, familiar y comunitariamente. Al mismo tiempo, y como una paradoja, el eficientismo y la deshumanización, la relajación de los valores y de los lazos sociales, amenazan con formas de marginación impensables en las sociedades tradicionales”, declaró el Dr. Norberto Padilla, presidente de la Fundación Navarro Viola, en el acto de lanzamiento del Premio Bienal de ancianidad “Nuestros ancianos, la familia y la sociedad”, el 27 de julio de 2005 (Ver sus declaraciones completas en la sección “Anexos”).

Más de ochenta personas participaron de la inauguración en la que diversos especialistas ofrecieron su visión profesional sobre el tema convocante, y en la que también se presentó el jurado elegido por el Consejo de Administración:

- María Julieta Oddone, licenciada en Sociología, miembro de la carrera de Investigador del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), profesora titular e investigadora de la facultad de Ciencias Sociales de la UBA (Universidad de Buenos Aires), directora del área de Envejecimiento y Sociedad de la FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales).
- Julio Bello, médico, director de la maestría en Administración de Salud y director de posgrado en Salud Social y Comunitaria de la Universidad Maimónides.
- Claudio García Pintos, doctor en Psicología y profesor titular de la Cátedra “Psicología de Adulto y Familia” de la facultad de Psicología y Educación de la Universidad Católica Argentina.
- Javier Aragone, licenciado en Administración de Empresas, Director de la revista *Un Camino* y Presidente de la Fundación Aljibe.
- Roberto Barca, médico, especialista en geriatría, miembro fundador y primer Presidente de la Asociación Gerontológica Argentina.

Entre todos, y con la asistencia de la Lic. Vanesa Barreiro de la Fundación, diseñaron las bases del premio y propusieron líneas de trabajo que orientaron el accionar hacia contribuir con que las personas de edad sean cada vez más reconocidas y valoradas en la sociedad argentina. Según palabras del Dr. Padilla, conformaron “un equipo armonioso, en el que han confluído una alta profesionalidad con un profundo sentido social y humano”.

“Nuestro trabajo en el jurado está orientado básicamente hacia la promoción humana, la integración del anciano y la visualización de la ancianidad no como una enfermedad sino como una etapa

de la vida rica en experiencia y en aportes, aunque la sociedad actual muchas veces ponga dificultades para poder expresar esa sabiduría tan declamada pero poco respetada”, explicó el Dr. Julio Bello en la inauguración.

“Tomamos conciencia de que estamos en una situación renovada y de cambio, nosotros somos –quizás– la primera generación de viejos, por lo menos mayores de sesenta y cinco, que estamos en actividad y trabajando, dando testimonio en nuestro país y también en el mundo”, señaló el Dr. Bello a manera de ejemplo de las novedades que se producen en esta etapa de la vida. Para aclarar aún más, remitió a figuras históricas: “Piensen que Carlos Pellegrini debe haber muerto viejo a los casi sesenta y que Miguel Cané, de cuya muerte se cumplirán próximamente cien años, murió a los cincuenta y pico y la imagen que de él tenemos es la de un patriarca ya entrado en años”.

Invitado por la Fundación Navarro Viola para ofrecer su testimonio de vida, el Dr. Carlos García Díaz (1910-2006) se refirió a que “la franja etaria de los sesenta y cinco años se extiende cada vez más. Nunca antes se había dado la convivencia de las generaciones como ahora: hijos, nietos, bisnietos”, en relación al aumento sostenido de adultos mayores a raíz de la longevidad en contraposición con la escasa cantidad de nacimientos, producto de la reducción de las tasas de natalidad y el consiguiente envejecimiento poblacional.

En vida, fue Doctor en Medicina de la Universidad de Buenos Aires con formación de posgrado en Administración Hospitalaria. Además se desempeñó como asesor Científico del Centro de Investigaciones Epidemiológicas de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires.

El Dr. García Díaz consideró que una versión de la vejez, por breve que fuera, sin la consideración de la “inseparable realidad de la muerte” no sería completa. “Envejecer es acercarse al final. Cuanto más viejo, más cerca”, dijo. Y se refirió a que “la hermana muerte es parte de la vida”. En relación al sentido de la existencia distinguió: “no es un mensaje de aniquilación, si reparamos en su sentido vital. Hay una diferencia entre llegar simplemente a un final y el cumplimiento de lo que se ha llevado a cabo. Los antiguos hablaban de *ars moriendi*, el arte de saber morir, la aceptación de la muerte como el cumplimiento de un compromiso con la vida, tal vez de una misión”.

Al cierre de su disertación, el Dr. García Díaz ofreció una mirada distinta: “a la espera, sin angustia ni apuro, de ese día, sólo por Dios conocido, en el que la vida sin tiempo se confundirá en el eterno abrazo del amor sin medida. Ya no contará los días en la mesa del ágape que, abastecida del amor infinito, tendida nos espera” (ver sus declaraciones completas en la sección “Anexos”).

Los Premiados



“Cincuenta y dos instituciones respondieron a la convocatoria del Premio Bienal de Ancianidad 2005-2006. Agradezco a todas por lo que hacen y aspiran a hacer. El Jurado ha cumplido su misión de seleccionar cinco de esos proyectos, en los que hay una representatividad significativa de nuestra vasta geografía y de aspectos de la promoción de una mejor calidad de vida de los ancianos”, dijo el doctor Norberto Padilla en el auditorio de la Fundación Navarro Viola, al dar inicio al acto de premiación conducido por la señora Mónica Cahen D’Anvers (ver su discurso completo en la sección “Anexos”). La convocatoria a participar del concurso se basó sobre una campaña de comunicación en diversos medios masivos y especializados.

En representación del jurado, el Dr. Claudio García Pintos se refirió a que todos los proyectos premiados “son acciones que pensamos para los adultos mayores, pero, en definitiva, los beneficiarios somos nosotros. Es que tal vez no nos damos cuenta, pero existen sólo dos caminos: llegar a viejo o morirse joven, y es más terrible morir en la juventud que alcanzar la vejez. De modo tal que no podemos hablar de *ellos*, porque *todos* somos, seremos, estamos siendo viejos algún día. El problema no es la vejez del individuo, el problema es la vejez de la cultura”, remarcó.



Entre cicerones y herederos: Córdoba narrada por sus mayores fue la ponencia que más se acercó a las expectativas del jurado. El CEPRAM (*Centro de Promoción del Adulto Mayor*) propuso construir un espacio común de integración entre personas de edad y niños para el conocimiento, valoración y cuidado del patrimonio cultural, social y ambiental de la ciudad de Córdoba.

El plan contempla llegar a tres mil alumnos llamados *herederos* y capacitar a cincuenta adultos mayores como *cicerones*, en diversas actividades: historia y arquitectura coloniales, patrimonio histórico, estrategias pedagógicas para niños de cuatro a seis y de nueve a doce años, taller de títeres, narración oral, lectura, talleres de integración y cohesión grupal.



Se trata de dar a conocer el patrimonio histórico de la capital provincial a chicos de escuelas urbano marginales que desconocen el valor cultural local, en parte, por no interactuar lo suficiente con personas que les den a conocer su condición de referentes de identidad en lo que a cultura se refiere. El proyecto incluye la edición y publicación del libro: *Doña Cicerona y Olayón: el Cabildo, la Plaza y la Catedral*.



También fue premiado **El cielo patagónico para los abuelos de Esquel, Chirón**. La *Fundación Educándonos* de la ciudad de Esquel, provincia del Chubut, brinda a los adultos mayores un proyecto de trabajo altamente participativo, de un año de duración, que implica una revalorización de la relación familiar, especialmente con los nietos, con un fuerte compromiso con la comunidad, focalizando sobre el aprendizaje de conceptos astronómicos.

Se trata de un taller destinado a los adultos mayores de la localidad, a través de la enseñanza e intercambio sobre el cielo desde



la astronomía, las ciencias naturales, la historia y la cultura general. Estos aprendizajes se realizan a partir del trabajo didáctico sobre los conceptos propios de distintos fenómenos que ocurren en el cielo patagónico, y en su materialización a través de un trabajo tecnológico (construcción de relojes de sol y de estrellas, entre otros).



Con la intención de hacer visible el protagonismo de los adultos mayores y los jóvenes en la comunidad, a través de acciones intergeneracionales e intersectoriales que permitan ser replicadas, la *Fundación Gente Nueva*, de San Carlos de Bariloche, provincia de Río Negro, presentó ***Ancianos Protagonistas, Jóvenes Transformadores***



que también motivó el reconocimiento del jurado, en representación de la Fundación Navarro Viola.

El proyecto incluye la creación de consejos de ancianos barriales voluntarios, comenzando por los barrios donde se insertan las escuelas de la *Fundación Gente Nueva*. Los jóvenes son los encargados de diseñar la estrategia de conformación de los consejos, que son gestionados por los adultos mayores que trabajan en temas de las realidades barrial y local. Estas acciones abarcan a las comunidades cercanas, identificando y subsidiando proyectos destinados a promover la inclusión social, laboral y educativa de quienes transitan la juventud y la niñez.



Para mejorar la calidad del cuidado familiar brindado a las personas de edad y promover el autocuidado y la autoasistencia de los ancianos, la *AGSSF (Asociación de Gerontología Social de Santa Fe)* presentó el proyecto ***Curso para cuidadores familiares y el autocuidado de adultos*** que fue reconocido por el jurado de especialistas.

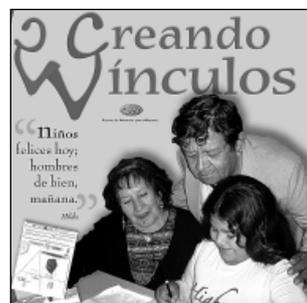


Se trata del diseño y ejecución de un curso que comprende la capacitación, en el tema que motiva el título de la ponencia, no sólo de los adultos mayores sino también de familiares de los ancianos con deterioros cognitivos o funcionales, en los aspectos básicos del cuidado.



Vínculos fue reconocido en el Premio Bienal porque busca generar acciones de participación de adultos mayores en procesos de fortalecimiento de la niñez en situación de riesgo y la conservación de la cultura y la historia de una comunidad.

Las actividades impulsadas por la *Fundación Nuestra Señora del Hogar, Obra del Padre Mario* en González Catán, provincia de Buenos Aires, incluyen el trabajo de adultos mayores en las escuelas. Además, contemplan la creación y difusión de material escolar sobre temas relacionados a diferentes áreas como lengua y ciencias sociales, entre otras. También tiene en cuenta la capacitación de ancianos y docentes en la temática del envejecimiento.



“Estos premios nos hablan de amor, palabra tan excelsa como devaluada, ya que es amor operante lo que estas instituciones ejercen con entrega y sacrificio”, dijo el Dr. Padilla en alusión a la obra de las entidades premiadas y llamó a la reflexión: “en estos primeros años del nuevo milenio nos interrogamos sobre el envejecimiento de algunas sociedades, donde los ancianos viven considerablemente más años que sus mayores pero las familias no son pródigas en hijos. Al mismo tiempo vemos que la familia celular, cuando no la familia destruida, tiene poco espacio para acoger al anciano, espacio físico y a veces también del corazón” (ver la declaración completa en la sección “Anexos”).



El motivo del premio en sus distintas instancias –promoción de proyectos, ciclo de seminarios, campaña de comunicación y la presente publicación– es promover un cambio cultural en la mirada que tiene la sociedad sobre la vejez. A través de una anécdota personal el Lic. Claudio García Pintos hecha luz sobre el tema: “pasé unos días de descanso en Colonia del Sacramento, Uruguay, en una posada muy linda, austera y pulcra, administrada por una señora japonesa. Pero había algo que no me gustaba. En el lugar del desayuno había floreros con flores que merecían un cambio porque ya no estaban frescas. El hospedaje tenía un jardín en plena floración. Éstas eran de ahí. A los dos días el florero seguía con las mismas flores, cada vez más secas. La curiosidad me llevó a preguntarle por qué”.

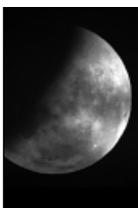
Entonces la mujer sonrió y le respondió: “esa es una tradición familiar, que teníamos en Japón. La flor fresca se corta y se pone en el florero y se espera que se caiga sola, para poder apreciar la belleza de la flor en todas sus estaciones”. La señora hizo una pausa y continuó: “fíjese, si observa con detenimiento la belleza de esos tonos marrones que está tomando, como viran hacia otros colores”. García Pintos prosiguió: “bellísimo. Un impacto. Empecé a mirar distinto y vi la belleza de esos tonos del otoño, digamos, de la flor. Creo que ese es el cambio cultural: ver la belleza de la vida en todas sus estaciones. Para lo cual es importante, sin duda, que cambiemos el ojo con el que miramos una cultura tan utilitaria”, en clara alusión a la sociedad capitalista que mide en términos de utilidad. La palabra útil no puede ser aplicada a las personas, porque su opuesto, inútil, tampoco es aplicable.

“Creo que el cambio cultural pasa porque descubramos que los ancianos son valiosos, esa es la categoría que se debe aplicar a los seres humanos. En términos de valor, no de utilidad”, aseguró al finalizar.



Una vez entregados los premios y en marcha los proyectos, las organizaciones reconocidas opinaron sobre el funcionamiento de cada uno de los emprendimientos que presentaron. Para el CEPRAM el premio de la Fundación Navarro Viola al proyecto **Entre Cicerones y herederos: Córdoba narrada por sus mayores** “ha generado la posibilidad de concretar un sueño; hemos podido pasar del proyecto a la acción. Cientos de niños tienen una abuela más: Doña Cicerona. Han descubierto en la voz y en la compañía de los mayores una historia que les era propia pero desconocida. Los mayores voluntarios dejan, a través del juego o de un cuento, su recuerdo en la memoria de los niños y se comprometen como ciudadanos ejemplares. Los más pequeños lo retribuyen con preguntas, sonrisas o un beso y en este intercambio la alegría del encuentro da sentido al tiempo compartido. Encuentros trascendentes y fecundos, tanto para el futuro de los niños, como para el presente de los mayores de nuestra comunidad”.

Es que el proyecto superó las metas que se había propuesto. Tal es así, que en agosto de 2006 firmaron un convenio con la Municipalidad de Córdoba para incluir a toda su población en el programa.



Según la *Fundación Educándonos*, impulsora del proyecto ***Chirón: El cielo patagónico para los abuelos de Esquel***, la concreción del proyecto “nos da la posibilidad de tener una nueva perspectiva en nuestras vidas: todos, sin distinción, seremos siempre jóvenes para aprender sobre lo que sucede en el cielo”.

“Para caminar a un mundo mejor es necesario el protagonismo de los mayores. En una realidad que nos indicaba que los abuelos ya no eran parte del presente, es que decidimos apostar a tender puentes entre ellos y el resto de la sociedad, a través de diferentes acciones o programas, donde los abuelos son activos hacedores” resumió Gustavo Gennuso de la *Fundación Gente Nueva*, impulsora del proyecto ***Ancianos protagonistas, Jóvenes transformadores***.



Desde la *Asociación de Gerontología Social de Santa Fe*, institución que puso en marcha el ***Curso para cuidadores familiares y el autocuidado de adultos***, prefirieron llamar la atención de otras entidades intermedias, convocándolas a participar de forma activa en el cambio: “el único camino posible para dignificar las últimas etapas de la vida, pasa por la educación sobre la vejez en todos los niveles, desde el inicial hasta el posgrado universitario. La revolución gerontológica, de base educativa, debe darse en forma paulatina pero progresiva y de abajo hacia arriba, no debemos esperar que los gobiernos sean los que intenten solucionar los problemas de los que envejecen, somos los gerontólogos y las ONG que nos reúnen, los que debemos continuar marcando el rumbo”. Así lo expresaron la Lic. María Graciela Domínguez y el Dr. Hugo Valderrama.

“El premio es la oportunidad, para nuestros mayores, para los niños y para los profesionales que compartimos un mismo sentido, de vivir la restitución de la dignidad del hombre que envejece”, dijeron desde la *Fundación Nuestra Señora del Hogar, Obra del Padre Mario*, impulsora del proyecto ***Vínculos***. Además, otorgaron una mirada vivencial para compartir la experiencia: “es significativo ver en los encuentros cómo, de modo natural, los niños más inquietos se acercan a las personas mayores más activas que cuentan relatos o son los *actores* del encuentro temático. Y cómo otros se acercan casi imperceptibles a la abuela más apaciguada. Suele suceder que los niños toman contacto apoyando una mano u otra parte de su cuerpo sobre el de los ancianos y ello, inmediatamente, produce el vínculo. La persona mayor lo advierte, lo toma de la mano, se miran y sonríen. En ocasiones basta que uno de ellos tienda su mano para que varios niños quieran tomarla, la sonrisa de sus rostros son elocuentes”.





El Dr. Norberto Padilla entrega el premio al Centro de Promoción del Adulto Mayor (CEPRAM)



El Dr. Juan Ferrari Herrero entrega el premio a la Fundación Educándonos



El Lic. Enrique Valiente Noailles entrega el premio a la Fundación Gente Nueva



El Ing. Diego Herrera Vegas entrega el premio a la Asociación de Gerontología Social de Santa Fe (AGSSF)



El Dr. Roberto Martín entrega el premio a la Fundación Nuestra Señora del Hogar, Obra del Padre Mario

Ciclo de seminarios

“En la televisión, los cuerpos viejos no hablan. Son referidos por otros; hay alguien que dice lo que se supone que quieren decir, cuáles son sus necesidades, qué reclamos harían”, declaró la Lic. Laura Bosque en el encuentro titulado *La imagen de la vejez en los medios*, organizado por la Fundación Navarro Viola en el marco del Premio Bienal 2005-2006.

Como parte de la tesis de su maestría en gerontología, la psicóloga analizó veintinueve programas de televisión abierta. De los analizados, tomó tres como caso testigo. Si bien cuantitativamente las imágenes televisivas mostraban una cantidad de cuerpos viejos semejante a la de otras categorías, observó que los adultos mayores nunca tienen voz propia.

En la Argentina, los ancianos representan el diez por ciento de la población y, como consumidores de medios, alcanzan el setenta y siete por ciento de la televisión abierta. Además, son los mayores oyentes de radio AM y suman entre el quince y el veintitrés por ciento de los lectores de diarios nacionales.



El envejecimiento es un proceso diferencial. Aunque cada persona envejece de un tiempo y una forma diferentes, según la Lic. Bosque, la televisión no es representativa en este sentido. También se refirió a los prejuicios porque “este medio de comunicación masiva habla de que los adultos mayores no entienden; que no se pueden parar o no pueden adaptarse a las nuevas tecnologías. Esto es lo que se dice y lo que se construye como imagen. Y esta imagen la consumen los propios viejos, los que estamos envejeciendo y también los niños”, aseveró.

El Lic. García Pintos, que ofició de moderador en el encuentro, planteó tres interrogantes: “¿de qué hablamos cuando hacemos referencia a la vejez?, ¿a quién nos referimos al hablar de los viejos? y ¿desde dónde habla cada uno cuando alude a *ellos*?” y respondió “estamos hablando de *nosotros*, porque en definitiva todos estamos en camino de ser viejos, o ya somos o lo seremos. Es decir, si no nos morimos, llegaremos a ser adultos mayores”. Aunque, según explica, “siempre que hablamos de *ellos*, insisto, nos alejamos del tema y lo tomamos como una cuestión que nos incumbe poco”.

Finalmente, llamó a la reflexión “si habláramos desde *nosotros*, de *nosotros* y pensáramos para *nosotros*, ¿mostraríamos lo mismo que mostramos en los medios?, ¿valoraríamos aquello que comunicamos o descalificaríamos de la misma forma que descalificamos en los medios?”.

Citando a Simone de Beauvoir, la Lic. Bosque destacó que “la vejez tiene dos posibilidades, dos sentidos: uno particular y otro que depende de la categoría social, de la valoración de la sociedad en la que ese proceso de envejecimiento se está desarrollando. Por eso, es tan importante saber qué dicen los medios en nuestro país, qué estamos diciendo acerca de nuestro proceso de envejecimiento y acerca de los que ya son viejos”.

Acerca de la educación de los argentinos sobre la vejez se refirió la Lic. María Julieta Oddone, que aseguró que “educamos a nuestros hijos y nietos con una imagen deficitaria de la vejez”. Es que la socióloga analizó la imagen de los ancianos en los libros de lectura escolar vigentes desde 1880 hasta el año 2001.

Comenzó el trabajo estudiando cómo las sociedades, en particular la argentina, transmitían a las nuevas generaciones la imagen y el lugar que tienen las personas mayores en la sociedad. “Consideré que, para ello, los libros de lectura en las escuelas podrían ser un buen ejemplo”, señaló.

Organizó su investigación en etapas. En el primer período (1880-1930) es donde “más personajes viejos aparecen y toda la escena se desarrolla en la Argentina, que es el granero del mundo. En ese momento, la palabra viejo no era peyorativa, sino que se usaba sin inconvenientes”, observó la Lic. Oddone. “Permanentemente hay personajes viejos en el texto en distintas situaciones, donde es posible hablar del viejo maestro o el viejo sirviente sin problema. Todos ellos son personajes que físicamente se encuentran marcados por las arrugas, doblados, usan bastones, pero que mentalmente son absolutamente lúcidos y son quienes tienen la función de transmitir los valores a los niños. En el contexto de la familia extensa, el viejo debe ser respetado y escuchado. Por lo tanto, los viejos tienen roles sociales que cumplir, tienen que transmitir los valores imperantes de la cultura”, explicó la especialista.

Una segunda etapa, importante en relación a la imagen de vejez, es la que se da en el período de pre y posguerra, es decir, de 1940 a 1959: “se muestra un país donde se va generando la industrialización y, por lo tanto, se presenta un nuevo personaje: el obrero. Entonces, a los niños se los educa en una visión de país industrializado”.

La socióloga también observó que, “mientras en el período anterior la familia que se ve es sólo extensa, en esta etapa, si bien vemos muchos casos similares, se comienzan a observar formas nucleares. Observamos niños que viven en la ciudad que van a visitar a sus abuelos en el campo. Pero básicamente aparecen algunos personajes que revelan que el viejo también es respetado, querido por los niños; además, se les enseña una cantidad de valores éticos de respeto a los ancianos. Hay todo un listado de normas para respetar a los ancianos, como levantarles la bolsa, cederles el asiento en el colectivo, entre otros. Esto aparece en todos los libros de lectura del período. La cantidad de apariciones también son importantes. Llegan a más del cincuenta por ciento de las lecturas”.

“En este período existe una lectura donde aparece un abuelo jubilado que está haciendo un trabajo de carpintería, el nieto le pregunta qué hace y el abuelo le dice *estoy ocupando mi tiempo libre*. Entonces, surge la necesidad de ocupar el tiempo libre. Casualmente, en esta etapa, aparece “la palabra *viejo* como peyorativa”. La investigadora también halló gran cantidad de escenas ligadas a los derechos de la ancianidad, que van a ser incorporados en la Constitución de 1949, que tiene que ver con esta época.



En 1960 y hasta 1995 desaparecen los viejos de los libros de lectura. Según la socióloga sólo es posible encontrar una lectura o dos por libro con un personaje anciano: “esto es bastante indicativo. Primero: ¿quién reemplaza a aquel que transmitía los valores importantes de la cultura? El maestro, los padres, un tío, una tía, un hermano mayor, una generación más cerca de los niños. Los viejos no opinan”.

A medida que pasa el tiempo a ese personaje viejo que aparece en el material estudiado “se lo representa cada vez más tonto. Uno puede referirse a una abuela muy simpática o muy amorosa con su nieto, pero que va al supermercado y saca la última lata y se caen todas”. Por lo tanto, se produce un cambio “en lo que transmitimos a nuestros niños en relación a los mayores”. De ser los transmisores fundamentales de los valores de la sociedad, que es tener un rol social, los ancianos pasan a cumplir sólo el rol familiar de abuelo. “Ya no son más ni *Pepe* ni *José*, son abuelos y nosotros los decimos *abuelo*, ¿adónde quiere ir? o ¿qué le duele abuelo? Al resto de las personas que caminan por la calle les decimos *señor* o *señora*; no les decimos *tía* o *primo*. Es decir que mientras las mujeres pasaron del mundo privado al mundo público, pareciera que los viejos salieron, para quedarse en el entorno doméstico, con el rol familiar de abuelo”, observó la especialista.

Oddone encontró que en los libros que van de 1997 a 2001, si bien en algunos casos nada cambió, en otros, aparecieron muchos más personajes viejos que en el material de lectura del período anterior. “De golpe, encuentro que uno de los textos dice: *vamos a hacer un flan. Pregúntale a tu mamá, a la tía o a la abuela. ¡Ahora se le puede preguntar a la abuela! Juancito fue con su papá y su abuelo a pescar.* Tres generaciones se van a pescar otra vez juntos. ¿Qué pasó con la palabra *viejo* en 1997? Nuevamente, no aparece peyorativamente”. Según la socióloga, en este período los abuelos dejan de ser “lelos” para recuperar su capacidad de ayudar.

“Las sociedades en crisis vuelven a valorizar a los viejos, porque se quedan sin parámetros y necesitan de los valores de las generaciones anteriores. La sociedad de 1997 hasta el 2001 estaba en crisis, tal vez por eso se incorporaron nuevamente a los viejos desde otro lugar, en los libros de lectura. Es una hipótesis posible”, concluyó la investigadora.

Con la intención de que los adultos mayores y sus familias puedan disfrutar de la vida con calidad la Fundación Navarro Viola, con la colaboración de la *Asociación de Gerontología Social de Santa Fe*, puso en marcha ***Deterioro físico y mental en la ancianidad: propuestas y alternativas a la problemática familiar.***



Se trató de un taller en el que se trasladaron los conceptos básicos de cuidado, que debe conocer todo cuidador de anciano. Es decir, cómo ocupar el rol de cuidadores sin que ello represente una carga, deteriore la calidad de vida de la familia o ponga en riesgo la salud de la persona responsable de cuidar al adulto mayor. Para ello, la Fundación Navarro Viola convocó a la AGSSF, una entidad dedicada, desde más de veinte años, a esta especialización.



El último de los seminarios, ***Ver y vivir la ancianidad. Hacia el cambio cultural***, tuvo el propósito de generar un espacio para la reflexión y el análisis para la promoción de cambios en la visión de la ancianidad. Para ello, la Fundación Navarro Viola convocó a cuatro expertos que abordaron la temática desde distintas ópticas, sustentadas en sus especializaciones profesionales: la Dra. María Inés Passanante, la Dra. Norma Tamer, el Dr. José Yuni y la Lic. Graciela Petriz.

En el penúltimo capítulo, la presente edición publica los documentos redactados por los especialistas en los que sustentaron sus disertaciones, una breve enumeración de los antecedentes profesionales de cada uno de ellos y las referencias bibliográficas.

Al ser objeto de esta publicación incidir en la forma de ver y vivir la ancianidad, el capítulo que sigue ofrece un detalle pormenorizado y coloquial de los cambios que afectan a los adultos mayores y a toda la sociedad, basados en la exposición interdisciplinaria ofrecida por los especialistas invitados y en los aprendizajes adquiridos a lo largo del Premio Bienal de Ancianidad.

Para la Fundación Navarro Viola, es un honor cerrar el marco institucional de esta edición con las palabras de una persona entrañable para el sector: el Dr. Eugenio Semino, jefe del Área de la Tercera Edad de la Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires.



El funcionario compartió con los presentes en el seminario su reflexión: “esta iniciativa de la Fundación Navarro Viola tiene que ver con encontrarnos aquellos que participamos del pensamiento

relacionado con la necesidad de una comunidad integrada, de una sociedad sin exclusiones. Algo tan significativo y a su vez sencillo como se planteaba en la Asamblea Mundial del Envejecimiento. Una sociedad para todas las edades sigue generando propuestas, iniciativas y para mí es un honor coparticipar de ellas. No debemos dejar de recordar que más allá de todos nuestros esfuerzos siempre existe el requerimiento a un Estado que no puede dejar de lado las necesidades del pueblo argentino, de sus adultos mayores y de estos viejos que están naciendo hoy en nuestro país, de los cuales el cincuenta por ciento tiene desnutrición por falta de aporte de hierro o nace en hogares indigentes o pobres. Muchísimos de ellos tal vez no vayan a gozar, o a tener el derecho que tuvimos otras generaciones, de llegar a ciertas edades, de tener proteínas en el cuerpo, de desarrollar la mente, de conformar una familia, tener hijos o nietos. Por eso, bienvenido el esfuerzo de la Fundación y de todos ustedes premiando nada más ni nada menos que a esa sociedad sin exclusiones”.

Ver y vivir la ancianidad. Hacia el cambio cultural

“Revolución de la longevidad” llaman los expertos al aumento sostenido de la esperanza de vida que se produce desde principios del siglo veinte, no sólo en los países desarrollados sino en casi todo el mundo. Es que el promedio de años que se puede esperar vivir ha crecido más en los últimos cincuenta años que a lo largo de los cinco mil anteriores. Por ejemplo en la Argentina, durante el período 1970-1975 la expectativa era vivir 67,1 años, cifra que ascendió a 74,3 entre 2000 y 2005. En los próximos treinta, el valor medio de vida global proyecta crecer en otros siete u ocho años.

La posibilidad de vivir más tiempo es un logro: si bien el elixir de la vida eterna aún no existe, los avances de la medicina en la eliminación de ciertas enfermedades y las mejores condiciones sociales extienden el plazo de vida a términos insospechados para otra época y sólo el sida se atreve a frenarlo, particularmente en los países africanos. No obstante, los especialistas estiman en ciento veinte años el término natural de la vida. Algunos científicos estudian extender aún más este límite, manejando los genes del largo vivir.



La longevidad es un hecho: entre los mayores, la expectativa de aquellos que tienen ochenta y cinco años y más crece a un ritmo más rápido que la de los de arriba de sesenta y cinco. La esperanza de vida de los más grandes aumentará seis veces más en los próximos cincuenta años. En cambio para los que tienen entre sesenta y cinco y ochenta y cuatro se triplicará y resultará más acelerada que el tiempo medio que esperan vivir los que recién nacieron.



Este gran cambio trae aparejado otro: el envejecimiento global, una revolución singular y silenciosa que transforma el mundo occidental. Tanto a países desarrollados como también a aquellos que están en vías de serlo. A principios del siglo veinte, una de cada veinte personas tenía más de sesenta y cinco años en una ciudad cualquiera de Europa. En 1996, la proporción creció a uno de cada siete y para el 2020 se espera que crezca a uno de cada cinco.

En los países industrializados, en 1960 los mayores de sesenta y cinco años representaban el 9,2% de la población. En 2000 aumentó a 14,7% y se estima que en veinticinco más, un cuarto de los habitantes de esas naciones serán adultos mayores. Según las Naciones Unidas los más grandes superarán a los menores de quince, a razón de 2,6 a 1.

Pero el envejecimiento global como fenómeno demográfico y social en realidad sucede cuando la gente empieza a tener menos hijos. Las declinación de las tasas de fecundidad y natalidad mantienen en vilo hoy a Europa. En el mundo, el promedio de hijos por mujer es inferior a dos. En muchas naciones, resulta lo mínimo necesario para el nivel de reemplazo generacional.



Una de las consecuencias sociales que llegan de la mano de este suceso es el cambio en la composición de las familias: el árbol genealógico se alarga por el crecimiento de la esperanza de vida y se angosta porque el



número de parientes declina. En las próximas décadas, muchos países desarrollados tendrán más abuelos que nietos.

Las generaciones actuales son testigos de una época histórica, sin precedentes, en la que pueden advertirse las configuraciones de nuevas sociedades fruto del pluralismo étnico, cultural, religioso y de la construcción de nuevas identidades etarias.

La revolución ha cobrado tal magnitud que el lenguaje existente para denominar los ciclos vitales resulta escaso. En Francia, la Comisión Social de Obispos se refirió a una nueva distribución de las etapas de la vida. Hace unos veinte años las edades podían diferenciarse con claridad, cada una con su consiguiente actividad y rol social. Por un lado la juventud y la adultez como tiempo de formación y actividad. Por el otro, la vejez como período de descanso. Sin embargo, la realidad de hoy permite distinguir un primer período de vida activo entre los veinticinco y los sesenta y cinco años y luego, una segunda etapa de actividad entre los sesenta y cinco y los setenta y cinco años o más.

De esta manera, surge una nueva denominación: la cuarta edad, que alude a los mayores entre los setenta y cinco y los ochenta y cinco años o más, momento en el que existen mayores posibilidades de empezar a depender de otras personas. Los de la franja etaria anterior, sesenta y cinco y setenta y cinco años o más, corresponderían a un período de la vida en el que aún es posible mantenerse activo y vivir independientemente.



Si bien muchas transformaciones se gestan en torno a la revolución de la longevidad, una de ellas aún no se concretó en su totalidad: el cambio cultural.

Según el censo 2001, en la Argentina, sobre un total de 36.260.130 habitantes, 3.587.620 tienen más de sesenta y cinco años. Del total de la población de edad sólo el dos por ciento está institucionalizado en hogares geriátricos, aunque uno de los principales mitos que aparecen en la temática del envejecimiento es el abandono de los más grandes por parte de sus familias. De los mayores, menos de diez de cada cien padecen alguna discapacidad que los hace depender de otra persona. Entonces, ¿por qué existe una imagen casi generalizada de ancianos inactivos y enfermos? Hoy, la sentencia “son cosas de la edad” no define en absoluto la verdadera circunstancia de vida de la gente mayor. La necesidad de atención médica especializada también es reducida, la mayoría requiere sólo asistencia regular.



Al conservar este perfil de salud y condición de vida ¿cómo es posible mantener la imagen de “viejo frágil”? La fragilidad ¿es propia de la vejez o, en realidad, se trata de una cultura que vulnerabiliza a las personas mayores?

Existe una verdadera vulnerabilidad social generada por la globalización, que recae sobre todos, al convertir al individuo en una pieza más de una maquinaria que categoriza en términos de utilidad. Por lo tanto, se trata de una sociedad que no cuida al ser sino que lo expone permanentemente, hecho que tal vez se evidencia más en la vejez.



Entonces, el problema fundamental parece no relacionarse con los adultos mayores sino con el envejecimiento cultural. Es decir, una cultura que no corresponde con el perfil de vejez actual al basarse en criterios antiguos y, por lo tanto, desajustados a las reales necesidades de los mayores de sesenta. Los mayores de las generaciones anteriores eran ancianos con problemas serios de salud y limitaciones reales. Hoy, los individuos de sesenta años gozan de una vitalidad y de un horizonte impensado para aquellos. Sin embargo, la sociedad funciona como si no hubieran existido cambios: la falta de políticas nacionales de promoción de la vejez, con programas de

acción concretos, son una necesidad urgente. Lograr el cambio cultural que derive en la eliminación de acciones asistencialistas para transformarlas en verdaderas directrices de promoción de los adultos mayores, es responsabilidad de todos.

Porque el asistencialismo contempla al anciano como enfermo. La prevención, lo tiene en cuenta como débil. La promoción lo comprende en su propia vitalidad, con la energía que caracteriza a la vejez que no es idéntica a la del joven ni a la del adolescente y tampoco debe serlo.

Es cierto que la asistencia debe estar dirigida a quien lo necesite y la acción preventiva colaborará con el sostenimiento de cada uno, en sus debilidades. Pero promover debe ser una actividad constante, porque hacerlo implica asistir a muchos menos ancianos y cambiar el ambiente vulnerabilizante por uno salutífero.



Alguien dijo una vez que quien no descubre el verdadero sentido de una edad, queda condenado a vivir lo peor de ella. Esta afirmación cuenta para todas las etapas: si resulta imposible encontrar la razón de la adolescencia, posiblemente sea vivida con la turbulencia y tormento que le adjudican ciertos autores.

Algunas personas son capaces de captar el significado de la vejez en el transcurso de la existencia humana y la viven no sólo con serenidad y dignidad, sino como un período de la vida que presenta nuevas oportunidades para desarrollarse. Para otras, la vejez es un trauma. Son aquellos que no lograron descubrir su sentido. Individuos que, ante el pasar de los años, asumen actitudes que van desde la resignación pasiva hasta la rebelión y el rechazo. Otros que, al encerrarse en sí mismos y colocarse al margen de la vida, dan principio al proceso de la propia degradación física y mental. Está en cada uno —más cerca o más lejos de llegar a viejo— pero inexorablemente en el camino de serlo, comprender la importancia de descubrirlo y de ayudar a otros a que lo hagan. Para que la vejez no sea vivida bajo el signo de la finitud sino el de la finalidad, es decir, vivirla para algo, para alguien o por varios motivos. Ese es el mandato humano.



Las facetas de la tercera y de la cuarta edad son tantas como la cantidad de adultos mayores. Cada persona prepara la propia manera de vivir la vejez durante toda la vida. La calidad de vejez de cada uno dependerá, sobre todo, de su capacidad de apreciar su sentido y su valor, tanto en el ámbito meramente humano como en el de la fe.

El cambio social del siglo requiere, entre otros, la resignificación de ciertas expresiones específicas que siempre resultaron claras. Por ejemplo, el término ancianidad en referencia al ciclo vital de la vejez, incluye tantos sentidos o modos

de comprensión como las representaciones que construye cada persona conforme a su propia experiencia de vida. Al escuchar la palabra anciano algunos individuos se representan una persona retraída, sola, abandonada y otros imaginan a alguien vital y en plenitud.



Pero la diversidad de significados, no es una mera cuestión semántica. La cultura es el medio ambiente humano. Es decir, al llegar al mundo los individuos son introducidos, a través de la socialización y de la educación, al universo cultural que posibilita su desarrollo. El proceso de formación enseña una serie de modos de representar y de significar la vida social. En un momento de la existencia, la persona se apropia de esas herramientas culturales y puede transformar la trama de significados aprendidos. Justamente la capacidad de representarse, simbolizar y comunicarse a través de signos y de símbolos, con los que configura un conjunto de creencias compartidas, hace a la condición cultural del ser humano.



Por lo tanto, los significados compartidos que permiten asignar sentidos personales y colectivos a la experiencia humana también son cultura. Esta trama simbólica, que tiene que ver con los lenguajes y con los modos de representar la vida humana no es algo inventado, sino que precede a cada individuo. Con ella se inscribe y se escribe un texto personal y uno social, por medio del cual la persona simboliza la experiencia de lo humano. Los hombres forman parte de este entretejido de creencias compartidas que les permite asignar significados a la experiencia de vivir. Allí se significan también los valores, el lenguaje, las distintas formas de convención que facilitan el intercambio, el proceso de comunicación con el otro y generan la sensación de compartir el mismo suelo.

La relación entre cultura y envejecimiento, planteada desde los significantes que cada uno otorga a la misma palabra, requiere una observación sobre la articulación de la cultura occidental y moderna en torno a la temporalidad. Envejecer es atravesar el tiempo, inscribir la propia historia personal dentro de un período temporal que va a más allá de la propia existencia. En algunas culturas americanas no existe palabra para designar la ancianidad. Por ejemplo, en la zona de Chiapas, México, se utiliza para nombrar a la vejez la frase: “el tiempo que cae sobre la vida que corre”.

En toda cultura aparece la necesidad de poder darle sentido al tiempo. Su percepción en el plano personal permite a cada individuo caer en la cuenta de que, justamente, atraviesa ese período de la vida denominado vejez. Cuando las personas advierten que el tiempo vivido es mayor al que resta vivir, reformulan y resignifican el sentido de la temporalidad. Surge otro modo de pensar, distintos deseos sobre cómo utilizarlo y la necesidad de encontrar un sentido al camino que falta transcurrir. En la ecuación “tiempo vivido-tiempo por vivir” la apariencia de su duración es más breve, pero crece en intensidad y profundidad en cuanto a la necesidad de disfrutar y de aprovechar el crédito que resta.

La referencia cultural de la vejez implica pensar cómo la cultura representa esta etapa: qué imagen, valores, prejuicios sociales, estereotipos de vejez construyó cada sociedad a través de la historia. Otro sentido se relaciona con la articulación de prácticas, rituales y creencias que configuran a la última parte del ciclo vital como una categoría o como una subcultura dentro de la sociedad. Por ejemplo, nadie duda de la existencia de una cultura del adolescente. Del mismo modo, se está configurando la de la vejez. Es decir, la



sociedad y los propios grupos de personas mayores adscriben al colectivo de vejez ciertas representaciones. Por su parte, los más grandes realizan un conjunto de prácticas y rituales que son propios del grupo etario al cual pertenecen.

En los últimos cincuenta años, al cambiar cualitativamente el perfil del adulto mayor comenzó a configurarse un modo social o colectivo de ser persona de edad avanzada. Por lo tanto, resulta posible pensar que no existe “la vejez”. En todo caso, existen “vejezes”, en relación a los distintos modos, posibilidades y recursos de las generaciones para construir su vejez.

La revolución global de la longevidad muestra el horizonte de un mundo que envejece con profundas consecuencias para cada uno de los aspectos de la vida tanto individual como comunitaria, nacional e internacional. Las próximas generaciones tendrán un proceso de envejecimiento más complicado que el actual. En el presente, la dificultad radica en inventar un modelo de vejez porque la cultura aún no logró definir una representación que, de algún modo, despierte esperanza. Cuando las generaciones más jóvenes lleguen a viejas contarán con condiciones diferentes y deberán afrontar otros procesos de envejecimiento sumamente complejos.



La intención no es consolar a los que hoy son mayores sino, simplemente, evidenciar que, en la vida cultural, las representaciones acerca de la vejez y las formas de envejecer también se relacionan con las posibilidades de cada generación de construir su propio envejecimiento.

El orden cultural denominado “de la modernidad” comenzó en el siglo diecisiete y se configuró a través de siglos con la capacidad estructuradora que permitió generar un sistema de creencias a lo largo del tiempo. En esta etapa, surge la idea de que el “tiempo personal” y el “tiempo social” son organizadores de la vida en sociedad. En la edad moderna se instaló una visión geométrica, objetiva y lineal. Con el advenimiento de la ciudad apareció el reloj mecánico. El modo de vida urbano manifiesta la necesidad de comenzar a medir el tiempo y objetivarlo en horas, días, meses y años, en un calendario. Es un modo de segmentar la temporalidad humana de forma objetiva y cronológica.



La aparición de este modo de entender el tiempo posee gran relevancia porque permite instalar rutinas y posibilita el funcionamiento de la ciudad. Las ciudades, que son el espacio de desarrollo humano, requieren que el tiempo sea objetivo y cronológico; por lo tanto el “tiempo personal” es el tiempo de la edad y el “tiempo social” es el del rol que corresponde a cada edad. Es decir que la modernidad marca las horas de la vida humana pero también marca la hora social para cada edad. Esto se resume en la afirmación popular “hay una edad para cada cosa y una cosa para cada edad”.

En los años setenta, de la mano de la revolución juvenil y los movimientos estudiantiles en todo el mundo advino un nuevo orden cultural en el que los jóvenes eran la promesa: representaban la ilusión de un futuro mejor y de una sociedad más justa.

Observando los fenómenos de la época, en el libro titulado “Cultura y compromiso, un estudio sobre la ruptura generacional” la antropóloga Margaret Mead abre las puertas a un modelo para pensar este

cambio cultural. Enmarca a la sociedad tradicional dentro de las culturas post figurativas. Es decir, en aquellas comunidades en las que cambio social es lento e imperceptible, donde los conocimientos sociales tienden a ser estables y a durar por varias generaciones. O sea, aquello que sabe el abuelo servirá al nieto y, sucesivamente, a sus descendientes.



En las sociedades post figurativas no existen instituciones especializadas responsables de la transmisión cultural, sino que recae en la propia comunidad y específicamente en el rol de los abuelos. Los mayores ocupan un lugar dentro de la sociedad porque son los custodios de las tradiciones, valores y sabiduría que hacen a la supervivencia del propio grupo. Es por eso que la memoria social es la clave para la subsistencia; hecho que no implica otros procesos de intercambio de estas comunidades con otros grupos. Predomina la tradición y lo nuevo se inscribe en el tiempo pasado.

En la modernidad se instala el individuo como amo de la naturaleza. La civilización se evidencia como ideal cultural y la posibilidad de que el hombre domine al mundo a través del conocimiento basado en la ciencia y la técnica se expande. Aparecen nuevas instituciones, principalmente aquellas denominadas “disciplinadoras”, como la escuela que regula el proceso de transmisión cultural fuera de la familia, representada por el Estado.

Esta época propicia el gran desarrollo de la cultura letrada: el mundo se lee en los libros. Aprender y ser civilizado representa acceder a un conjunto de conocimientos legítimos a través de las publicaciones y de la escuela. Surge la idea de cultura universal en desmedro de las culturas locales. La modernidad inaugura un modo diferente de pensar la relación entre las generaciones.

En las sociedades tradicionales, el valor de los mayores radicaba en su sabiduría. En cambio en la modernidad los encargados de transmitir el conocimiento no son las familias sino las instituciones sociales dependientes del Estado que garantizan la educación. Por lo tanto, las comunidades dejan de pensarse en relación al pasado y comienzan a pensarse en función del por venir: formarse para el futuro e ir a la escuela para ser grande. También surge el planteo de la secuencia de la vida: la infancia para aprender, la adultez para trabajar y la vejez ... ¿para descansar? Este es el mito de la modernidad. La adultez es el momento para la reproducción biológica y social, mientras que la vejez queda sin tener un significado claro.



Los adultos mayores, en la cultura moderna, son estigmatizados por improductivos y por obsoletos. Es decir, si la dinámica propia de la cultura es el cambio y la actualización del conocimiento, desde esta concepción, las personas mayores son vistas como obsoletas. Mead afirma con dureza que la jubilación es un modo de apartamiento porque los trabajadores mayores representan lo que hay que reemplazar para permitir el surgimiento de lo nuevo y ofrecer continuidad al proceso de cambio.

En la modernidad lo aprendido cobra relevancia sobre lo heredado, esto resiente el valor de las posibilidades de transmisión generacional, a la vez que produce un cambio en el rol de los abuelos. El nuevo orden instala una lógica de agrupamiento en grupos etarios encerrados sobre sí mismos: los

infantes con los niños, los jóvenes con sus pares, los adultos entre los de edad adulta, y los mayores también entre sí. Esta forma de segmentación social se asemeja a pensar que “entre pares nos entendemos pero no podemos dialogar con las otras generaciones”.

La edad aparece como una nueva frontera organizadora de la vida social y aumentan las brechas generacionales. En cambio, estar entre pares otorga seguridad por ser parte de lo mismo, compartir no sólo la misma edad sino también iguales características, intereses y códigos. En la modernidad, existe una creciente dificultad entre las distintas generaciones para comunicarse porque manejan reglas cerradas y sistemas de vidas diferenciados, que resulta difícil entamar. Por lo tanto, el riesgo de la sociedad moderna es formar guetos separados con escasa o nula interacción.

De la mano de una nueva configuración del capitalismo como sistema económico se instala la modernidad tardía, en los años ochenta y noventa. Se caracteriza por ofrecer una visión distinta del tiempo: deja de ser algo mecánico, cronológico, rígido, geométrico e impone una concepción dinámica, fluida y abstracta. El reloj digital no nos permite ubicar al tiempo en un plano sino que, meramente, lo representa.

Estos cambios afectan el valor que se le asignaba tradicionalmente a lo objetivamente cronológico. Tanto la resignificación de los términos como la de las edades merecen ser revisados. Porque antes la edad era un marcador social vinculado a lo meramente cronológico. En cambio, hoy en día, la edad es un dato que aporta poco. Por lo tanto, la edad subjetiva y el modo de sentir toman valor. Es decir, una persona de ochenta años puede sentirse bien y concretar actividades relacionadas con ese perfil, sin la imposición de un límite por una cuestión etaria únicamente.



En las últimas décadas, la idea de “hay una edad para cada cosa” se debilita y se abren nuevas posibilidades de exploración. El hombre cuenta con la posibilidad de relativizar su propia edad cronológica y cobra valor independientemente de la edad: cómo se siente, qué puede hacer, cuáles son sus capacidades y competencias.

Como parte de la modernidad tardía aparece la fragmentación de la vejez. Hoy en día, producto de nuevas oportunidades y diversos modos de envejecer, se ha resquebrajado el ideal cultural de vejez como lugar de tranquilidad, de serenidad, de realización y de sabiduría. Encontramos personas con serio deterioro de su salud y gente activa y vital de la misma edad cronológica.

Junto con el cambio en la concepción del tiempo, se modificaron también los modos de transmisión y de representación. Ya el libro no contiene la descripción del mundo, éste se lee de otra manera: por ejemplo haciendo *zapping* o por internet y a través de imágenes. Por lo tanto se modifican, a su vez, los ideales de formación.

El ideal del anciano sabio queda reemplazado por el del adulto mayor que debe actualizarse. “Al hombre contemporáneo se le ha expropiado la experiencia”, dice el filósofo italiano Giorgio Agamben. Comienza a percibirse la sabiduría como un trabajo permanente para mantenerse actualizado y no quedar afuera, no como un bien que se posee. La relación de la transmisión generacional cobra reciprocidad: los adultos transmiten su legado a los jóvenes y los jóvenes transmiten sus conocimientos, experiencias e ideales a las personas mayores.

Culturalmente, este es un tiempo valioso porque abre la posibilidad a que jóvenes y adultos mayores aprendan unos de otros, algo no permitido en la modernidad. El rol del abuelo no es sólo transmitir sino que involucra su propio aprendizaje como parte de su “abuelidad”.



La etapa de desarrollo cultural actual podría denominarse de las sociedades pre figurativas, donde lo que vale y predomina es el presente. Todo pasa rápido, por eso, se sustituye y nada permanece. Se otorga prioridad al momento actual, falta anclaje en el pasado y proyección hacia el futuro.

Estos cambios han sentado las bases para la crisis que significa hoy envejecer. Los roles que antes estaban instituidos y a los que el sujeto podía acudir para posicionarse en una nueva etapa de su vida han perdido vigencia. En la nueva categorización la experiencia ya no resulta válida: el tiempo pasado perdió valor al quedar obsoleto. La cantidad de acontecimientos y la vertiginosidad con que suceden no permiten la construcción de experiencia; la sucesión de nuevas percepciones y situaciones no otorgan espacio a la elaboración simbólica.

Por otro lado, la longevidad ha alargado los tiempos, lo que se aspiraba para determinada edad, como ideal de bienestar y de realización hoy se traslada a unos años después. Por ejemplo, lo esperado o aspirado para los setenta años hoy es aspiración para los ochenta.

Modernidad tardía, post modernidad y crisis de la modernidad, representan distintas denominaciones para nombrar el mismo movimiento cultural. Sin embargo, no existe solamente una teoría respecto de la sociedad actual porque el interrogante ya no se refiere más al hombre sino a “los hombres” y a la diversidad. Es decir que, no existen individuos exactamente iguales y, por lo tanto, las posibilidades de cada uno difieren. Hablar de hombres y sociedades diferentes refiere también a distintos modos de envejecer.



En cada región se envejece de diferente forma. Es distinto vivir en las metrópolis que en un pueblo de una provincia de las más alejadas. Algo semejante sucede desde el punto de vista demográfico. La distribución de la población envejecida no es igual en todas las provincias ni regiones. Si bien a nivel nacional las personas mayores de sesenta y cinco años representan el 9,9 por ciento de la población, en la ciudad de Buenos Aires ese porcentaje es mucho más elevado: asciende al 17,2%. Es decir, representa casi una quinta parte del total de la población de adultos mayores. En cambio, en el sur desciende al 5,2% en Santa Cruz; y en el norte, la zona más marginal: Jujuy, Formosa y Misiones, los valores son respectivamente el 5,9; 5,6 y 5,2%. Es decir, la distribución de la población anciana en el territorio local es dispar y desigual.

En 1940 Alejandro Bunge, economista y sociólogo con formación matemática, escribió el libro titulado *Una Nueva Argentina*, donde proyecta, desde el punto de vista demográfico, el envejecimiento de la población. En su teoría propone a la Argentina como un país abanico: se abren tres círculos concéntricos a partir de la Capital Federal, separados por quinientos kilómetros desde el origen y entre cada uno de ellos. Al trazarlos, el primer círculo comprende las provincias de la región pampeana y el segundo llega hasta Cuyo. El tercero abarca el norte y el sur. A medida que aumenta la distancia de la Capital Federal crecen también las desventajas económicas y sociales.

De la misma manera, la teoría de Bunge también describe el mapa del envejecimiento en la Argentina. Evidencia las proporciones de población anciana en las diferentes provincias, es decir, menor cantidad de adultos mayores en las regiones con escasos recursos a nivel económico y social.

Las mejores condiciones sociales sumadas a los adelantos de la medicina inciden directamente en el aumento de la longevidad. Existen otros factores, que los adultos mayores identifican como relacionados al bienestar que también colaboran con vivir sana y plenamente. Para la Organización Mundial de la Salud, calidad de vida es la percepción del individuo sobre su posición en la vida dentro del contexto cultural y el sistema de valores en que vive y con respecto a sus metas, expectativas, normas y preocupaciones. Es un concepto extenso y complejo que engloba la salud física, el estado psicológico, el nivel de independencia, las relaciones sociales, las creencias personales y la relación con las características sobresalientes del entorno.



Según una encuesta concretada por la socióloga Carmen Barros Lazaeta de la Pontificia Universidad Católica de Chile, entre los factores asociados a la calidad de vida en la ancianidad aparece, en primer lugar, la percepción de auto eficiencia, relacionada con la evaluación de la propia capacidad para ejecutar efectivamente las conductas necesarias para manejar una situación. El estudio, sustentado en la opinión de cuatrocientas personas del Gran Santiago, relaciona “el significado de la vejez” en lo que a expectativas sociales, pautas culturales y las normas en esta etapa de la vida respecta, como el segundo motivo vinculado a vivir con dignidad. En el tercer puesto ubican a la “confianza en Dios” desde la espiritualidad o la religiosidad que otorga un nuevo sentido al acontecer. En último lugar los encuestados ubican el “apoyo social”.

Es que en América Latina, a diferencia de las sociedades europeas, el sistema de protección social es insuficiente y muchos ancianos tienen que seguir trabajando o recurrir a la familia o a otras redes sociales. Las personas mayores de Latinoamérica cuentan con más limitaciones y discapacidades que sus semejantes del mundo desarrollado. Por otro lado, las redes familiares están cambiando y tienen menos capacidad de suplir la falta de protección social institucional.

Según datos del último Censo Nacional, el 97,2% de la población de sesenta y cinco años y más vive en hogares particulares. De ellos, el 44,5% lo hace en un hogar nuclear, el 19,6% en uno unipersonal y el 34,8% en uno extendido o compuesto. Sólo el 2,8% reside en instituciones colectivas. La proporción de adultos mayores que habita en hogares extendidos difiere mucho según las provincias. En las del norte que suelen ser más tradicionales, por ejemplo en Salta, este porcentaje aumenta. En cambio, disminuye en las grandes ciudades como Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba.

En la actualidad gran número de autores se refieren a la “crisis de la familia” porque, en muchos casos, ya no se trata de configuraciones familiares respetuosas de una autoridad tradicional sino de múltiples modos de relación que rompen la estructura paterno-filial que existía hasta el momento. Las relaciones familiares ya no conllevan a las jerarquías simbólicas que las constituía en el pasado.



Por otro lado, en todos los cambios sociales mencionados se inserta el retroceso del Estado en su rol de rector para las sociedades. Su destitución del lugar que ocupaba repercute en el desafío actual de las

personas mayores porque se ven obligados a inventar nuevos modelos de envejecer, distintos del que originariamente establecieron al momento de formular sus proyectos de vida.

La necesidad que plantea la sociedad a los adultos mayores de encontrar nuevos enunciados y sostenerse ante las novedades, les demanda un esfuerzo impensado para superar los escollos que devienen de los innumerables cambios. Quiere decir que, además de las transformaciones psíquicas y físicas que produce el proceso de envejecer, resulta indispensable entender el envejecimiento a la luz de los cambios producidos en todos los niveles y tomar los elementos que surgen para una resignificación.



Historización es el término, que deriva de la psicología y de otras ciencias, que hace referencia al modo en que la persona significa todos y cada uno de los hechos de su propia historia. Este proceso brinda la posibilidad de incorporar cambios y producir nuevas elaboraciones frente a los innumerables acontecimientos que acompañan al envejecimiento. Por lo tanto, contempla la posibilidad de accionar de determinada manera como producto de la elaboración simbólica de cada persona en el transcurrir de su vida.

El sujeto operará como su propio historiador e inventor al otorgar e inscribir sentido a todos sus actos. El adulto mayor enfrenta la tarea de resolver su existencia en función de dos aspectos distintos. Uno previo: la historia, es decir, todo el bagaje proveniente de su recorrido por la vida y el otro: el actual. El hoy contempla sus deseos, aspiraciones y nuevas presentaciones sociales acerca de envejecer y reconoce lo que ha logrado y aquello que no. Por eso, el envejecimiento es un momento de revisión, de elaboración y de otorgamiento de nuevos sentidos o de transformación de aquellos que se habían adjudicado previamente. En otro sentido, también lo es de renuncia, al distinguir que algo deseado tal vez no pueda ser.

Según la denominación que otorga la psicología, será “el yo” el actor del proceso de historización y de transformación que construirá el sentido de su vida. Su tarea será, precisamente, la de transformar todos los fragmentos que le ofrece su memoria en una construcción histórica que le otorgue un sentido articulador, con la intención de brindarle continuidad temporal a su existencia. Sólo con esta condición podrá anudar lo que es a lo que ha sido y proyectar un devenir que conjugue la posibilidad y el deseo de un cambio en la preservación de su identidad. Sentir que sigue siendo él mismo, singular, no transformable, no alienable, no modificable por cualquier suceso que ocurra. Pero a la vez, con condiciones para reconocerse en la nueva imagen. Se trata de un “compromiso identificatorio” que “el yo” establece entre lo que él desea y sus anhelos y los fines y los deseos de los otros, donde el sujeto transitará entre algunos principios de permanencia y aquello que cambia, construyendo su historia.



Los psicólogos denominan proceso identificatorio a la construcción de una transformación basada en el reconocimiento y la elaboración de los distintos enunciados y sedimentos que quedan de cada una de las experiencias de la vida, para posibilitar la concreción de un cambio. La resultante conformará el modo de ser del sujeto.

Se trata de una estructuración abierta. Durante mucho tiempo se pensó que la estructura psíquica estaba determinada únicamente por las primeras experiencias. Sin embargo, aunque forman el

sedimento y también el inicio de la fundación del individuo, la historización produce transformaciones a través de la conformación del panorama identificador. Este proceso inconsciente transforma lo inaprensible del tiempo físico en una temporalidad subjetiva, que puede ser relatada a través del lenguaje como narrativa de la vida.

Es que la identidad no es un concepto estático. Por el contrario, incorpora constantemente novedades, porque “el yo” forma parte de una estructura que toma en cuenta a la realidad y mantiene al sujeto reconociéndose a sí mismo. Este yo se constituye fundamentalmente en la relación con el otro, que es la que le otorga referencias. Paralelamente, capta las devoluciones del otro, mientras se construye a sí mismo separado del otro. Esta doble función del yo –por un lado historiador pero, por el otro, guardián– que colabora con que el sujeto siga siendo él mismo, tiene, a su vez, la tarea de conexión con el mundo y la relación con los otros.

Para el adulto mayor implica un desafío doble: buscar y crear respuestas a las problemáticas que provienen de su historia y, también, ser y permanecer reconociéndose a través de los cambios.

Así como las transformaciones durante la vejez, fruto del proceso identificador, originan una novedad en muchos, posiblemente la aptitud de las personas de edad por seguir aprendiendo también resulte una noticia. Lo cierto es que existen investigaciones y prácticas que permiten afirmar que la actividad ayuda a reactivar aquellas neuronas que por problemas de salud o de índole psicológica o social habían sido dañadas.

Desde la década del 90, llamada por algunos “cerebro”, a raíz de la cantidad de investigaciones logradas acerca de la plasticidad cerebral, las neurociencias ofrecen información renovada sobre el aprendizaje. Abren nuevos caminos que contribuyen al conocimiento, colaboran con una mayor expectativa de vida con mejor calidad y resaltan las potencialidades disponibles para una existencia activa y comprometida con la sociedad. Hoy se dice que un cerebro envejecido, como sería el de las personas de más de setenta y cinco años, puede reentrenarse y puede activarse.

Desarrollar el potencial colectivo de los mayores como agentes activos de la sociedad supone trabajar en distintos campos para abarcar este cambio socio cultural en todas sus dimensiones. Algunas de las disciplinas son las neurociencias, la gerontología crítica y la educación.

La Gerontología Crítica posibilita la comprensión acerca de que los hechos objetivos que definen la vejez son, en muchos casos, construcciones sociales y, al mismo tiempo, confirma la enorme diversidad de la experiencia de envejecer.

La Educación, por su parte, constituye una base indispensable para una vida plena y activa. Una sociedad basada en el conocimiento requiere la adopción de políticas que permitan garantizar el acceso y la permanencia en la educación, durante todo el curso de la vida, fundada en el derecho y en el compromiso ciudadano. La difusión del acceso a la educación para todos los niños del país apoya, de alguna manera, una vejez activa.

La educación a lo largo de la vida es la estrategia para ampliar la cobertura y el tiempo de formación bajo una nueva concepción educativa que lleva a repensar teorías y conocimientos, dirigidos a prácticas inclusivas y participativas para todos los niveles y realidades, incluyendo a los adultos mayores. La diversidad, el pluralismo, la promoción de las relaciones intergeneracionales y la capacitación profesional deben ser atributos de la educación continua.

Las personas de edad avanzada son aptas a nivel psicofísico no sólo de trabajar en lo que saben y conocen sino de aprender, de concretar actividades físicas y espirituales sobre la base de la experiencia que representa la propia existencia, sumada al conocimiento individual adquirido en el transcurso de la vida. Es responsabilidad de todos y, por lo tanto, de cada uno colaborar con la apertura de nuevos caminos para canalizar la energía del conocimiento y la experiencia de un creciente número de adultos mayores dispuestos a no abandonar su lugar en la sociedad al permanecer con facultades plenas para conservarlo. La creación de políticas regionalizadas que contemplen las distintas “vejezes” que cada individuo tuvo la oportunidad de construir es generar una sociedad para todas las edades.

El cambio cultural contempla la multidisciplina. Sembrar las condiciones para hacerlo realidad requiere del compromiso profesional e individual de todos los ciudadanos que inexorablemente alcanzarán la vejez en mayor o menor tiempo. La inclusión de todos y la solidaridad intergeneracional deben ser atributos ineludibles en la creación de proyectos sociales.

Así lo proclamó también Juan Pablo II en la *Carta a los Ancianos* que escribió en 1999, año que la Organización de las Naciones Unidas dedicó a las personas de edad avanzada. Su expresión de cercanía espiritual con sus coetáneos remarcó que “los ancianos son depositarios de la memoria colectiva, y por eso, intérpretes privilegiados del conjunto de ideales y valores comunes que rigen y guían la convivencia social”.

“Desde esta perspectiva, los aspectos de la fragilidad humana, relacionados de un modo visible con la ancianidad, son una llamada a la mutua dependencia y a la necesaria solidaridad que une a las generaciones entre sí porque, cada persona está necesitada de la otra y se enriquece con los dones y carismas de todos”, aseguró en el mismo documento.

Además, la longevidad con calidad de vida requiere la eliminación de toda forma de violencia y discriminación contra las personas de edad, la promoción y protección de los derechos humanos y libertades fundamentales incluyendo el derecho al desarrollo, en todos los momentos de la vida.

Las personas mayores representan, hoy por hoy, una fuerza social desperdiciada en el marco de una sociedad que desborda de necesidades. Una vez más, es responsabilidad de todos y de cada uno generar las políticas adecuadas que representarán el camino para permitir que ambas partes se encuentren, con el indiscutible objetivo de lograr una sociedad más justa por bien de la humanidad.

Documentos especializados

Los autores

María Inés Passanante se refirió a *El envejecimiento como un desafío para las sociedades de hoy*. Passanante es Doctora en Sociología y profesora de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Católica Argentina (UCA) y miembro de la Carrera de Investigador Científico del CONICET, en el Centro de Investigaciones Sociológicas de la UCA. También es autora de los libros: *Políticas sociales para la ancianidad*, *Pobreza y Acción social en la historia argentina*, *De la beneficencia a la seguridad social* y *Sin hijos ¿fecundación asistida o adopción?*

A las puertas de la longevidad: ¿autonomía o dependencia? Reflexiones y alternativas desde la educación fue abordado por **Norma Tamer**, Doctora en Ciencias de la Educación, Magíster en Educación con énfasis en Educación de Adultos. También es profesora de Taller Docente, Práctica y Residencia. Además, cuenta con un profesorado en Educación para la Salud de la Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y de la Salud de la Universidad Nacional de Santiago del Estero (UNSE). Es investigadora de la Cátedra 1 Educación de la Universidad Nacional de Santiago del Estero (UNSE) y directora del Programa Educativo de Adultos Mayores (PEAM-UNSE) y del Instituto Interdisciplinario Regional de Investigaciones y Estudios en Gerontología (IIRGe-FHCsSyS-UNSE).

El Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación, **José Yuni**, se refirió a: *Envejecimiento y cambio cultural: tramas y configuraciones emergentes*. Yuni es también especialista en Psicogerontología de la Universidad Maimónides. Por otro lado, es director del Doctorado en Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Catamarca y docente Investigador Categoría I, además de miembro de la Carrera de Investigador del CONICET.

Para tratar *El envejecimiento en el mundo actual; nuevos interrogantes, viejos problemas. Una mirada desde la psicología*, la Licenciada en Psicología **Graciela Petriz** aportó sus conocimientos. Es psicóloga Clínica, profesora ordinaria de las carreras de Psicología y Educación Física de la cátedra de Psicología Evolutiva II en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Además, es directora de la Investigación “Modelos actuales del envejecer y proyectos de vida” y fundadora y directora del Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores, UNLP.

El envejecimiento como un desafío para las sociedades de hoy

Por María Inés Passanante

El prestigioso cirujano Christian Barnard manifestó: “mi deseo es morir joven lo más tarde posible”. Estas palabras son elocuentes en relación a la expectativa de una mayor longevidad y su consiguiente desafío: aumentar la probabilidad de un envejecer saludable y autónomo. Hoy la vida se ha alargado notablemente y si bien el hecho biológico del envejecimiento es natural, su ritmo es variable. La prolongación de la vida humana, gracias a las contribuciones de la medicina y a las mejores condiciones sociales en muchas regiones del mundo, es un valioso logro, pero presenta el reto de procurar una buena calidad de vida en la vejez. Ello nos sugiere una nueva mirada de la ancianidad que contemple la posibilidad de una vida activa e integrada a la sociedad.

El envejecimiento como proceso de cambio de las sociedades de hoy

El envejecimiento como fenómeno demográfico y social preocupa hoy tanto al mundo desarrollado como a los países en vías de serlo. Este proceso, llamado envejecimiento global, es considerado como una singular revolución que está transformando el mundo occidental. A principios del siglo diecinueve, una de cada veinte personas tenía más de sesenta y cinco años en una ciudad europea. En 1996, la proporción era una de cada siete y para el 2020, se espera que sea una de cada cinco.¹ Según las proyecciones de las Naciones Unidas, se estima que si la tendencia de aumento de la proporción de personas mayores continúa, hacia 2050, los de sesenta años superarán a los menores de quince a razón de 2,6 a 1.

Los cambios en la estructura de edades de la población presentan problemas a los sistemas socioeconómicos y cuestionan algunos supuestos básicos sobre la continua prosperidad y el crecimiento.² La transformación demográfica tiene costos económicos y sociales. Un indicador del costo social es la “tasa de dependencia de los mayores” que es la razón entre la población en edad activa (15-64 años) y las personas de sesenta y cinco años y más. Esta relación muestra una idea del número de activos que puede costear cada retirado dependiente. En 1960, la razón era 6,8 a 1 en los países desarrollados. En el 2000, cayó a 4,5 a 1 y hacia 2030 se estima que descenderá a 2,5 a 1.³

El envejecimiento global ocurre cuando la gente empieza a tener menos hijos. En Europa, las bajas tasas de natalidad aceleran la tendencia de aumento de la proporción de personas mayores en la población. La tasa global de fecundidad (número promedio de hijos por mujer) es inferior a dos (nivel de reemplazo) en muchas naciones.⁴ En los países de la Unión Europea, la tasa de fecundidad promedio para el conjunto de naciones ha descendido desde 1,92 en 1976 a 1,44 en 1997.

A medida que la población envejece, las naciones industrializadas procuran encontrar los medios adecuados para financiar los programas de jubilaciones. Las reformas tienden a orientarse según una combinación de tres alternativas: aumentar la edad de la jubilación, reducir las prestaciones mensuales, o incrementar la proporción de la producción total del país destinada a financiar los ingresos

¹ Peter G. Peterson, *Gray Dawn, How the coming age will transform America and the World*, Times Books, USA, 1999.

² El diario *International Herald Tribune* organizó una mesa redonda de expertos en New York “para analizar qué significa la demografía para la productividad, el ahorro, la riqueza familiar, el bienestar social y la geopolítica y cómo afrontar la revolución de la mayor edad”, en *La Nación*, “La amenaza del siglo veintiuno: el envejecimiento de la población”, 3 de diciembre 2004.

³ Peter G. Peterson, op. cit.

⁴ La tasa global de fecundidad del Reino Unido es 1,7; Francia, 1,6; Alemania, 1,3; Italia, 1,2 según Peter, G. Peterson, op. cit.

jubilatorios.⁵ Italia, por ejemplo, con la más baja tasa de fecundidad, ha sido considerada como la peor situación en lo que respecta al sistema de jubilación.

En las sociedades europeas, la seguridad social ha alcanzado un desarrollo que permite cubrir gran parte de las necesidades económicas y de salud de los mayores. En América Latina, en general, el sistema de protección social es insuficiente y muchos ancianos tienen que seguir trabajando o recurrir a la familia o a otras redes sociales. Las investigaciones realizadas en otros países destacan los efectos positivos de integración social expresada a través de los apoyos sociales. Entre las fuentes de apoyo a las personas mayores, se destacan las redes personales y comunitarias no estructuradas que comprenden la protección de la familia co-residente, la ayuda de familiares no co-residentes y el papel de los cuidadores. Investigadores chilenos señalan tres hechos que en el futuro pueden amenazar la capacidad de la familia en tanto fuente de apoyo:

1. Los cambios demográficos, en particular la baja de la fecundidad, disminuiría el número de miembros de la familia potenciales proveedores de apoyo.
2. La creciente participación de la mujer en la actividad económica y su tendencia hacia una mayor independencia ponen en duda el modelo de cuidado y apoyo instrumental a cargo de las mujeres del hogar.
3. La cohabitación de los adultos mayores con sus familias puede modificarse como consecuencia de los cambios en la nupcialidad y del aumento de las necesidades de una creciente población longeva.

La longevidad y el aumento de la proporción de ancianos suponen afrontar sus necesidades. Entre los mayores, el número de los “viejos-viejos” (ochenta y cinco años y más) crece a un ritmo más rápido que el de los “viejos-jóvenes”. Los demógrafos lo llaman “el envejecimiento de los añosos”. La esperanza de vida a los sesenta y cinco años registra un incremento relativamente más acelerado que la esperanza de vida al nacer. ¿Podremos vivir muchos años gozando de buena salud? El concepto “expectativa de salud” se aplica para estimar la expectativa de vida sin discapacidad y es indicador de la salud de una población o de los grupos que la componen en función del tiempo. Este indicador se desarrolló con el objetivo de establecer si la ampliación de la expectativa de vida implica un aumento de la longevidad en condiciones de salud.

Hacia una mejor calidad de vida en la vejez

El concepto calidad de vida suele usarse como sinónimo de bienestar, de satisfacción o de gozar de buena salud. Por calidad se entiende la naturaleza más o menos satisfactoria de algo; la palabra vida es más compleja de definir. La Organización Mundial de la Salud define la calidad de vida como “la percepción del individuo sobre su posición en la vida dentro del contexto cultural y el sistema de valores en el que vive y con respecto a sus metas, expectativas, normas y preocupaciones. Es un concepto extenso y complejo que engloba la salud física, el estado psicológico, el nivel de independencia, las relaciones sociales, las creencias personales y la relación con las características sobresalientes del entorno”. Es un término multidimensional que significa tener buenas condiciones objetivas de vida y un elevado grado de bienestar subjetivo. El interés de la geriatría y la gerontología por la calidad de vida es reciente y desde hace unos años ha habido un cambio de enfoque en los estudios sobre vejez desde uno centrado en las patologías y en las terapias (reparativo) hacia otro que busca detectar los factores que producen satisfacción, salud y bienestar.

⁵ Una síntesis de las reformas recientes de los sistemas jubilatorios puede verse en Lawrence H. Thompson, “La reforma de los sistemas jubilatorios en los países industrializados”, en *Encuentro Latinoamericano y Caribeño sobre las Personas de Edad*, Cepal-Celade, Seminario Técnico, Santiago de Chile, agosto 2000.

Una investigación de Carmen Barros Lezaeta, del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile sobre “calidad de vida del adulto mayor” examina un modelo explicativo de sus factores asociados a la luz de los resultados del trabajo empírico, una encuesta aplicada a una muestra aleatoria de cuatrocientos adultos mayores residentes en hogares particulares representativa de las comunas del Gran Santiago (Chile). Entre los factores que se asocian con el bienestar en la ancianidad, la investigadora chilena señala: 1) la percepción de autoeficacia, definida como “la evaluación de la propia capacidad para ejecutar efectivamente las conductas necesarias para manejar una situación”; 2) el significado de la vejez, relacionado con su imagen cultural y con las expectativas sociales en esta etapa de la vida; 3) la confianza en Dios y la espiritualidad, que permite asignar un nuevo significado a lo que nos acontece. Si bien mucho se ha escrito sobre los elementos constitutivos de la calidad de vida, merece destacarse en la investigación de Carmen Barros Lezaeta, la inclusión de la “religiosidad” como una dimensión significativa en el mundo de las personas mayores. 4) El apoyo social (cognitivo, emocional e instrumental).

En América Latina, las personas mayores presentan más limitaciones y discapacidades que sus semejantes del mundo desarrollado. Además las redes familiares están cambiando y tienen menos capacidad de suplir la falta de protección social institucional. El estudio multicéntrico SABE (Encuesta Salud, Bienestar y Envejecimiento), se creó con el objetivo de evaluar el estado de salud de las personas adultas mayores de siete ciudades de América Latina y el Caribe: Buenos Aires, Barbados, La Habana, Montevideo, Santiago de Chile, México y San Pablo. Según esta encuesta la proporción de personas mayores que declararon tener dificultad de algún tipo en actividad funcional de la vida diaria (AFVD) varía desde el 14% de la muestra de Barbados hasta un 22% en la de Chile. Las proporciones son superiores entre los que declararon algún tipo de dificultad para alguna actividad instrumental de la vida diaria (AIVD), variando desde el 17% en Uruguay hasta un 32% en Brasil. Con relación a los que reciben ayuda, las variaciones entre los países son aún mayores. En la muestra de Chile, por ejemplo, esta proporción es del 52% y duplica a la de Uruguay (26%). En general, el porcentaje de los que tienen asistencia en actividades instrumentales es significativamente mayor, variando desde poco menos del 70% en Argentina hasta casi un 92% en Brasil.⁶

Cuadro 1. Proporción de ancianos con dificultades en AFVD (7 países)

País	Tienen dificultad AFVD %	Reciben ayuda %
Argentina	17	32
Barbados	14	46
Brasil	19	40
Chile	22	52
Cuba	19	38
México	19	38
Uruguay	17	26

Fuente: encuesta sobre Salud, Bienestar y Envejecimiento (SABE), Organización Panamericana de la Salud, 2002.

⁶ Paulo Murad Saad, “Transferencias informales de apoyo de los adultos mayores en América Latina y el Caribe: estudio comparativo de Encuestas SABE” en revista *Notas de Población*, Cepal-Celade, número especial redes de apoyo social de las personas mayores, Santiago de Chile, diciembre 2003.

Se consideran como actividades funcionales de la vida diaria (AFVD) caminar en casa, ducharse, vestirse, comer y utilizar el baño. Se toman como actividades instrumentales en la vida diaria (AIVD) preparar la comida, cuidar el propio dinero, hacer compras, tomar remedios, limpiar la casa.

Cuadro 2. Proporción de ancianos con dificultad en AIVD (7 países)

Países	Tienen dificultad AIVD	Reciben ayuda
	%	%
Argentina	27	75
Barbados	24	74
Brasil	32	92
Chile	28	86
Cuba	26	90
México	28	84
Uruguay	17	78

Fuente: encuesta sobre Salud, Bienestar y Envejecimiento (SABE), Organización Panamericana de la Salud, 2002.

Como conclusión del informe, se han establecido las siguientes recomendaciones:

- 1) El desarrollo futuro sobre la salud y el envejecimiento deben guiarse por diseños multidisciplinarios. Es indispensable estudiar la salud de las personas mayores en relación con su situación económica y familiar.
- 2) Es necesario llegar a un consenso adecuado de la región sobre los instrumentos de evaluación apropiados para cada aspecto de la salud y el bienestar de las personas mayores.
- 3) Para establecer tendencias y evaluar las relaciones complejas que prevalecen entre el envejecimiento y las condiciones en que ocurre, es necesario invertir en estudios longitudinales, interdisciplinarios y regionales.

Una nueva distribución de las etapas de la vida

La Comisión Social de los Obispos de Francia ha reflexionado sobre la distribución de las etapas de la vida humana que se ha modificado hoy considerablemente. Hace veinte años, las edades podían diferenciarse con claridad: por un lado, la juventud y la adultez, tiempo de formación y actividad; por otra parte, la vejez, tiempo de descanso. En lo referente al ciclo de vida, los obispos franceses distinguen:

1. Un “primer período de vida activa” entre los veinticinco y cincuenta y cinco años. Es el momento en que se hacen las carreras profesionales, se forman las familias y se establecen relaciones. Es un tiempo muy intenso en trabajo y selectivo desde el punto de vista de la competitividad.
2. Un “segundo período de vida activa” entre los cincuenta y cinco y setenta años (o más, pues es sabido que la edad y el envejecimiento no coinciden) entre el fin de la actividad profesional a tiempo completo y la vejez.
3. Finalmente, la vejez o cuarta edad, que gracias a los adelantos de la medicina es cada vez más tardía en relación a la duración total de la vida humana. En esta etapa suele deteriorarse la salud, puede perderse la autonomía y a menudo surge una cierta soledad afectiva a causa de la viudez. En este momento, los vínculos familiares y los lazos sociales son esenciales para una buena ancianidad.

Según esta nueva distribución de las etapas de la vida, los obispos franceses han reflexionado sobre el futuro de las jubilaciones, desde un enfoque integral considerando otros aspectos del problema además del económico, la gestión del tiempo, las distintas edades de la vida o el lugar de la familia en las relaciones entre generaciones. Destacaron el valor de la solidaridad intergeneracional. Entre las familias, ésta se expresa, por ejemplo, en las redes de ayuda mutua que fluyen en forma de intercambios de bienes y actividades de los abuelos y de los padres hacia los hijos. Este valor de la solidaridad intergeneracional también fue proclamado por Juan Pablo II en la *Carta a los Ancianos* que escribió en 1999, año que la Organización de las Naciones Unidas dedicó a las personas de edad avanzada. Deseando expresar su cercanía espiritual con sus coetáneos, Juan Pablo II señaló que “los ancianos son depositarios de la memoria colectiva, y por eso intérpretes privilegiados del conjunto de ideales y valores comunes que rigen y guían la convivencia social. Desde esta perspectiva, los aspectos de la fragilidad humana, relacionados de un modo visible con la ancianidad son una llamada a la mutua dependencia y a la necesaria solidaridad que une a las generaciones entre sí porque cada persona está necesitada de la otra y se enriquece con los dones y carismas de todos”.

Las sociedades han de proyectar el futuro no sólo según las perspectivas demográficas y económicas, sino también de acuerdo con la nueva distribución de las etapas de la vida, que se han modificado como consecuencia de un ciclo de vida más largo. Pensar los posibles cambios en los modelos de jubilación supone un compromiso de solidaridad entre las generaciones; compromiso que contemple los intereses de los ancianos de hoy y los del mañana.

Estudios realizados en Colombia demuestran que el envejecimiento es un proceso individual. Hoy se sabe que tanto la genética como el medio ambiente participan en forma interactiva en la biología del envejecer. La forma en que se envejece está condicionada por causas genéticas, ambientales y de la historia de cada individuo. Los seres humanos pueden actuar sobre su propio envejecimiento evitando los llamados factores de riesgo. Desarrollar alguna actividad es una función fundamental para una buena vejez. Desde la apología más célebre de la ancianidad escrita en el año 44 a.c. por Cicerón, *De Senectute*, y Galeno y la Escuela Médica de Salerno en la Edad Media que resumió en una décima el arte de envejecer, hasta los destacados gerontólogos de la actualidad se enfatiza la importancia de vivir ocupado y adquirir hábitos y costumbres en la edad adulta que nos predispongan a una buena ancianidad.

El cese de la actividad laboral remunerada a raíz de la jubilación trae aparejado la pérdida de relaciones sociales. Revitalizar los vínculos comunitarios mediante la participación en otras actividades voluntarias que redunden en beneficio de otros contribuye a evitar el aislamiento y a generar redes de apoyo social, emocional y afectivo.

El mapa del envejecimiento en la Argentina

Según el Censo Nacional de Población del año 2001, la Argentina tenía entonces 36.260.130 habitantes, de los cuales 3.587.620 eran personas de sesenta y cinco años y más. Éstas representaban el 9,9% de la población total del país. El envejecimiento demográfico presenta desigualdades entre las provincias argentinas como sucede con otros aspectos de la estructura social del país. La ciudad de Buenos Aires muestra una pirámide de población envejecida con un 17,2% de habitantes de sesenta y cinco años y más en el 2001 y concentra el más alto porcentaje de longevos (ochenta años y más). Tres jurisdicciones superan el promedio nacional: Santa Fe (11,6%), Córdoba (10,6%) y la provincia de Buenos Aires (10,6%). En el extremo opuesto, por un lado las provincias patagónicas (con excepción de Río Negro), donde el clima inhóspito explicaría la baja proporción de personas mayores (Tierra del Fuego, 2,9%; Santa Cruz, 5,1%; Neuquén, 5,2% y Chubut, 6,6%). Por otro, el noreste y el noroeste,

las regiones de más altas tasas de natalidad tienen una distribución de edades de la población predominantemente joven: Misiones, 5,2%; Formosa, 5,6% y Jujuy, 5,9%.

En 1940, Alejandro Bunge, economista y sociólogo, observó que la población argentina tendía hacia un menor crecimiento y que el consecuente cambio en las proporciones entre los diversos grupos de edades haría prever un descenso progresivo en el número de niños en edad escolar y un “mayor número de ancianos en cada familia”. En su libro *Una Nueva Argentina*, Bunge señaló la magnitud del desequilibrio demográfico y social y se refirió a la Argentina como “un país abanico” que se abre en tres zonas formadas con arcos de círculo trazados siempre con centro en Buenos Aires. La primera con radio de 580 km, la segunda con radio de mil kilómetros y la tercera abarcando las regiones que están más allá del segundo arco”.⁷ A medida que aumenta la distancia de la Capital, disminuye la densidad de población, la capacidad económica, el nivel de vida y el cultural. Las disparidades entre las provincias en cuanto a las proporciones de la población anciana permiten afirmar que es posible aplicar la teoría del país abanico de Alejandro Bunge para trazar el mapa del envejecimiento en la Argentina.

La situación familiar de las personas mayores en la Argentina

En cuanto a la forma de vida familiar de los ancianos, en la Argentina prevalece el hogar nuclear o extendido. Si bien es preciso distinguir entre los conceptos de familia y hogar, los estudios sociológicos sobre el tema, suelen referirse a los hogares como el patrón residencial o la forma de cohabitar de un conjunto de personas en una misma casa. Partimos de la hipótesis que las personas mayores desean vivir con su familia y que ello sería lo más conveniente pues los provee de protección y compañía.

La población de sesenta y cinco años y más vive en su mayoría (97,2%) en hogares particulares y sólo un 2,8% reside en instituciones colectivas (hogares de ancianos, hospitales y otros) en todo el país. Entre las personas de sesenta y cinco años y más que habitan en hogares particulares, el 44,58% lo hace en un hogar nuclear, el 19,6% en un hogar unipersonal y el 34,8% en un hogar extendido o compuesto.⁸ Si tomamos como referencia, los resultados de una investigación chilena, la población de sesenta años y más de ese país que convivía con otros familiares alcanzaba el 50,9% en 2002, mientras que la proporción de mayores de sesenta años que vivía solos era de 12,3% y la que habitaba en un núcleo familiar era 37%.⁹

La propensión a vivir solos entre los ancianos es notoria no sólo en las grandes ciudades sino también en provincias de la región pampeana y en algunas del sur. En el Noreste y en el Noroeste la proporción de personas mayores en hogares extendidos es superior, indicando que habría más ancianos conviviendo con otras generaciones. Ello puede atribuirse a diferentes factores: por un lado, razones económicas. Las regiones del Noroeste y Noreste son las que registran porcentajes superiores de ancianos pobres (24,5% de la población adulta mayor en situación de pobreza en el Noroeste y 38,2%, en el Nordeste en 2001)¹⁰ y se sabe que el tipo de hogar en que habitan las

⁷ Bunge, Alejandro, *Una Nueva Argentina*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1940.

⁸ Hogar nuclear se refiere a un jefe de hogar con su cónyuge con o sin hijos o a un jefe sin cónyuge y con hijos. Hogar extendido: núcleo conyugal completo o incompleto con o sin hijos y otros familiares. De acuerdo con la Encuesta de Adultos Mayores, 2001, Secretaría de la Tercera Edad, Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, el 20,30% de los adultos mayores entrevistados vive sólo, y el 33,6% vive en un núcleo con su cónyuge y sin hijos. Sumados resulta que más de la mitad (53,9%) de los ancianos no conviven con otra generación. Ver Juana Ceballos, y Susana Said, *Situación de los Adultos Mayores en la Argentina. Informe Final*, Buenos Aires, Cáritas Argentina Comisión Nacional, Área Adultos Mayores, 2004.

⁹ Carmen Barros Lezaeta, M. Soledad Herrera Ponce, *Nexos familiares, hogar y bienestar psicosocial entre los adultos mayores*, Santiago de Chile, 2004.

¹⁰ Según datos de la encuesta de calidad de vida SIEMPRO, 2001 citada por Juana Ceballos, op.cit.

personas mayores se asocia a la pobreza: entre los ancianos que poseen recursos (no pobres) las proporciones más altas viven en hogares nucleares y unipersonales.¹¹ Por otro lado, podría interpretarse según los valores propios de sociedades tradicionales (por ejemplo, la salteña) que se asociarían a la preferencia por la forma de hogar extendido o a la convivencia trigeracional. Estos datos sobre la composición familiar revelan que no serían acertadas las teorías sobre la marginación del anciano de su propio grupo familiar en la sociedad argentina.

¹¹ Nélica Redondo, “Envejecimiento y Pobreza en la Argentina al finalizar una década de reformas en la relación entre Estado y Sociedad” en revista *Cuestiones Sociales y Económicas*, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Católica Argentina, número especial, Envejecimiento y Sociedad, Año III, N° 6, diciembre 2005.

A las puertas de la longevidad: ¿autonomía o dependencia? Reflexiones y alternativas desde la educación

Por Norma Tamer

*Trágicamente,
el hombre está perdiendo el diálogo con los demás
y el reconocimiento del mundo que lo rodea,
siendo que es allí donde se dan el encuentro,
la posibilidad del amor, los gestos supremos de la vida.*

Ernesto Sábato, 2004

La resistencia

Introducción

Estamos inmersos en un tiempo de certezas provisorias, de incertidumbre generalizada, que nos provoca tensiones y un cierto malestar por no saber a ciencia cierta dónde estamos parados y hacia dónde vamos. El mundo en el que vivimos aparece transversalizado y caracterizado por profundas transformaciones como resultado de las mutaciones culturales puestas de manifiesto ya a finales del siglo veinte y que se acentuaron con el correr del veintiuno. Mutaciones que han producido movimientos estructurales en todos los órdenes de la cultura, la ciencia, la política, la economía, la tecnología que, por supuesto, impactaron tanto en la vida de las personas como en la sociedad global.

Aparece ante nosotros, hoy, un horizonte incierto y complejo, muchas veces contradictorio, conflictivo y caótico.

Las generaciones actuales estamos siendo testigos de una época histórica, sin precedentes, en la que pueden advertirse la configuración de nuevas sociedades fruto del pluralismo étnico, cultural, religioso, de la diversidad de identidades nacionales y de la construcción de nuevas identidades etarias.

Si miramos hacia atrás nos cuesta encontrar modelos válidos para descifrar este momento y poder discernir proyectos posibles.

En este escenario general, la paulatina prolongación de la esperanza de vida y el acelerado incremento de la población mayor, tanto a nivel mundial como regional y nacional, han suscitado su propio interés por afrontar esos nuevos desafíos y para encontrar alternativas justas, dignas e inclusivas para todas las personas, sin restricciones por condición económica, edad o situación socio-cultural, dado que se pone en juego la dignidad, la libertad y la igualdad, derechos fundamentales de todas las personas.

Nos encontramos, en consecuencia, en una encrucijada cultural en la que *lo viejo* ha perdido vigencia y estamos a la búsqueda de lo *nuevo inexistente* que nos movilice a hacer uso de nuestros recursos imaginativos de innovación tendientes a promover la formación de una ciudadanía crítica, activa y responsable, con posibilidades concretas de participación a lo largo de toda la vida.

Una mirada a un mundo que envejece

La revolución de la longevidad, herencia de finales del siglo veinte, sumada al rápido crecimiento de la población en la primera mitad del siglo veintiuno, nos muestra el horizonte de la transfor-

mación demográfica mundial, un mundo que envejece, con profundas consecuencias para cada uno de los aspectos de la vida individual y comunitaria, nacional e internacional con repercusiones que se proyectan, a su vez, a todas las dimensiones de la existencia humana, social, económica, política, cultural, psicológica y espiritual.

Este hecho inédito a la humanidad, por su complejidad y por sus derivaciones al futuro, en condiciones de incertidumbre, requiere de los actores sociales una obra intersubjetiva de puesta en orden del mundo y de permanente construcción-reconstrucción de este mundo en un incesante trabajo de atribución de sentido, de roles y de posiciones que lo legitimen.

A nivel internacional se dieron dos eventos que tuvieron amplia repercusión en el discurso declaratorio de un modelo de envejecimiento con calidad de vida, sin dependencia física, psíquica y social sino identificándolo con autonomía personal y esperanza de vida sin discapacidad. El primero de ellos, el Año Internacional de las Personas Mayores (1999) instaló el concepto de *una sociedad para todas las edades* implicando cuatro dimensiones: el desarrollo individual durante toda la vida; las relaciones multigeneracionales; la relación mutua entre el envejecimiento de la población y el desarrollo; la situación de las personas de edad.

Tal hecho, que atravesó el espacio geográfico de las naciones, contribuyó a promover la conciencia de la situación así como la necesidad de impulsar la investigación multidisciplinaria y la acción consecuente en materia de políticas gerontológicas en todo el mundo.

El otro, el Plan de Acción Internacional sobre el Envejecimiento (Madrid, 2002), por su parte, planteó como objetivo “garantizar que en todas partes la población pueda envejecer con seguridad y dignidad y que las personas de edad puedan continuar participando en sus respectivas sociedades como ciudadanos con plenos derechos”.

En este caso, el Plan de Acción de la Asamblea Mundial vino a sustentar la necesidad de que tal envejecimiento con calidad de vida, sea una opción no sólo para los países desarrollados, quienes parcialmente lo están logrando, sino que sea extensiva a los países en vías de desarrollo en donde pareciera prácticamente inalcanzable.

Ante ello, el interés por el estudio de la vejez desde una visión interdisciplinaria se ha expandido y tiende a avanzar presuroso en el conocimiento de los mecanismos de un envejecimiento activo.

La investigación gerontológica trata de diseñar nuevas estrategias más equitativas, solidarias y menos costosas a las que puedan acceder un mayor número de países.

¿De qué modo estos estudios contribuyen a explicar y comprender los procesos del envejecimiento? ¿Hasta dónde es posible extender los beneficios que resultan de la producción del conocimiento gerontológico? Tales interrogantes, por su complejidad y abarcabilidad, exigen el diálogo científico y educativo que permita la vinculación teórico-práctica y evite la parcialización del campo de conocimiento, como así también la responsabilidad intersectorial en la construcción de una vejez saludable y digna que contemple la diversidad de los sujetos y de los grupos humanos.

Asimismo, entendemos necesario incluir la dimensión ética en cuanto dimensión reflexiva que nos permite salirnos de lo que hasta un determinado momento era invisible o inamovible y ver que como humanos tenemos el mundo que creamos con otros. Este acto de ampliar nuestro dominio cognosci-

tivo-reflexivo nos hace dar cuenta de que, sin la aceptación del otro junto a mí, en la convivencia, sin ese uno junto a otro, no hay socialización y, sin socialización, no hay humanidad.

Cualquier cosa que destruya o limite la aceptación de otro junto a uno, desde la competencia hasta la posesión de la verdad, pasando por la certidumbre ideológica, destruye o limita que se dé el fenómeno social y por lo tanto, lo humano.

Desde esta perspectiva ética, que enmarca la legitimidad de la presencia del otro, se plantea la demanda de un paso a un sujeto autónomo, a un sujeto capaz de reflexionar y decidir lo que va a hacer con sus deseos y lo que no va a realizar y de actuar en consecuencia.

Hoy no es pensable un desarrollo humano sin un desarrollo que nos tenga como sujetos, capaces de orientar y decidir, junto con los otros, la dirección de ese desarrollo.

Ver y vivir la ancianidad en nuestro tiempo

La ancianidad es en sí misma una de las grandes paradojas de la existencia y conlleva una circunstancia de crisis en el transcurrir del ciclo vital. En nuestros tiempos, permanece empañada, intermediada, por un imaginario social poco favorable que lleva a verla como algo temido o, incluso, negado. Gran parte de la población tiene conductas negativas hacia las personas mayores, inconscientes algunas veces, pero muchas otras concientes y activas. Igualmente, las personas de edad avanzada, no parecen muy felices de ser categorizadas como tales, o de re-conocerse a sí mismas en su presente situación vital, lo cual refuerzan las representaciones de la vejez vista sólo por las pérdidas o carencias. De ahí que, en la visión de la vejez construida socialmente, de manera unilateral y reduccionista, desde el deterioro y la declinación inaceptablemente generalizada, lo que se manifiesta es sólo una de sus caras posibles: la de una vejez dependiente, inactiva. Ello incide, por supuesto, en las prácticas de intervención socio-sanitarias, predominantemente asistencialistas.

El término *ancianidad*, para referirnos al ciclo vital de la vejez, constituye un término inasible, polisémico ya que tiene tantos sentidos o modos de comprensión según sean las representaciones de cada uno, conforme a su propia experiencia de vida cotidiana. Si consultamos en el diccionario nos encontramos, sencillamente, que “ancianidad”, es *el último período de la vida ordinaria del ser humano*. Sin embargo, si buscamos en la representación socio-cultural, bien podemos observar que la variabilidad de respuestas puede ubicarse en uno de dos polos antitéticos: ancianidad igual a *venerabilidad, sabiduría* (en particular, en las sociedades orientales) o a *vulnerabilidad, decrepitud, decadencia* (preferentemente en las sociedades occidentales modernas). Esa ambivalencia en el pensar y percibir la ancianidad, obliga a explicitar la concepción de envejecimiento y vejez cada vez que se trata de iniciar una comunicación intersubjetiva para producir conocimiento en ese campo o, para decidir sobre políticas sociales y acciones concretas, referidas al colectivo de las personas de edad.

Ya existe consenso acerca de que el envejecimiento, en cuanto proceso histórico-social o individual, es dinámico, extremadamente heterogéneo y particularmente contextualizado, tanto como para afirmar que cada uno envejece como ha vivido, como ha llevado el propio proceso existencial, singular, único, de “hacerse a sí mismo”. Por ello, si bien advertimos la necesidad de re-pensar, re-significar la vejez a la luz de los cambios socio-culturales de nuestra época, también creemos que para lograrlo, acertadamente, debemos entenderla en el ciclo vital en su conjunto, en sus significados y construcciones socioculturales. En consecuencia, reflexionar sobre el envejecimiento y la vejez es reflexionar

sobre la vida entendida como un *continuum*.¹ Así, una vejez saludable y activa dependerá de una niñez, adolescencia, juventud y adultez, también saludables y activas.

A nuestro entender, el término “*longevidad*”² refleja mejor la situación actual. Nos permite re-significar tanto el envejecimiento como proceso evolutivo, como el alargamiento del ciclo vital y nos indica el requerimiento de una reconstrucción y redefinición de la vejez, longevamente masiva, en cuanto parte de ese ciclo vital.

Son muchos los estudiosos e investigadores sociales que están atentos a esta nueva perspectiva de la vida: la longevidad. Los significativos cambios en el ciclo vital y su alargamiento hacen prever importantes efectos no sólo sobre el estado y el número de personas mayores sino también sobre todas las instituciones sociales (familia, mercado laboral, jubilación, sistema educativo, sistema sanitario y de pensiones).

A medida que los sujetos y las poblaciones envejecen, las sociedades también se ven afectadas por las características y ritmos del envejecer ya que cada cultura, cada época, cada tiempo histórico, manifiestan sus propios patrones de envejecimiento y configuran modelos de envejecer y de vejez.

De la vejez “frágil” a la vejez “activa”: desafíos y alternativas

Estas nuevas miradas sobre el acontecer demográfico y socio-cultural vinculadas con el envejecimiento se corresponden con los estudios de campo de gerontólogos y geriatras que muestran que muchas de nuestras creencias de “sentido común” y larga tradición sobre la vejez y el envejecimiento, basadas en concepciones biologistas, están totalmente equivocadas. Poco a poco, se va formando conciencia social acerca de que los mitos y estereotipos negativos respecto a la vejez tienen poco que ver con la realidad.

Hoy, podemos decir que los mitos y prejuicios tanto de raíz: biológica (regresión/involución/deterioro inevitable), social (dependencia/aislamiento/ ruptura del diálogo generacional e intergeneracional) y psicológica (pérdida de la autonomía funcional y de las capacidades cognitivas/disminución de la autoestima), han sido atravesados por la revolución de la longevidad, anunciada en el siglo veinte y con evidentes efectos favorables para la población de personas mayores en el siglo veintiuno.

En la actualidad, si bien hay en el colectivo de mayores quienes requieren de un soporte social importante, la mayoría de las personas que lo integran aparecen como sujetos vigorosos y competentes, activos dentro de sus familias y en la comunidad.

Los avances en las ciencias médicas y las mejores condiciones sociales de vida de las personas hacen de la longevidad uno de los cambios más drásticos en el ciclo vital (Neugarten. 1999). Esto constituye

¹ Guardini (1997) en su libro *La aceptación de sí mismo. Las edades de la vida*, al tratar sobre el transcurso vital humano, nos dice que el hombre se caracteriza siempre como nuevo (...) en todas las fases es siempre el mismo hombre, quien en ellas vive; es la misma persona, que sabe de sí misma y es responsable de la correspondiente fase vital. Si bien Guardini reconoce fases en la vida, advierte que estas fases forman en conjunto la totalidad de la vida. Pero no de modo que esta totalidad sea mero conjunto; la totalidad está siempre ahí, desde el principio, en el final y en cada punto. Así el final es operativo durante toda la vida (...) Cada fase es en orden al todo y en orden a cada una de las otras fases. Dañarla es dañar el todo y cada uno de los elementos singulares.

² Longevidad (del latín *longaevitas - atis*) significa largo vivir; longevo (*longaevus*) de *longus*: largo y *aevum*: tiempo, edad. El adjetivo adherido a la persona indica: sujeto viejo o de larga edad.

un nuevo fenómeno histórico y debe ser considerado como una de las adquisiciones y conquistas contemporáneas.

La extensión de la vida hacia decenios más tardíos se ve acompañada de la conservación de la capacidad mental, la fuerza física y la productividad comunitaria de casi todas las personas mayores, quienes tienen variadas oportunidades, a menudo pasadas por alto tanto por la sociedad como por ellas mismas para contribuir económica, social o interpersonalmente a las necesidades de sus familias y sus comunidades.³

Durante siglos, la gente creyó que el avanzar en edad marca la pauta de los últimos años de la vida y que ésta evoluciona inevitablemente hacia el deterioro funcional.

En las últimas décadas, estudios de comportamiento en los que se siguieron grandes grupos de personas ancianas, a lo largo del tiempo, han contribuido a modificar esta creencia.

Por su parte, los avances de las neurociencias han reforzado la comprensión del complejo y singular proceso de envejecer. La producción de conocimiento lograda por diferentes investigadores en el campo de la neurología (MacLean P., 1983; Popper, K. y Eccles, J., 1980; Eccles, J. 1975; Nauta, W., 1971; Sperry y colaboradores, 1970) se fueron incorporando a la explicación y solución de diversos problemas en los campos de la medicina y la psicología.

Desde los comienzos de los años sesenta, algunos investigadores han venido trabajando desde enfoques neurológicos, psicológicos y pedagógicos en la exploración del cerebro, en estrecha vinculación con el despliegue del paradigma cognitivista y sus implicaciones en el comportamiento estable de la personalidad y la relación con los procesos de enseñanza-aprendizaje en el aula (Doval, 1995; Doval y colaboradores, 1993; Gargallo, 1991; Messick, 1977; Santos y colaboradores, 1989; Sonnier, 1992; 1989,1985; Witkin y colaboradores, 1977).

El acelerado desarrollo de las neurociencias en la década del noventa y los diversos resultados de las investigaciones sobre plasticidad cerebral permiten mayor comprensión del funcionamiento del cerebro y su potencialidad. Sus hallazgos constituyen un valioso aporte para sustentar revisiones conceptuales sobre el aprendizaje, resignificar las prácticas educativas a lo largo del curso de la vida y validar la ampliación de los límites del espacio y tiempo pedagógico.

Ahora, sabemos mejor que somos también nosotros y nuestro entorno, no sólo el calendario, quienes intervenimos en el ritmo y el modo de envejecer y, hasta podemos modificar, para mejor o para peor, la velocidad del envejecimiento biopsicosocial.

Un concepto clave del documento de debate para la Segunda Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento (Madrid, 2000) y que da lugar a repensar posiciones es el de “*envejecimiento activo*” con lo

³ Siguiendo a B. Neurgarten (1999), podemos distinguir dos grandes grupos: los viejos-jóvenes y los viejos-viejos. En la primera categoría, incluye a las personas ya jubiladas que se han retirado del mercado laboral, que cuentan con buena salud y condiciones físicas favorables para llevar una vida activa en el entorno, conyugal, familiar y social. En general, son personas que cuentan con ingresos, educación y tiempo libre. En cuanto a los viejos-viejos los describe como “personas que a causa de su deterioro mental o físico o pérdidas en sus sistemas de ayuda social ordinaria, requieren de numerosos servicios sanitarios y sociales de apoyo o reintegración. En esencia son personas que necesitan cuidados especiales”. El problema se centra en que a partir de esta última realidad se procede de manera generalizada y se aplica a todas las personas mayores, sin distinguir la diversidad que encierra ese colectivo.

cual se alude a la necesidad de ir cambiando los estereotipos y creencias ligados a una concepción reduccionista de las personas mayores como “viejos, pobres y enfermos” valorizando la visión del envejecimiento como una conquista de la humanidad que debe ser celebrada.

Tal concepto de envejecimiento activo se refiere al “proceso de optimización del potencial de bienestar tanto social como físico y mental de las personas a lo largo de la vida, a fin de poder vivir de forma activa y autónoma un período de edad mayor cada vez más largo”.

Sin embargo, dado que los cambios fundamentales no se producen por definición o por el mero discurso innovador, bueno es detenernos ante el concepto de *viejismo* por considerar que en cuanto prejuicio aún está circulando dentro del cuerpo social.⁴

Si bien los prejuicios hacia el envejecimiento y la vejez hoy pueden ser fácilmente desmontados, desestimados, porque han caducado frente a la realidad, todavía están arraigados en vastos estratos de la población y siguen influyendo tanto en viejos, a quienes les impide reconocer su capacidad de desarrollo, como en jóvenes y adultos, quienes huyen de los viejos por negación a la vejez por sólo ver la cara de la involución.

Ante lo expuesto, nos interesa destacar que el modo de ser privativo y singular de cada sujeto se perfila y establece como resultado del juego de fuerzas internas y externas. Así, cada persona resulta ser el producto de sus disposiciones naturales y de las circunstancias de vida en donde se ponen de manifiesto su forma de ser y actuar a lo largo de la vida.

Los avances experimentados en el campo de las ciencias responden a cambios que no son direccionales sino, por el contrario, son partes de un todo que se traduce en profundas transformaciones socio-culturales que afectan a los seres humanos y generan otros cambios en distintas dimensiones.

En lo que respecta a la longevidad podemos también observar que genera, a su vez, un problema social nuevo, el de la existencia de un número creciente de adultos mayores que requieren identidad e inclusión social.

La prolongación de la vida permite a las personas gozar de avances que ni siquiera soñaron los cuales, por una parte, facilitan la vida, pero por otra, las ponen frecuentemente, ante situaciones nuevas que deben superar.

Desarrollar el potencial del colectivo de mayores para mantenerlos como agentes activos de nuestra sociedad, supone trabajar en distintos campos para lograr una convivencia saludable. En este sentido, “además del esfuerzo individual, es necesario que la sociedad estimule a los mayores para que disfruten de un envejecimiento saludable”. (Vega. 2002).⁵

⁴ R. Butler (1995) a través de sus investigaciones y desarrollos hizo hincapié en el concepto de ageism, viejismo, prejuicio de un grupo contra otro, se aplica principalmente al prejuicio de la gente joven hacia la gente vieja. Para él, subyace en el viejismo el miedo y pavor a envejecer, el deseo de distanciarnos de las personas mayores que constituyen un retrato posible de nuestro futuro, los jóvenes temiendo envejecer y los viejos envidiando a la juventud. Coincidimos con su afirmación acerca de que el viejismo no sólo disminuye la condición de las personas mayores, sino de todas las personas en su conjunto.

⁵ J. L. Vega en su ponencia sobre “Determinantes psicológicos del envejecimiento” en el Congreso *La Intervención social frente a los retos del siglo XXI*. Yuste-Cáceres, 2002.

Cabe preguntarnos cuál es la mejor forma de combatir o de hacer frente a mitos y prejuicios. Sabemos que los cambios culturales son los más difíciles y complejos para lograr porque implican niveles de intervención micro/macro que tienen que ver con: cambios en la cosmovisión (percepción del mundo/concepción antropológica en ese mundo/nuevos contextos y relaciones-percepción hombre/mundo); modificación de actitudes (ante la vida/ante circunstancias y situaciones vitales); revisión de valores y su ordenamiento según la racionalidad e interés económico, social, político, cultural; diálogos/acuerdos intersubjetivos; pensamiento estratégico; definición de políticas de acción transformadora.

Según U. Lehr (2002), dado que la gente vive cada vez más, es responsabilidad no sólo de toda persona sino de la sociedad en general hacer todo lo posible para prolongar el período de vida activa y sana, en vez de simplemente retrasar el momento de la muerte.⁶ Al respecto, sostiene que el envejecimiento saludable es un reto para todo individuo y también para los gerontólogos y los políticos. Por ello, nos dice que una política destinada a las personas mayores debe basarse en tres frentes principales: en el mantenimiento y el aumento de sus competencias para soslayar la dependencia, en la expansión y mejora de las medidas de rehabilitación para conseguir que vuelvan a ser capaces de llevar una vida independiente y en resolver los problemas de los mayores que son dependientes de los demás.

Los avances científicos y tecnológicos en neurociencias abren nuevos caminos para la gerontología y la geriatría e impulsan investigaciones que contribuyen a una mayor expectativa de vida con mejor calidad y a un envejecimiento que aproveche las potencialidades disponibles para una existencia más activa y comprometida con la sociedad.

Envejecimiento, vejez y formación gerontológica

El envejecimiento en general y, particularmente referido a cada región, país y realidad local (ciudad, municipio) es siempre paradójico, complejo y contextualizado. No acepta generalidades sin caer en reduccionismos o acciones mutilantes.⁷

Si bien ya es dado advertir que la revolución demográfica y la prolongación del curso de la vida tienden a producir cambios estructurales de largo alcance, en todo el mundo, cuesta aceptar que aún no se consiga conformar un cuerpo teórico de conocimiento capaz de servir de sostén a nuevos dilemas.

Un recorrido por los tratados que llevan por título la *gerontología social* pone en evidencia que su campo no está bien delimitado. Nacido de la necesidad de crear reflexiva y críticamente una política de planificación y servicios sociales en pro de los jubilados y ancianos, se inclina aun a favor de investigaciones sobre necesidades, provisión de servicios, política social y realizaciones prácticas. Es un dominio que está evolucionando, poco a poco, hacia una clara interdisciplinariedad, a la búsqueda de un marco teórico coherente que dé cuenta de los nuevos espacios sociales y de los cambios que sobrevendrán en el futuro.⁸

⁶ U. Lehr (2000) en la conferencia inaugural sobre El envejecimiento en el Siglo XXI, pronunciada en el Congreso *La Intervención social frente a los retos del siglo XXI*, Yuste-Cáceres, 2002.

⁷ Para un mayor nivel de análisis se cuenta con el *Informe sobre la Tercera Edad en Argentina, Año 2000* de la Secretaría de Tercera Edad y Acción Social que incluye diversas miradas a través de investigadores y estudiosos como M. J. Oddone; L. Salvarezza; R. Barca; Z. Recchini de Lattes; J. Paola.

⁸ Barenys, M. P., "La Gerontología Social", en *Análisis sociológico de las Residencias de Ancianos*, Barcelona. Fundación Caixa de Pensions, 1991.

Una de las conquistas más relevante en este campo, ha sido el nacimiento de la gerontología como ciencia pluridisciplinaria y crítica. En ese marco, la sociología, la psicología social y últimamente la educación, adquieren una dimensión relevante, más que la de las ciencias de la salud.

A lo largo del siglo veinte se fue cristalizando una concepción de envejecimiento y vejez más social y menos individualizada. Ricardo Zuniga⁹ advierte que la gerontología debe ser una ciencia emancipadora, “(...) por sobre las dimensiones técnicas, centradas en controles de los deterioros y de las pérdidas, de las dimensiones prácticas, centradas en una comprensión de las dinámicas de construcción de significados, estando siempre al servicio de los sujetos del estudio (...). La gerontología dialéctica estudia el envejecimiento humano como contradictorio e intenta situar estas contradicciones en un cuadro de desarrollo y un cuadro histórico”.

Lo que propone es que hagamos de la gerontología una ciencia que pueda contribuir en sentido de ser liberadora, rechazando las definiciones por la carencia, por la falta y por las pérdidas, haciendo una lectura crítica de los dispositivos políticos y profesionales de asistencialismo. Coincidimos con Christine Víctor quien, desde una perspectiva sociológica, nos dice que “una gerontología crítica pone de relieve que muchos de los hechos objetivos que definen la vejez son, en realidad, construcciones sociales; pone igualmente de relieve la enorme diversidad de la experiencia de envejecer”.¹⁰

Si aceptamos que la gerontología debe percibir a la vejez como una representación de la vida humana en tanto totalidad, aceptamos también que debe dar cuenta de los nuevos espacios sociales y de los profundos y paradigmáticos cambios que sobrevendrán en el futuro.

La existencia actual de tendencias educativas innovadoras que poco a poco va cualificándose y extendiéndose nos permiten advertir que estamos transitando un camino de superación posible y con amplios márgenes de puestos de trabajo.¹¹

Sin embargo, estas propuestas en pequeña escala, aun un tanto desarticuladas entre sí, necesitan de la conjunción de voluntades, del espíritu de entusiasmo y del compromiso del estado, los gobiernos, la sociedad civil, las universidades, los centros de investigación, las empresas, para profundizar y extender los aciertos o, bien, proseguir nuestra exploración de nuevos caminos con la inquietud de continuar abriendo una huella en la historia de nuestro tiempo.

Hay muchas preguntas que todavía no tienen respuestas y que esperan de la investigación gerontológica crítica, comprensiva, multi, inter y transdisciplinar. Así, la tendencia de la investigación en Gerontología Social en esta última década muestra el desplazamiento del predominio de la investigación exclusivamente geriátrica a la gerontológica; la eliminación paulatina de fronteras de conocimiento; complementariedad de la investigación gerontogerriátrica; notorio aumento de la investigación gerontológica en cantidad y diversidad temática y de enfoques; corrimiento del eje investigativo: de la investigación

⁹ Zúñiga, Ricardo, “La gerontologie et le sens du temps”, en *Revue d'action communautaire*. N° 23-63, 1990, págs. 13-34.

¹⁰ Victor, C. R., *Old Age in Modern Society*, Croom Helm, 1987, pág. 27.

¹¹ En términos generales, se advierte un proceso acentuado en las Instituciones de Educación Superior por la gestión de acreditación de ofertas de posgrado (especialización, master y doctorado). Resulta igualmente notorio, la paulatina inclusión de asignaturas regulares y ciclos opcionales en los planes de estudios de carreras de Medicina, Trabajo Social, Educación para la Salud, Psicología, Sociología, Economía, Administración, Abogacía, Arquitectura, entre otras. Una tendencia a considerar es la ‘gerontologización’ de las carreras profesionales tradicionales ya que progresivamente han formalizado el tratamiento del tema vejez y envejecimiento en los contenidos de asignaturas troncales de las carreras mencionadas.

cuantitativa y descriptiva hacia la investigación-acción, investigación cualitativa, etnográfica y social-crítica; investigación en contextos y escenarios particulares.

Entre los temas prioritarios de la investigación actual en Gerontología Social se pueden señalar: demografía y envejecimiento poblacional vinculada con los impactos socio-culturales; longevidad, calidad de vida y equidad social referidos a la población envejecida y envejeciente sobre la base de avances científicos de los campos de conocimiento biológico, psicológico, neurológico, genético, ecológico, antropológico, social y educativo en amplio diálogo interdisciplinario; neurogerontología y neurogeriatría desde una perspectiva multidimensional: neurobiológica, psíquica, física, médica y social que abordan entre otros temas la longevidad, genética y envejecimiento, neurobiología del envejecimiento cerebral, cambios neuroquímicos y cerebrales; cultura, estilos de vida, alimentación y envejecimiento; aprendizaje a lo largo de la vida y alternativas de capacitación en personas mayores; historias de vida, investigación biográfica y autobiográfica.

En los años noventa emerge con mucha fuerza la perspectiva biográfica en los estudios sobre el envejecimiento, que aporta una visión amplia frente a la construcción social de la vejez. En este sentido, la preocupación gira en torno a la vida cotidiana de las personas mayores y la construcción social de la vejez está en relación directa con el sujeto que envejece y su interacción constante con la sociedad. Al decir de Neurgarten (1999) “tanto el estudio de las vidas individuales como el de los cambios sociales debe verse como una interrelación constante del tiempo de vida, el tiempo definido socialmente y el tiempo histórico”.

El enfoque biográfico centra su interés en la pregunta por el significado. Se trata de una perspectiva más amplia, cualitativa, hermenéutica, experiencial y cultural del envejecimiento y de la vejez entrecruzada por una visión del ciclo vital como una experiencia de vida reconstruida desde el relato del propio transcurso existencial inmerso en la situación histórico-social re-vivido y re-conocido para ser re-significado en el acontecer presente.

La educación frente a la revolución de la longevidad

Ahora sabemos que el envejecimiento poblacional no es algo que afecte en exclusiva a los países ricos. Muy al contrario, son los países en desarrollo los que envejecerán más rápidamente en los próximos años. Precisamente, los que menos preparados están para ello, los que aún luchan por erradicar las enfermedades transmisibles o donde poder tener una pensión es un privilegio al alcance de muy pocos. Asimismo, un dato más a tener en cuenta es que serán los mayores de ochenta años el grupo de población que más de prisa crecerá.¹² Ante esta información que ya atraviesa el planeta pareciera oportuno preguntarnos acerca de qué curso de acción estratégica están adoptando los sistemas de educación para afrontar los cambios del contexto y facilitar las condiciones para hacer posible la globalización de la solidaridad.

Pensamos que la educación es una base indispensable para una vida plena y activa. Una sociedad basada en el conocimiento requiere la adopción de políticas para garantizar el acceso “a” y la permanencia “en” la educación durante todo el curso de la vida fundada en el derecho y el compromiso ciudadano.

Desde nuestra dimensión de análisis, *la educación a lo largo de la vida para todos* no sólo representa una estrategia para ampliar la cobertura y el tiempo de formación, sino una nueva concepción educativa que nos lleva, necesariamente, a repensar las teorías y los saberes que legitiman las prácticas educa-

¹² De setenta millones en todo el planeta en la actualidad, aumentarán en cinco veces en los próximos cincuenta años.

tivas inclusivas, participativas. Y esto es válido para todos los niveles y realidades, incluyendo la educación de adultos, de adultos mayores, la educación en la diversidad, en el pluralismo, las relaciones intergeneracionales, la educación continua y la capacitación profesional.

En lo que respecta a los avances teóricos en el aprendizaje y la educación de las personas mayores se va superando, poco a poco, la percepción negativa de la vejez y va emergiendo el consenso de un modelo de educación más pertinente a la calidad de vida y a la participación social. Cada vez con mayor fuerza, se impone la *gerontagogía* en cuanto disciplina educativa interdisciplinar que tiene por objeto el estudio de la persona mayor en situación educativa. (Lemieux, 1997).

Los Programas Universitarios para Mayores (PUM), insertos en las universidades públicas argentinas se han convertido en un espacio significativo para el aprendizaje permanente y la capacitación de los adultos mayores en un ambiente de franco diálogo generacional e intergeneracional.

A lo largo de sus más de veinte años en nuestro país, han conformado un movimiento social que ha contribuido a la modificación de la representación social del viejo.

Las investigaciones llevadas a cabo en una década, en el marco de los PUM,¹³ destacan las consecuencias favorables que los apoyos sociales y el desempeño de roles significativos en la sociedad, ejercen en la calidad de vida de los adultos mayores. Tal modalidad de intervención, está orientada a reducir los sentimientos de aislamiento, promover la autonomía y autoestima y generar nuevos proyectos de vida en el marco de su nueva situación vital. Estos logros, centrados en los Adultos Mayores como sujetos participantes activos, percibidos en actitudes y modificaciones en el estilo de su propia vida, se transfieren a sus familias y al contexto social en el que viven y actúan, en donde impactan con efecto multiplicador.

Asimismo, al interior de las universidades, los PUM generan importantes cambios institucionales e innovaciones que se manifiestan en voluntad política de derribar fronteras que limitan y de construir condiciones de inclusión social mediante la integración, el aprendizaje cooperativo, el encuentro intergeneracional e interdisciplinario, la gestión participativa y democrática, la opción libre de una nueva oportunidad de crecimiento y proyección vital sin importar la edad o las condiciones socio-culturales.

En el caso del Programa Educativo de Adultos Mayores de la Universidad Nacional de Santiago del Estero (PEAM-UNSE), se tiende a resignificar el aprendizaje permanente según las múltiples dimensiones del envejecimiento vital y activo y las implicancias culturales y socio-educativas de la prolongación de la vida. Intenta vincular, en consecuencia, los avances de la investigación-acción y el trabajo de campo desarrollados en la última década, orientado a generar acciones que movilicen a aprender, entre todos, a construir nuevos espacios de inclusión social y participación ciudadana.¹⁴

Actualmente, el PEAM-UNSE, está evolucionando hacia un movimiento socio-cultural y artístico

¹³ Programa de Investigación Vejez y Envejecimiento. Instituto Interdisciplinario Regional de Investigaciones y Estudios en Gerontología (IRGe). Programa Educativo de Adultos Mayores (PEAM). Universidad Nacional de Santiago del Estero (UNSE), 1995-2005.

¹⁴ La experiencia de aprendizaje de los adultos mayores es el centro de interés de los proyectos de investigación desarrollados en la UNSE desde 1995, que fueron fortaleciendo una línea de investigación educativa: *Posibilidades y condiciones de educación de personas mayores de Santiago del Estero* (1995-1997); *El aprendizaje orientado a la reinserción activa de los adultos mayores de Santiago del Estero* (1998-2000); *Estrategias de enseñanza y disposición al aprendizaje en la educación de adultos mayores* (2001-2004); *Biografía y aprendizaje en el proceso social del envejecimiento. Estudio cualitativo sobre los procesos de formación a lo largo de la vida en las personas mayores en Santiago del Estero* (2005-2007).

con capacidad y vigor para contribuir como recurso vigente en proyectos interinstitucionales, de extensión socio-cultural, interdisciplinarios e intergeneracionales, proyectos comunitarios, educativos, culturales, de salud y participación ciudadana. Desde su lugar, colabora en la construcción de una cultura de participación equitativa, con protagonismo responsable a cualquier edad.

Hacia nuevos horizontes culturales

*Es en el propio reconocimiento de la orfandad
de tantos seres humanos
de donde puede surgir otra manera de vivir,
donde el hombre puede descubrir
y crear una existencia diferente.*
Ernesto Sábato, 2004

Para presentar algunas alternativas de cambio y propuestas de mejora se toman como puntos de apoyo tanto la investigación y la práctica educativa en distintos niveles del sistema educativo como también en el campo de la educación de personas mayores. Estos ámbitos de construcción, producción y socialización de conocimiento nos resultan apropiados para pensar y promover cambios pertinentes ante los mundos de posibilidades de los que nos toca formar parte.

Desde esa perspectiva se intenta enunciar algunas pistas para caminar hacia nuevos horizontes culturales:

- Propiciar la educación como eje clave de posibles alternativas favorables para la resignificación de la cultura del envejecimiento y de la representación social de la vejez.
- Promover la *educación a lo largo de la vida* como estrategia potenciadora de valores resignificados, según los nuevos tiempos y realidades, para la dignidad humana, la participación ciudadana y el compromiso social.
- La Universidad, como el espacio natural, en el que resulta posible el replanteo cultural que puede permitir a la sociedad procesar el cambio, desde la reflexión teórica y la investigación científica, desde su responsabilidad y compromiso con políticas educativas para la formación de recursos y la generación de alternativas de inclusión a lo largo de la vida.
- Contar con políticas de vejez y envejecimiento activo, inclusivas y solidarias; políticas democráticas, permeables a la participación ciudadana.
- Incorporar políticas integradoras que permitan complementar y articular el sistema formal de apoyo social con el informal y su enorme potencial. Entender que los apoyos informales no van a sustituir a los apoyos formales, pero pueden y deben integrarse.
- La longevidad con calidad de vida supone simultáneamente definir tanto los factores y condiciones propicias, como el desarrollo y concertación de políticas gerontológicas, democráticas y realistas, que eviten el desequilibrio entre demandas y recursos.
- La longevidad con calidad de vida requiere la eliminación de toda forma de violencia y discriminación contra las personas de edad; la promoción y protección de todos los derechos humanos y libertades

fundamentales, incluido el derecho al desarrollo; el reconocimiento de la importancia decisiva para el desarrollo social de la interdependencia, la solidaridad y la reciprocidad entre las generaciones.

- Fortalecer la articulación investigación/educación/políticas gerontológicas mediante:
 - La vinculación de universidades y centros académicos y científicos en el país y con países de Iberoamérica.
 - El intercambio de conocimientos y de tecnologías mediados por la diversidad cultural y la idiosincrasia propia de cada contexto.
- Potenciar los vínculos sociales y el desarrollo de las múltiples dimensiones del envejecimiento vital y activo.
- En esta comprometida y urgente convocatoria ciudadana también incluimos a las personas mayores quienes son los verdaderos actores sociales, los sujetos históricos que pueden transformar “su” mundo y “el mundo” de las generaciones que vienen. Las personas mayores constituyen un importante recurso en la búsqueda de alternativas de reconstrucción del tejido social. Respecto a ellas algunos puntos de apoyo pueden ser:
 - El reconocimiento del capital social individual, comunitario y cultural que representa el colectivo de los mayores para la sociedad de nuestro tiempo.
 - La fuerza social que surge de la valorización de los vínculos individuales, familiares y comunitarios, contruidos a lo largo de sus historias de vida.
 - La resignificación de la función sociocultural del colectivo de mayores, valoración de su experiencia, aportes y trayectorias conforme a sus condiciones de género, socioeconómicas y de contexto.
 - Contribuir a fortalecer la disponibilidad y sostenimiento de las redes de mayores basadas en su capacidad para movilizar recursos podrá tener un significativo y favorable impacto en la vejez activa y el envejecimiento saludable.
- La biografía educativa, en el caso de los adultos mayores, es una alternativa metodológica de significativo valor, para reflexionar sobre cómo han aprendido de las experiencias de la vida con lo cual, y al mismo tiempo, les permite potenciar su pensamiento crítico para la búsqueda permanente de sentido, para hacer una interpretación cooperativa de su aprendizaje, y para prestar atención a influencias situacionales o contextuales.
- Los Programas Universitarios de Mayores se muestran como un recurso existente y un espacio apropiado para fortalecer la autoestima, la imagen social, el ejercicio de la ciudadanía plena, el derecho a aprender a lo largo de la vida y las redes solidarias de autocuidado y de apoyo familiar y comunitario. Al decir de los mayores, participantes en estos Programas, en su mayoría mujeres, es el motor para hacer resurgir proyectos de vida postergados o ignorados que revitalizan su propia existencia y les generan motivaciones, expectativas y energías para:
- Resignificar los vínculos e intercambios de apoyo, estímulo, soporte afectivo, re-socialización con sus pares generacionales (renacer de amistades abandonadas, aparición de nuevos lazos afectivos).

- Actualizar y potenciar nuevas y positivas formas de convivencia familiar ya sea en la misma casa o en casas separadas (transferencia de conocimientos, experiencias, prácticas ciudadanas, micro-emprendimientos familiares).
- Revalorizar la función de “abuelidad”, según estos tiempos y bajo nuevas circunstancias, a la cual se le imprime significativos vínculos de intercambio afectivo y de experiencia vital que fortalecen los lazos intergeneracionales.

A modo de reflexión final, pensamos que, reactivar vínculos con el entorno familiar y social y generar lazos para una nueva y mejor forma de convivencia entre generaciones puede resultar una estrategia potenciadora de la solidaridad transgeneracional. Este es un principio básico para poder, efectivamente, transformar el envejecimiento en un logro para el desarrollo humano. La sociedad del siglo veintiuno requiere construir nuevas representaciones sociales sobre la vejez, que den cuenta del horizonte de longevidad avizorado para la vida humana.

Referencias bibliográficas

- Arendt, Hannah, *La condición Humana*, Barcelona, Paidós, 1998.
- Barca, R., Oddone, J., y Salvarezza, L., “Actualización del debate internacional sobre la problemática del envejecimiento y la vejez”, en *Informe sobre la tercera edad en la Argentina*, Buenos Aires, Secretaría de Tercera Edad y Acción Social, 2000, págs. 319-390.
- Bazo, M., García Sanz, B. y otros, *Envejecimiento y Sociedad: una perspectiva internacional*, Madrid, Ed. Médica Panamericana, 1999.
- Castells, M., Flecha, R. y otros, *Nuevas perspectivas críticas en educación*, Barcelona, Paidós, 1994.
- Castoriadis, C., *El mundo fragmentado*, Buenos Aires, Altamira, 1990.
- Dominicè, Pierre, *Learning from Our Lives: Using Educational Biographies with Adults*, San Francisco, Jossey-Bass Inc., 2000, traducido para Uni-pluri/ Universidad de Antioquia, con autorización de *Education Review*, II Asamblea Mundial sobre el envejecimiento. Barcelona, *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, vol. 37, suplemento 2, Doyma, agosto 2002, págs. 1-122.
- Fericgla, J., *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*, Barcelona, Anthropos, 1992.
- Frank, V., *La voluntad de sentido*. Barcelona, Herder, 1991.
- Freire, P., *Pedagogía de la esperanza. Un reencuentro con la pedagogía del oprimido*, México, Siglo XXI, 1993.
- Freire, P., *Pedagogía de la autonomía. Saberes necesarios para la práctica educativa*, México, Siglo XXI, 1997.
- Informe sobre la Tercera Edad en la Argentina Año 2000, Buenos Aires, Secretaría de Tercera Edad y Acción Social, 2001.
- Jarvis, Peter., *Sociología de la Educación continua y de adultos*, Barcelona, El Roure, 1989.

- Kaplan, R., “Más viejos que nunca. ¿Nuevas lecturas para viejas historias?”, en *Tercera Edad. Querer y Poder, Encrucijadas UBA, Revista de la UBA*, Año I, N° 3, 2001 .
- Lehr, U., *Psicología de la senectud. Proceso y aprendizaje del envejecimiento*, Barcelona, Herder, 1988.
- Lehr, U. y Thomae, H., *La vida Cotidiana. Tareas, métodos y resultados*, Barcelona, Herder, 1994.
- Lemieux, A., *Los Programas Universitarios para Mayores. Enseñanza e Investigación*, Madrid, IMSERSO, 1997.
- McLaren, P., *Pedagogía crítica y cultura depredadora*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Maturana, H. et. al., *Formación Humana y Capacitación*, UNICEF Chile, DOLMEN/GRANICA, 1997.
- Moragas, R. (1991). *El reto de la dependencia al envejecer*. Herder. Barcelona.
- Morin, E. (2001). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa. Barcelona.
- Muchnik, Eva, *Envejecer en el Siglo veintiuno. Historia y perspectivas de la vejez*, Buenos Aires, Lugar, 2005.
- Neugarten, Bernice, *Los significados de la edad*, Barcelona, Colección Albor-Herder, 1999.
- Núñez, Violeta (coord.), *La educación en tiempos de incertidumbre: las apuestas de la Pedagogía Social*, Barcelona, Gedisa, 2002.
- Petriz, G. (comp.), *Nuevas dimensiones del envejecer. Teorizaciones desde la práctica*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2002.
- Requejo Osorio, A. y Cortizar Rodríguez, C., “Las historias de vida en educación adultos”, en López, E. y Barajas Zayas, *Las historias de vida y la investigación biográfica. Fundamentos y metodología*. Madrid, UNED.
- Sáez Carreras, J. y Palazón, F. (coord.), *La educación de adultos: ¿una nueva profesión?*, Valencia, NAU-Llibres, 1994.
- Sáez Carreras, J., *Hacia la construcción de una gerontología educativa*, Madrid, Lancea, 1996.
- Salvarezza, L. (comp.), *La vejez. Una mirada gerontológico actual*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- Salvarezza, L. (comp.), *Psiquis, poder y tiempo*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.
- Schlmenson, Silvia, *El aprendizaje: un encuentro de sentidos*, Kapelusz, 1998.
- Tamer, N., “Possibilities and conditions of integral education for older citizens: a pedagogic proposal”, en *Journal des Viktor Frankl-Instituts*, vol. 2, N° I, Viena, 1994.
- Tamer, N., “Participación Educativa y democratización de oportunidades para las personas de edad”, en *TALIS-Third Age Learning International Studies*, Institut des Langues, Université des Sciences Sociales, N° 5, Toulouse, 1995.

- Tamer, N., “El envejecimiento humano, sus derivaciones pedagógicas”, en *Colección Interamer* N° 51, Washington, OEA, 1995.
- Tamer, N., “La vejez como proceso vital: su sentido y valor”, en *LOGO*, año XV, N° 28, Buenos Aires, Fundación Argentina de Logoterapia, 1999.
- Tamer, N. y Tamer, E., “Potenciar la calidad y perdurabilidad de los aprendizajes en los Adultos Mayores. Nuevas perspectivas en los Programas Universitarios”, en *Revista TALIS-Third Age Learning International Studies*, Institut des Langues, Université des Sciences Sociales, N° 12, Toulouse, 2001.
- Tamer, N., “Calidad y equidad en la Educación de Adultos Mayores. Exigencias y alcances de una demanda pendiente”, en *Escuela Abierta*, Revista de Investigación Educativa del Centro de Enseñanza Superior-CEU, Sevilla, Fundación San Pablo, N° 3, págs. 103-132, 1999.
- Tamer, N., “La educación de las personas mayores. Condiciones y alternativas para una construcción colectiva”, en Petriz, G., *Nuevas dimensiones del envejecer. Teorizaciones desde la práctica*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 2002.
- Vega, J. L. y Bueno, B., *Desarrollo adulto y envejecimiento*, Madrid, Síntesis, 1996.
- Zumiga, R., “La gerontologie et le sens du Temps”, en *Revue d’action communautaire*. N°s 23-63, págs. 13-34, 1990.

Envejecimiento y cambio cultural: tramas y configuraciones emergentes

Por José Yuni

Introducción

Este artículo propone una reflexión sobre la relación entre la cultura, los procesos sociales y el envejecimiento. Se pone especial énfasis en la descripción del cambio cultural desde la perspectiva de la articulación entre proyecto social, modelo cultural y legado del conocimiento intergeneracional en un recorrido que toma como punto nodal el proyecto de la Modernidad. Se analizan las configuraciones que han dado lugar a la formación de culturas posfigurativas y cofigurativas como construcciones ancladas en las concepciones y dispositivos generados por la Modernidad. Posteriormente se presentan las características que asume la Modernidad Tardía y se señalan las rupturas y quiebres que ésta introduce en relación a la edad como categoría socio-cultural. En la parte final se esbozan algunas alternativas que -inscriptas en la dinámica del funcionamiento de las sociedades del espectáculo- proponen que las personas mayores abandonen el rol de espectadores sociales, para asumir el rol de guionistas de su ciudadanía.

Cultura, desarrollo humano y envejecimiento

El proceso de desarrollo humano está intrínsecamente ligado a la cultura y la sociedad. El medio ambiente humano es la cultura. Es la operatoria de la cultura la que hace posible nuestra progresiva humanización y el distanciamiento de nuestra condición de miembros de una especie perteneciente al reino animal. Seres de cultura, sujetos capaces de simbolización, de representación y de comunicación a partir de signos y símbolos. Sujetos capaces de integrarnos en redes de intercambio y cooperación para la construcción de grupos sostenidos por sistemas de creencias compartidas.

Desde este punto de partida la cultura no se reduce sólo a las producciones materiales que testimonian el modo en que los hombres y los grupos se relacionan entre sí y con el mundo. La cultura material es la cara visible, observable, tangible de las producciones y productos que permiten el intercambio en una colectividad social. En las últimas décadas los estudios culturales y la antropología ofrecen otras perspectivas para su comprensión. Estas corrientes definen la cultura como la trama de significados y valores compartidos que sostienen el orden simbólico de un grupo; que se traducen en creencias, rituales, lenguajes, prácticas, sistemas especializados de símbolos y signos.

Esta trama de significados regula los intercambios de los sujetos y los grupos dentro de la sociedad; ofrece los medios y las herramientas para que -de modo individual o colectivo- se puedan elaborar y asignar sentidos a las diferentes construcciones que los seres humanos inventan para sostener su trabajo de vivir. En su naturaleza compleja, la cultura es el medio por el cual se produce la hominización; es el incesante proceso individual y colectivo de representación y simbolización por medio del cual se elaboran significados que nos permitan comprender y apropiarnos del mundo de la vida; es también la que a través de diferentes productos (materiales y simbólicos) expresa nuestra condición humana, nuestra pertenencia a un grupo y el dominio de las herramientas que la misma cultura nos ofrece como medio de expresión.

La metáfora de la cultura como una trama en permanente proceso de creación, de producción y de reproducción es útil para comprender su naturaleza dinámica, cambiante, elaborada con/a través de diferentes “materialidades simbólicas”, con diversas densidades y puntos de tensión distribuidos

desigualmente en su extensión. La trama articula, anuda y con-forma redes. La trama cultural es un pre-texto con el cual se inscribe y se escribe (con los signos y símbolos compartidos) un texto social por medio del cual se nombra/silencia, se ubica/desubica, se re-conoce/desconoce, se identifica/se enajena la experiencia de lo humano.

Toda cultura promueve y sostiene ideales que configuran imágenes de lo deseable. Imágenes móviles y cambiantes que anidan en el imaginario y que movilizan la imaginación individual y colectiva. Imágenes e imaginación que se articulan en el deseo y organizan rutinas, rituales y modos de organización variantes y variables según el contexto y el proceso histórico. Imágenes organizadoras de diferentes visiones del mundo de la vida. Imaginación al servicio de la re-creación de significados individuales y colectivos que permitan capturar el sentido de lo posible, lo deseable y lo esperable.

De ese modo, la cultura nombra, signa, asigna, ofrece modelos y herramientas que permiten otorgar significados y sentidos a la vida humana en lo que ésta tiene de humano. A través de una trama de significados, valores, conocimientos y creencias compartidas, cada grupo social otorga sentidos a la experiencia humana como totalidad. En su dinámica de individuación, la cultura provee a los miembros de cada sociedad (en diferentes momentos y procesos socio-históricos) ideales y modelos de identificación que performan el proyecto personal. En ese marco las diferentes edades y momentos del curso vital son investidos de significados particulares que configuran imágenes que anidan en el imaginario social y que se ofrecen como ideales performativos que orientan las elecciones de los sujetos de modos de ser y de actuar. De ese modo, la cultura no sólo provee ideales diferenciados para cada edad, sino que genera prácticas sociales diferenciadas y diferenciadoras, lo que da lugar a la configuración de subculturas diversas: la cultura adolescente, la cultura de la ancianidad, etc. (Fericglá, 1992).

Uno de los aspectos de la experiencia humana que recurrentemente ha sido investido de diferentes significados es el de la dialéctica entre lo humano y la temporalidad. Los seres humanos somos seres situados en el tiempo, con conciencia de él, de su paso y de las transformaciones que ese paso produce. Somos seres inscriptos en el tiempo y el despliegue de nuestra existencia es posible sólo en un lapso limitado y finito. El tiempo es el escenario en el que se representa la vida humana. La necesidad de otorgar sentido a la inscripción del tiempo en lo humano, es lo que hace que a través de la historia y del análisis comparativo de diferentes sociedades se puedan encontrar múltiples y contradictorias imágenes que pretenden otorgarle diversos significados culturales.

Envejecer no es otra cosa que atravesar el tiempo y ser atravesados por él. Los modos culturales de significar ese proceso se han modificado radicalmente en las sociedades complejas que constituyen el suelo de nuestra contemporaneidad. En lo que sigue intentaremos caracterizar las transformaciones culturales producidas por la configuración de un orden social emergente que propicia la aparición de nuevos significados respecto a la vejez y el envejecimiento en las sociedades modernas. Ello requiere que previamente caractericemos el orden social fundado en el Proyecto Moderno ya que el estado actual de nuestra cultura reconoce sus marcas fundacionales en sus ideales.

El cambio cultural en los orígenes de la modernidad

En las sociedades configuradas bajo la lógica fundante de la Modernidad, la edad fue uno de los criterios estructuradores del orden socio-cultural. La edad como unidad de medida y valor social es producto de las transformaciones en la concepción de tiempo que introdujo el capitalismo. En efecto, en la Modernidad se expande al conjunto de las sociedades una regulación geométrica del tiempo que comienza a ser medido en unidades universales, homogéneas y objetivas. La aparición del reloj

mecánico permite establecer rutinas, medir el paso de las horas y los días y sincronizar el ritmo de las acciones humanas con/dentro de las organizaciones sociales.

Por su parte, el proceso de urbanización profundizó la influencia de la mecanización del tiempo en tanto posibilitaba el establecimiento de rutinas metódicas, la regularización de las tareas y la sincronización de acciones individuales y colectivas. Esta concepción del tiempo como algo objetivo, medible, uniforme y uniformador se impuso en las sociedades modernas como patrón de referencia de lo social y de lo individual. En el campo social el tiempo se convirtió en el parámetro para la descripción y explicación de los procesos sociales. Así, fue posible seccionar el tiempo social y diseccionar el tiempo histórico inscribiendo en la materialidad objetiva del tiempo el desarrollo de la humanidad y de las sociedades en un *continuum* temporal orientado siempre hacia un futuro rebosante de promesas de futuro y de civilización.

El modo de organización social estructurado mediante roles asociados a la edad cronológica, hizo que ésta adquiera un valor de edad social. Diferentes momentos de la edad cronobiológica pasaron a tener valores sociales diferenciados. La conocida afirmación popular de que “hay una cosa para cada edad” es la condensación en el sentido común del isomorfismo entre edad y roles sociales. Las instituciones de la naciente sociedad moderna se organizaron según la lógica de la estratificación etaria de acuerdo con una secuencia que ofrece y demanda recursos diferentes a cada grupo de edad. Así, la infancia y la adolescencia constituían la etapa de formación, la adultez suponía compromiso en la producción y reproducción biológica y cultural; y la ancianidad era la etapa del retiro, del apartamiento, el confinamiento a una especie de limbo social para el cual la Modernidad no pudo definir un lugar y una identidad más o menos uniforme. Por su parte, a través del ciclo vital los sujetos debían ajustarse a los diferentes roles prescriptos para cada edad cronológica.

Una configuración social estructurada de este modo requería que sus instituciones desempeñaran una función disciplinadora orientada a la normalización de los sujetos. Instituciones encargadas de socializar en ciertas normas y de normalizar a los sujetos a través de lo que Foucault llamó tecnologías y dispositivos del Yo. El Estado, la Escuela y la Familia fueron los principales dispositivos generados por la Modernidad para “producir” sujetos sociales. Producción que pretendía uniformar y homogeneizar de acuerdo con los parámetros de “normalidad social” establecidos a partir de las necesidades de las sociedades disciplinarias de la Modernidad, entre ellos los parámetros vinculados a lo permitido y esperable para cada edad. No obstante, en los orígenes de la Modernidad, estos dispositivos están tensionados e incorporan en sus prácticas elementos residuales de modos tradicionales de organización social.

En su conocido ensayo sobre la ruptura generacional Margaret Mead (1970) señala que en aquellas sociedades anteriores a la Modernidad o aquellas en las que aún ésta no advino, la relación entre cambio social, transmisión de conocimiento y roles generacionales se articulan en un modo que denomina “culturas posfigurativas”. Este tipo de cultura puede reconocerse históricamente en la cultura de Occidente en la transición hacia la Modernidad y en la actualidad en aquellas comunidades y grupos sociales que se mantienen relativamente aislados y excluidos de la dinámica de la sociedad capitalista y del modo de vida urbano.

La autora señala: “la cultura postfigurativa es aquella en que el cambio es tan lento e imperceptible que los abuelos, que alzan en sus brazos a los nietos recién nacidos, no pueden imaginar para éstos un futuro distintos de sus propias vidas pasadas. El pasado de los adultos es el futuro de cada nueva generación: sus vidas proporcionan la pauta básica. El futuro de los niños está plasmado de modo

tal que lo que sucedió al concluir la infancia de sus antepasados es lo que ellos también experimentarán después de haber madurado” (1970:35).

Según la autora, en las culturas posfigurativas el cambio social remite a un tiempo con escasa variabilidad. Por ello, los conocimientos que circulan en esas sociedades poseen una duración y estabilidad común a varias generaciones. Esa estabilidad de los saberes hace que las generaciones mayores sean los custodios del capital socio-cultural y sean el reservorio de los saberes y costumbres a través de los cuales el grupo se relaciona con la naturaleza y como comunidad. En general, en estas sociedades los dispositivos y medios de transmisión no están asociados a la cultura letrada ni a instituciones especializadas. Es la comunidad la que de modo difuso y a través de un aprendizaje experiencial asegura la transmisión de sus saberes básicos. Las relaciones sociales primarias cobran una importancia fundamental en el proceso de transmisión cultural.

En ese contexto la identidad personal se liga al grupo, a la comunidad, al clan. Es la tradición, la apelación al pasado, lo que liga y da sentido al presente. Las personas mayores cumplen allí un rol clave en la transmisión generacional en tanto se ofrecen como modelo que con sus actos marcan a las nuevas generaciones el camino a seguir, los valores que deben respetar y los saberes para sobrevivir. La memoria social es clave para la reproducción y continuidad del grupo social, no sólo como patrimonio compartido sino como fondo de elaboración e interpretación del presente. Dicho de otro modo, los sucesos del presente son inscriptos bajo la forma de continuidad con el pasado y, por ende, lo nuevo se asimila e interpreta en el marco de la tradición y lo ya conocido. Por ello, el proyecto colectivo se orienta hacia el mantenimiento de alguna forma de identidad grupal anclada en el pasado. Identidades étnicas, religiosas, nacionales o culturales sostienen el proyecto comunitario que apunta más a la conservación y repetición que a la innovación y la creación cultural. La vida social ofrece un mapa predefinido de etapas, rituales, roles y funciones que se presentan como caminos seguros que brindan seguridad existencial a los miembros de todas las edades.

Este tipo de culturas posfigurativas no sólo remite a sociedades ubicadas en cierto momento histórico del pasado; a aquellas consideradas por los antropólogos como primitivas; o a grupos sociales marginados y excluidos del proceso de modernización. En la cultura actual este tipo de configuración de intercambio cultural es producido a través de la resistencia de los grupos sociales a situaciones de migración o de conflicto cultural. De igual modo, la situación de relativo privilegio de las personas mayores no implica que las relaciones intergeneracionales estén libres de conflictos con la generación de los adultos.

El cambio socio-cultural en los dispositivos de la modernidad

Entre los siglos diecisiete y veinte Occidente fue testigo y protagonista del despliegue de la lógica de la Modernidad. El ideal de progreso civilizador fundado en la razón y su producto más valorado, la ciencia, produjeron dos fenómenos relevantes: la aparición de un conjunto de dispositivos sociales encargados de la socialización y la transmisión cultural y la creciente circulación en el tejido social de conocimientos científico-tecnológicos. Esta situación generó una reestructuración de los vínculos entre las generaciones, los que se vieron desarticulados por el dinamismo que impusieron a las relaciones sociales la revolución tecnológica y la continua renovación de los conocimientos.

La base de las sociedades disciplinarias de la modernidad fue la confianza en el progreso, entendido

éste sobre la base de dos aspectos: la instauración de un orden social sustentado en la razón y el abandono de otros sistemas de creencias; y la confianza en el valor de la ciencia y la técnica para asegurar el dominio de la naturaleza y la colonización del mundo de la vida. El papel preponderante que en los últimos siglos adquirió el conocimiento científico y técnico -reemplazando progresivamente saberes socio-culturales- fue modificando paulatinamente el rol que poseen las diferentes generaciones (en tanto grupos sociales definidos por compartir un rango similar de edad cronológica) en la transmisión intergeneracional del conocimiento.

La industrialización potenció un modelo social estructurado bajo la lógica ordenadora de la ciudad urbana. En las sociedades industriales surgieron una serie de dispositivos destinados a modelar los cuerpos y las subjetividades de sus ciudadanos. Son precisamente estas nuevas instituciones -legitimadas en los saberes ofrecidos por las nacientes disciplinas científicas- las encargadas de distribuir las competencias y recursos que cada grupo etario necesita para desempeñarse en la sociedad.

Una herramienta clave de este proceso socio-cultural es el predominio de la cultura letrada y su consagración como medio de transmisión privilegiado por el proyecto civilizador. El libro y la escritura son respectivamente, medio y recurso necesario para asegurar el acceso a la cultura. La escuela es el dispositivo por excelencia para la inmersión en la nueva cultura legítima, que ya no es la del grupo social de referencia, sino la de una nueva cultura universal obtenida y sostenida en el proyecto de la ciencia moderna. La escuela sostiene su promesa para las nuevas generaciones y por ello focaliza su acción sobre las edades tempranas de la vida. Los niños y los jóvenes constituyen la promesa del mañana, los adultos representan el presente y los mayores el pasado. Un pasado que remite a formas desactualizadas y vacías de significación en sociedades que se definen por su relación con el cambio.¹

A través de los dispositivos disciplinarios las instituciones de la modernidad, sustentadas en formas racionales y racionalizadoras de las prácticas sociales, producen un funcionamiento reticular de la vida colectiva, asegurando la designación y asignación de cada sujeto no sólo a una posición social sino a un modo de estar en la sociedad. Estas instituciones desarrollan una operatoria que pretende que los sujetos interioricen la vigilancia, el autoexamen como medio de autocontrol y de autoconciencia y la reglamentación del tiempo de todos los hombres a lo largo de la totalidad del arco vital. (Sibila, 2006).

Las instituciones disciplinarias modernas utilizan las tecnologías de biopoder como medio para administrar y modelar directamente la vida para que se adecue a los patrones de normalidad. Normalización y disciplinamiento pretenden generar cuerpos dóciles y útiles (valores necesarios para el desarrollo del capitalismo industrial naciente); y sujetos obedientes a los requerimientos del Estado Nación. Pese a la pretensión de regular racionalmente toda la experiencia humana, la Modernidad pone el mayor énfasis en el disciplinamiento de la infancia y la juventud. El trabajo, la familia y el Estado se configuran como los ordenadores de la vida adulta, en tanto son las instituciones sobre las que se deposita el logro de la reproducción biológica, social y política.

En esta dinámica socio-cultural las personas mayores pierden funcionalidad al pesar sobre ellas el estigma de la improductividad y la obsolescencia. La aceleración en la producción y circulación de saberes socialmente significativos, deslegitima los conocimientos experienciales adquiridos por las generaciones de mayores. Privadas del reconocimiento de sus saberes y desvalorizadas por su

¹ De hecho las clasificaciones de las sociedades como modernas o primitivas o como sociedades desarrolladas, en desarrollo y tradicionales remiten a su grado de complejidad, tecnologización e innovación social y productiva.

presunta obsolescencia, las personas mayores pierden visibilidad social y su lugar vertebrador en la red familiar.

Instalados ya en el siglo veinte este proceso se ve acentuado por el desarrollo tecnológico y por la aparición de los medios masivos de comunicación. Estos modifican sustancialmente el contenido de la transmisión intergeneracional así como los medios y procesos implicados en ella.

Si hay una cosa para cada edad, el orden moderno no pudo encontrar un lugar y un espacio unívoco y universal para ubicar a las personas mayores. En el horizonte de las sociedades occidentales urbanas de mediados del siglo veinte comienza a producirse un fenómeno novedoso para las culturas conocidas: las edades marcan límites intangibles pero reales que no sólo separan y segregan a las personas entre sí, sino que favorecen su agrupamiento en función de la pertenencia a la misma categoría de edad. El reticulado social de las instituciones disciplinarias modernas promueve el encuentro e interacción entre pares y acota los espacios para el intercambio intergeneracional.

Estos elementos son los que definen el modelo que Mead llamó “culturas cofigurativas” a las que caracteriza como aquellas en que el modelo prevaleciente para los miembros de la sociedad residen en la conducta de sus contemporáneos. Lo propio de este tipo de culturas es que cada generación considere natural que sus modos de estar en la sociedad difiere de la generación precedente. La base de las sociedades cofigurativas es la creencia de que es necesario incorporar a la sociedad a grupos numerosos de adultos criados en condiciones distintas y con proyectos diferentes.

En los intercambios entre los miembros de los grupos sociales cobra relevancia lo aprendido por sobre lo heredado. Por ello, al interior de las familias uno de los roles transformados por esta dinámica es el de los abuelos. “Los abuelos representan un pasado que ha quedado atrás. Los niños ven en sus abuelos a hombres y mujeres cuyas pisadas ellos nunca seguirán, pero que, en virtud del lazo que los ata por intermedio de los padres, representan a los individuos en los que ellos se habrían convertido en otro entorno” (Mead, 1970:68).

Las formas de las sociedades cofigurativas se vinculan a los desplazamientos de las nuevas generaciones, las migraciones, los cambios recurrentes de trabajo, etc. En su forma más moderada los abuelos no tienen una actuación relevante en la transmisión y formación de sus nietos. La manifestación extrema de la segregación de las personas mayores se materializa en la aparición de los asilos, hogares y geriátricos como instituciones de separación y exclusión. En el plano social, la jubilación representa el mismo mecanismo de segregación de los abuelos del ámbito familiar. “La eliminación de los funcionarios veteranos y del personal antiguo, o sea de todos aquellos que mediante sus personas, sus recuerdos y sus relaciones esclerosadas con los jóvenes refuerzan estilos obsoletos, es análoga a la eliminación de los abuelos respecto del círculo familiar” (Mead: 76-77).

En la sociedad cofigurativa, las brechas generacionales devienen fronteras que segregan y separan a las generaciones entre sí. El tiempo en que se conjuga la vida social es el presente; tiempo necesario para actualizar las competencias; tiempo que borra el pasado y debilita la memoria. Tiempo en que la generación de adultos tiene la certeza de que el mundo que legarán a sus hijos, será radicalmente diferente al de sus padres. Tiempo en el que la diferencia y el des-conocimiento radical hacen su entrada en la escena del mundo contemporáneo.

El cambio cultural en la modernidad tardía

En la obra que ya hemos citado Mead (1970:92-94) señala:

“Hasta hace muy poco tiempo, los mayores podían decir: “¿sabes una cosa? Yo he sido joven y tu nunca has sido viejo”. Pero los jóvenes de hoy pueden responder: “tú nunca has sido joven en el mundo en el que yo lo soy, y jamás podrás serlo”. Y agrega: “hoy, súbitamente, en razón de que todos los pueblos del mundo forman partes de una red de intercomunicación con bases electrónicas, los jóvenes de todos los países comparten un tipo de experiencia que ninguno de sus mayores tuvo o tendrá jamás. A la inversa, la vieja generación nunca verá repetida en la vida de los jóvenes su propia experiencia singular de cambio emergente y escalonado. Esta ruptura entre generaciones es totalmente nueva: es planetaria y universal”. (1970:94).

En el fragor de las luchas y movimientos sociales que tuvieron como protagonistas a los jóvenes en la década del sesenta, esta conocida antropóloga planteaba de un modo visionario la nueva configuración del orden cultural contemporáneo y su impacto sobre las relaciones intergeneracionales. En las últimas décadas diferentes autores han dado cuenta de profundas transformaciones en las sociedades modernas, en el marco de lo que denominan la Modernidad Tardía y en la que confluyen procesos de diferente naturaleza tales como la globalización, la mundialización de la economía, el advenimiento de la posmodernidad y la configuración de las sociedades poscapitalistas o posindustriales, por citar los más conocidos.

La desestabilización del orden moderno y la reconfiguración de la trama simbólica que de él se derivaba, han dado lugar a un quiebre de las lógicas de ordenamiento de lo social. En esta configuración socio-cultural emergente, las edades de la vida han adquirido nuevas significaciones y la edad misma se ha convertido en un ordenador paradójico de las relaciones sociales. En su referencia cronobiológica la edad es la base de la aparición de nuevas formas de discriminación (el edaísmo y el viejismo) y se profundiza su papel como marcador en la división etárea de la población.

En tanto significante cultural sus sentidos se fragmentan asumiendo connotaciones no sólo diversas y múltiples, sino básicamente contradictorias. En el imaginario de la sociedad tecnológica la edad es un fantasma que es reiteradamente obturado a través de las imágenes propiciadas por las industrias de la belleza y la eterna juventud (Yuni, Urbano y Arce, 2003). El silenciamiento individual y colectivo de las imágenes siniestras que invocan las metáforas del deterioro y el debilitamiento (Zarebsky, 2001) son la contracara de la promesa de la industria del envejecimiento exitoso (Rowe y Kahn, 1998) la que a través de sus estrategias de marketing colabora con los procesos de negación y rechazo de la vejez y la muerte, constante de la cultura occidental.

Entre los rasgos críticos de las sociedades complejas, Melucci identifica el significado del envejecimiento y argumenta:

“Envejecer y ser viejo son temas que proyectan una sombra de inquietud sobre la sociedad solar que celebra los fastos del cuerpo joven y eficiente. Nuestra cultura quita de la escena y del lenguaje la pérdida, la enfermedad, la decadencia física, asilándolos en espacios separados o sobreponiéndole un maquillaje que lo hace consumible como en los mensajes publicitarios”. (Melucci, 1995: 107).

La dinámica del cambio cultural contemporáneo se caracteriza por su heterogeneidad, su fragmentación y su articulación diferencial con el reconocimiento de nuevas identidades y subjetividades en tanto sujetos envejecientes y envejecidos. El imaginario actual de la vejez remite a múltiples y

diversas imágenes que coexisten bajo la lógica y las exigencias del capitalismo tardío; la prolongación de la vida y el incremento de la longevidad; y el impacto de las vertiginosas transformaciones que el conocimiento científico-técnico impone en el mundo de la vida. En la articulación de estas tres dimensiones del fenómeno, se consolida progresivamente la industria de la vejez que despoja a las personas mayores de los atributos biográficos y socio-culturales que les son propios y los re-define como consumidores de estilos de vida saludable.

En las sombras que proyecta esta imagen optimista queda oculta la fragmentación producida por las desigualdades en el acceso a los bienes sociales, culturales y sanitarios. Frente a la omnipotencia de las industrias del cuerpo y la estética -que han instituido la cultura de las prótesis y las transformaciones mediante procesos artificiales que permiten agregar, sustituir, modificar y quitar elementos del cuerpo, tecnologizándolo con la incorporación de los nuevos avances de la nanotecnología y las terapias genéticas- la naturaleza vital de lo humano se resiste a la lógica de la colonización y se rinde impotente frente a la enfermedad y la muerte. Frente a la ilusión de la “juventud eterna”, la sociedad y los cambios psicológicos y sociales se empeñan en recordar que los humanos son seres de tiempo finito.

Por otra parte, los valores dominantes de la cultura del consumo, centrados en la productividad, la eficiencia, la rapidez, la imagen y la actividad -por citar los más importantes- son claramente juveniles. La cultura del momento presente, de lo actual, de las modas, de la imagen, hacen de la vejez un territorio al que nadie quiere acercarse, y en el que se toman cada vez más caminos alternativos que retardan el ingreso a él (Yuni, 2000). Paradójicamente la dinámica de las sociedades complejas homologa el lugar de las personas mayores y el de los jóvenes.

(La juventud) parece implicar la plenitud opuesta al vacío, la dilatación de lo posible, saturación de la presencia. En la sociedad compleja ser joven es más que nada una definición cultural. La incertidumbre, la movilidad, la provisoriedad, la disponibilidad al cambio son estados atribuidos a la condición juvenil concebida como fase transitoria de pasaje a la edad adulta. Hoy estos caracteres parecen extenderse más allá de los vínculos biológicos de la juventud y asumen la forma de connotaciones culturales diversas que los individuos hacen propias aun en fases diversas de la vida. La juventud parece coincidir con la suspensión prolongada de las obligaciones estables, con una suerte de nomadismo en el tiempo, en el espacio, en la cultura. (Melucci, 1995:107).

Jóvenes y ancianos quedan igualados en su condición de nómades, de inmigrantes que deben estar dispuestos a aprender continuamente nuevos códigos que les permitan circular en la fluidez de la sociedad líquida y en los flujos de los intercambios virtuales. Atrapados en el espejo de la fantasía que promete un futuro ilusorio -liberado del dolor, del sufrimiento y del no-sentido- yacen los espectros de la pérdida, el deterioro, la locura y la muerte.

La actuación social impone mirarse, no para reconocerse, sino para ajustar las máscaras construidas con el fin de evitar ver las huellas inscriptas en el cuerpo y en el registro de la experiencia. Nuevamente jóvenes y ancianos tienen destinos semejantes en la sociedad compleja. El mandato social impone la exigencia de parecer, de sostener la máscara de la apariencia. Mostrarse no para hacerse visible en la diferencia radical con el otro, sino para aparentar ser su semejante. Semejanza que es condición de aceptación de un intercambio de miradas, de un encuentro superficial que no es capaz de sustentar las exigencias de un vínculo que ofrezca seguridad y confianza. Mostrarse no para ser tocado, ni acariciado, sino apenas re-conocido por una mirada que sólo evalúa la posesión de los atributos exigidos para la competencia social.

En la sociedad contemporánea el cambio no es lo innovador sino que es la regla del funcionamiento cotidiano. Los modos de vida, los valores, las prácticas sociales, las modas y los lenguajes se actualizan y renuevan constantemente. Quizá la única certeza de los hombres y mujeres del siglo veintiuno es la de que nada hay más cierto y seguro que la necesidad permanente de adaptarse a los violentos y vertiginosos cambios sociales y culturales. El mundo social contemporáneo se caracteriza por el riesgo y la movilidad de las instituciones modernas. La incertidumbre es el rasgo que caracteriza la dinámica del cambio. Prepararse para vivir las contingencias de la Modernidad tardía implica tomar conciencia de que se va a atravesar un mar de dudas, apoyándonos en un archipiélago de certidumbres. (Morin, 2001).

En el plano social se ha producido una dislocación de la correspondencia entre roles sociales y edad cronológica. Esta última posee cada vez menor importancia en la asignación de roles estructuradores del ciclo vital. El estudio, el trabajo, las relaciones familiares, la sexualidad, la tecnificación del cuerpo humano ya no se ciñen a las estrechas fronteras de la cronología, ni a los límites de una edad social. El tiempo y el espacio han sido nuevamente transformados en las actuales sociedades poscapitalistas y posmodernas. La vieja concepción mecánica del tiempo personal y social ha dado paso a una concepción dinámica, fluida, irtual y digital. Espacio y tiempo se unifican a través del mercado, las imágenes de los medios y las tecnologías de la comunicación.

Estas transformaciones tienen un profundo impacto sobre la configuración de las identidades individuales y sociales (Morin y Guattari, 1993; Giddens, 1991; Melucci, 1995; Stern, 1995). Como se ha señalado anteriormente en las sociedades tradicionales, la construcción de la identidad se realizaba en relación a un espacio local y ese proceso estaba fuertemente influenciado por la clase social y por el género. La socialización estaba anclada a unas prácticas y a un sistema de significados propios del grupo cultural, enmarcados por un territorio en el que los sujetos gradualmente accedían a nuevos roles sociales a medida que progresaban en edad. En las sociedades complejas se ha generado un tipo de relaciones sociales cualitativamente diferentes modificando los sistemas de construcción de identidades. La virtualidad como un rasgo que posibilita la comunicación simultánea con sujetos que están más allá del espacio real, ya no es un límite para el diálogo y el encuentro con otros, sino que se ha convertido en un nuevo dispositivo de socialización² y transmisión cultural.

El avance hacia una sociedad digital en la que la virtualidad alcanza tanto a las instituciones como a las personas, constituye un nuevo fenómeno que promueve nuevos valores y prácticas sociales, tales como la exigencia de *estar conectados, estar disponibles o tener crédito* para poder interactuar en/dentro de la sociedad. En fin, se han instalado entre nosotros nuevos modos de establecer contacto con los otros y con nosotros mismos y nuevos modos de ser atravesados por el tiempo.

Los procesos socio-económicos estructurados en torno al mercado capitalista global, incesantemente construyen consumidores a los que debe fagocitar para alimentarse. Así, las diferencias en el acceso a los bienes y servicios construyen diversos consumidores que encarnan estilos de vida generados por identidades *pret-à-porter*. Múltiples y variados estilos de vida aparecen como modos posibles (de acuerdo con las posibilidades definitorias de la accesibilidad) de articulación de opciones individuales en espacios-tiempos colectivos. La institucionalización de los estilos de vida como modelos de identificación personal y grupal es posible por la manipulación imaginaria a través de los dispositivos que aseguran la pregnancia de la imagen.

² El uso y extensión de las nuevas tecnologías de la información comprenden aspectos tales como la educación, el trabajo, las relaciones afectivas y el ocio.

La comparación con los jóvenes nuevamente ayuda a comprender la situación de las personas mayores en este orden socio-cultural.

“Memoria y proyecto, pasado y futuro alimentan nuestro frágil presente. Pero como en la experiencia de envejecer, cuando el pasado se dilata hasta perderse y el futuro se restringe hasta anularse, este vínculo se hace lábil”. (Melucci, 1995:106). Y agrega en relación a los jóvenes: “En la cultura juvenil parece afirmarse la preferencia a leer la realidad a través de la imagen antes que a mirarla, a narrar el mundo antes que tocarlo. Invadida del llamado simbólico de lo posible, la experiencia corre el riesgo de hacerse vana en un presente sin límite, extremadamente frágil, reducido a su dimensión de instante: privada de raíces porque es pobre de memoria y avaro de futuro como todo producto del desencanto. La experiencia se disuelve en imaginario, pero la prueba de la realidad, con su dureza, produce frustración, dolor, pérdida de motivación. Los nuevos sufrimientos, las nuevas patologías de los jóvenes están ligados al riesgo de disolución de la prospectiva temporal”. (Melucci, 1995:107).

Jóvenes y ancianos aparecen lanzados en el escenario de la Modernidad Tardía a la elaboración de un futuro sin marcos de referencia válidos, ni anclajes socio-culturales seguros. El futuro aparece sobredimensionado tanto con una valoración positiva (como ilusión que sostiene el deseo) o negativa (como temor que se cierne amenazante). El pasado es algo borroso y difuso, amenazado por la pérdida de memoria colectiva. Se produce así un secuestro de la experiencia, reducida a anécdotas y fragmentos de situaciones vividas a las que el sujeto debe esforzadamente encontrarle un sentido existencial.

En la Modernidad Tardía se produce un aumento de la dependencia externa para poder articular procesos de re-conocimiento personal. La sociedad del conocimiento impone la necesidad de aprender en todas las edades. Deviene así en sociedad del aprendizaje permanente, en el que las generaciones pueden enseñarse entre sí. Los mayores pueden aportar su experiencia a los jóvenes y éstos pueden colaborar con la enseñanza de los nuevos códigos y herramientas de la era tecnológico-digital. La asimetría entre generaciones se vuelve difusa y multidireccional.

En las sociedades complejas el sujeto se enfrenta a la construcción de varias identidades (de género, políticas, de edades, de orientación sexual) muchas veces en conflicto y contradictorias. Melucci (1995) sostiene que en la modernidad tardía, el sujeto se ve obligado a elaborar lo que denomina un «Yo múltiple». Esta demanda es producto de un profundo proceso de transformación personal, referido no sólo a la variación de la identidad en el tiempo, o a la discontinuidad en las identificaciones producidas por el cambio rápido, sino por la multiplicidad ligada a la incertidumbre y a la paradoja de elegir un Yo para actuar en determinadas situaciones.

Las condiciones de la modernidad avanzada hacen que la cultura precipite y favorezca constantemente crisis, y también ofrezca oportunidades de cambio para el Yo. Como las tradiciones pierden relevancia, los sujetos están forzados a hacer elecciones entre opciones diversas y contrapuestas, opciones que Giddens (1991) llama “proyecto reflexivo del Yo”,³ consistente en sostener un curso vital coherente, aunque continuamente revisado, y basado en la realización y asunción de elecciones basadas en la información y tendientes a construir una existencia coherente. No obstante ello, destino, riesgo e incertidumbre se convierten en tres cuestiones que tensionan la elaboración del proyecto personal.

³ Giddens caracteriza esta situación de la siguiente manera: “Uno de los rasgos distintivos de la modernidad es la interconexión creciente entre los dos extremos de la extensionalidad y la intencionalidad: las influencias globalizadoras, por una parte, y las disposiciones personales, por la otra (...) Cuanto más pierden su dominio las tradiciones y la vida diaria se reconstituye en virtud de la interacción dialéctica de lo local y lo global, más se ven forzados los individuos a negociar su elección de tipo de vida entre una diversidad de opciones (...) La planificación de la vida organizada de forma reflexiva (...) Se convierte en el rasgo central de la estructuración de la identidad propia”. (Giddens, 1991:1-5 citado por Castells).

Los desafíos de la vejez en la sociedad del espectáculo

A lo largo de este texto hemos trazado un panorama de las transformaciones operadas en las sociedades occidentales y su relación con la cuestión del envejecimiento. En particular, se han analizado las diferentes configuraciones socio-culturales de la vejez en tanto éstas otorgan lugares y significados diferenciados y diferenciadores a las personas mayores como sujetos sociales. En lo que sigue pretendemos aportar algunas consideraciones respecto al cambio cultural y la vejez en los tiempos presentes.

En sus reflexiones sobre la vejez como espectáculo novedoso que la sociedad contemporánea ofrece a sus observadores, Golpe (2005) señala que “la obra fronteriza de la cultura clama un encuentro con lo nuevo, es decir, se trata de renovar el pasado, pero desde su refiguración, un pasado como espacio contingente que innova e interrumpe el espectáculo del presente. Y por ende este pasado presente se integra a la necesidad de vivirlo, y no a la nostalgia de extrañarlo para clonarlo. Se trata del deseo de reconocimiento del acontecimiento, y se trata por así decirlo que sea tenido en cuenta, un regreso a la *performance* de la identidad. La vejez y el envejecimiento, no pueden ser definidos en nuestros días como algo que es, sino como aquello (o esto) que está siendo, como una realidad socio-cultural que está atravesada por las gigantescas transformaciones producidas en el siglo veinte.

La noción de espectáculo es relevante en tanto se convierte en la metáfora del funcionamiento social contemporáneo. Afirma la autora citada previamente: “El espectáculo es la emergencia de un nuevo estilo de disponer de lo verosímil y de lo incorrecto a través de una representación tecnoestética del mundo. La sociedad espectacular genera regulaciones en torno a la circulación social de la esfera corporal y la esfera ideológica, legitimando lo autorizado y desautorizando lo posible. La sociedad contemporánea intenta mostrar la vejez como espectáculo, donde los viejos son relegados a una cultura de bordes como fugitivos ficcionales”. Paradójicamente y contradictoriamente expuestos en los márgenes de la sociedad y la cultura, los adultos mayores son construidos como consumidores. Lejos de los lugares de reconocimiento brindados por las culturas posfigurativas, en la sociedad actual los mayores tienen un largo camino para adquirir visibilidad, recuperar su voz apropiada por los gestores de sus derechos y re-conocerse como sujetos de derecho.

Ello supone abandonar las actitudes de victimización y de búsqueda de sobreprotección y tutela. Tampoco se trata de sobreactuar las exigencias de actualización y de actividad que impone el mundo contemporáneo. De igual modo, se hace imprescindible que las personas mayores abandonen la posición de consumidores pasivos de la oferta de ilusiones de la industria de la vejez exitosa y asuman su papel de productores culturales. Las condiciones de salubridad de las generaciones actuales de mayores, especialmente en la vejez temprana, sustentan la posibilidad de que, creativamente, la sociedad, los colectivos de mayores y las personas encuentren canales y medios a través de los cuales puedan realizar su aporte al sostenimiento y la continuidad de la comunidad, su historia y su futuro.

Los adultos mayores como productores culturales encarnan una promesa de trascendencia social e individual. Ellos pueden promover una ética de la solidaridad y el compromiso que permita suturar la trama doliente de una sociedad individualista y desesperanzada. En el intercambio entre las generaciones cada una tiene algo para aportar y algo para adquirir. Cada generación puede (y debe) enseñar y comunicar sus saberes. Las actuales generaciones de mayores pueden sostener la apuesta del futuro

pese a los desengaños, las frustraciones y los cambios de rumbo a que se han visto sometidos tanto en el plano personal como social.

Los adultos mayores tienen que re-apropiarse de su experiencia individual y colectiva como un modo de lograr su reconocimiento por el aporte realizado a la comunidad y como estrategia de apoderamiento que les permitirá reintroducir sus saberes existenciales en la dinámica del intercambio intergeneracional. Como sostiene Mead: *“hoy, cuando empezamos a entender mejor los procesos circulares mediante los cuales se desarrolla y transmite la cultura, reconocemos que la característica más humana del hombre no consiste en su capacidad para aprender, que comparte con muchas otras especies, sino en su capacidad para enseñar y almacenar lo que otros han perfeccionado y le han enseñado”*. (1970:120).

Las condiciones actuales de nuestra contemporaneidad hacen urgentes y necesarios los esfuerzos individuales y colectivos para sacar a la vejez de la clandestinidad. Coincidimos con Melucci (1995:107) cuando afirma que *“el envejecimiento es un fenómeno que tiene una función simbólica de mensaje, dice algo a la sociedad en su conjunto. Ocuparse de los ancianos no es sólo una necesidad asistencial para hacer frente a un problema social, sino una vía de reconocimiento y de salvaguarda del sentido, una opción ética que lleva a afrontar el problema de la elección y el riesgo de la alteridad”*.

El desafío por-venir es incitar, colaborar y proponer para que las personas mayores dejen de ser espectadores silenciosos del espectáculo en el que se representa simultáneamente el simulacro de su situación de exclusión y clandestinidad o la celebración de su eterna juventud. Como actores, protagonistas y guionistas de una historia capaz de ilusionar y combatir los fantasmas y atizar los sueños individuales y colectivos, los mayores de hoy y del futuro están invitados a escribir su mensaje y a inscribir su legado en el patrimonio compartido de los bienes culturales.

Referencias bibliográficas

- Dellepiane, A., *Los sujetos de la educación. La reconstrucción del Yo como retorno de una ilusión*. Buenos Aires, Lugar Editorial, 2005.
- Golpe, L. y Arias, J., *Sistemas formales e informales de apoyo social para adultos mayores*. Mar del Plata, UNMDP-Ed. Suárez, 2005.
- Kessler, E., Rakoczy, K. y Staundiger, U., “The portrayal of older people in prime time television series: the match with gerontological evidence”, en *Ageing and Society* 24, 531-552, Cambridge University Press, 2004.
- Mchugh, K., “Three faces of ageism: society, image and place”, *Ageing and Society* 23, 165-185, Cambridge University Press, 2003.
- Mead, M., *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*, Barcelona, GEDISA, 1980.
- Melucci, A., *Il gioco dell'io. Il cambiamento di sé in una società globale*, Milán, Feltrinelli, 1995.
- Morin, E., *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, Buenos Aires, UNESCO, Nueva Visión, 2001.
- Rowe, J. y Kahn, R., *Successful Aging*, Nueva York, Pantheon, 1998.

- Sibilia, P., *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Yuni, J., “Educación de adultos mayores y subjetividad: el mito del eterno retorno”, en Duschavsky, S., *Tutelados y asistidos*, Buenos Aires, Paidós, 2001.
- Yuni, J., Urbano, C. y Arce, M., *Discursos sociales sobre el cuerpo, la estética y el envejecimiento*, Córdoba, Ed. Brujas-UNC-SAGG, 2003.

El envejecente en el mundo actual; nuevos interrogantes, viejos problemas Una mirada desde la psicología

Por Graciela Petriz

A modo de introducción

Hemos sido convocados para aportar “acerca de lo que significa ver y vivir la ancianidad”. Mi punto de partida será revisar qué entendemos hoy por ancianidad. Recorriendo diccionarios encontramos dos acepciones, la que refiere a la edad “aquel que tiene muchos años” (Diccionario de la Real Academia) y la que mira la posición social que podrán ocupar tales sujetos en la antigüedad; lugar de distinción; los miembros del Sanedrín, los encargados de dirigir las iglesias o conventos; hombres de consejo por su sabiduría, “Corona de los ancianos” (Biblia, Eclesiástico, 1997). En términos semejantes aunque con una visión menoscabada, lo encontramos en la cultura griega, muy centrada en el ideal de belleza de los cuerpos jóvenes. Visión polarizada de la vejez, que persiste en los diferentes tiempos hasta la actualidad, la que bascula entre la idealización, viejo, sabio, conocedor, ajeno, experimentado, equilibrado, expresada por Platón en La República “la vejez es un estado de reposo y libertad de los sentidos” y en el otro extremo, el viejo exponente de la declinación, la queja, el deterioro; ambos sostenidos por el ideal imperante en la cultura desde la que se habla.

Tal vez debamos recordar las palabras de Céfalo en el diálogo citado, quien al ser interrogado por Sócrates, (la vejez) “¿es un camino penoso o fácil?” recibiendo en respuesta: “me sucede muchas veces que me encuentro con hombres de mi edad y toda la conversación se reduce a quejas y lamentaciones (...) hablan de ella considerándola causa de mil males (...). Tengo para mí, Sócrates, que hacen muy mal en achacarlo a su ancianidad porque si ella fue así, todos los que llegan a mi edad, deberíamos sentir los mismos efectos. Es en su carácter donde debemos buscar la causa”. (Platón. 1977).

Asimismo, el concepto de ancianidad aparece como lugar de llegada, estación, antesala, último tramo, de lo que se desprende una concepción congelada, cristalizada, cerrada, donde la única expectativa sería la muerte, sin perspectiva, de lo que da cuenta aquél título cinematográfico “Esperando la carroza”, ancianidad sin presente para el mundo que la rodea, pero conservando su vitalidad, aunque sin encontrar destino adecuado.

La longevidad es una realidad indiscutible para una gran proporción de personas. Es también un hecho que, según lo anuncian las predicciones demográficas, conforma una tendencia que se acentúa e incluye a todos los pueblos civilizados. Hecho que genera una serie de interrogantes y una preocupación en relación al logro de un envejecimiento saludable, con buenos niveles de satisfacción.

En consonancia, vemos surgir, aun de manera insuficiente, nuevas actitudes, representaciones, acciones y prácticas respecto del envejecimiento que representan un salto cualitativo en tanto ya no se habla de vejez o ancianidad como única posibilidad sino que se han ido estableciendo nuevas categorías que contemplan la singularidad de los procesos, abriendo el abanico y generando espacios en los que se exploran, cuestionan los diversos modos de envejecer así como se generan centros para el desarrollo de las personas mayores, ya sea propiciando la participación social: clubes, instituciones, o para el desarrollo personal: educación, capacitación, siendo aun muy aisladas las propuestas que contemplen la capacidad productiva de los envejecentes.

La realidad actual, marco posible del envejecer hoy

Vivimos un momento en el que la realidad se ha transformado: también los modos de interpretarla. “Si hay un ordenamiento que ha sido perturbado es el de las sociedades modernas como culturas de la determinación”. (Cabrera, C. 2005). Las diferentes disciplinas sociales y el punto de vista socio histórico hacen referencia al resquebrajamiento de los valores, mitos, representaciones, proyectos, etc., propios de la sociedad occidental, dando lugar a la llamada “crisis de la modernidad”. (Lipovetsky, G. 1983, 1992; Touraine, A. 1992; Berman, M. 1988; Castoriadis, C. 1975, 1996).

Podemos decir que en la actualidad ya no disponemos más de una teoría universal de la sociedad, no sólo porque la interrogación actual no se refiere más *al* hombre, sino a *los* hombres, a *las* sociedades, a *las* culturas diversas y diferentes, a *las* comunidades humanas indefinidamente variadas, sino porque a su vez, entre las dimensiones de la vida social existen situaciones impredecibles que son imposibles de explicar desde una única perspectiva. “Así es que habría que sustituir al paradigma de disyunción-reducción-unidimensionalización por un paradigma de distinción-conjunción, que permita distinguir sin desarticular, asociar sin identificar o reducir. (Morin, 1990). ¿Por qué señalamos estas referencias? “la crisis de la sociedad contemporánea –dirá Castoriadis (1986)– produce la crisis del proceso identificatorio, a la vez que es reproducida y agravada por éste”, inciden produciendo efectos de fragilización, sobre las generaciones más vulnerables, tanto porque están realizando sus propios procesos de transformación psíquica; niños, jóvenes y viejos, como por su exclusión de las instancias decisorias.

A lo dicho debemos agregar como lo señalan autores argentinos y extranjeros (Castoriadis, 1996; Lewkowicz y Corea, 1999), el retroceso de la marca instituyente del estado como institución reguladora, que afectan el carácter de las instituciones, familia, escuela y trabajo, que fueron los pilares nacidos de la modernidad y que continuaban de modo articulado la autoridad del Estado, estableciendo claramente la diferencia de las generaciones, las clases y los géneros (sexos). Los avances tecnológicos, el consumo generalizado y la acción de los medios masivos de comunicación, contribuyen al desdibujamiento de las diferencias, quedando todas las generaciones igualmente influenciadas por los mensajes *massmediáticos*. El reconocimiento de un futuro incierto, ya nada es predecible, la caída de las certezas, la inestabilidad laboral, la pérdida de las protecciones sociales, el borrado de las fronteras generacionales, el predominio de la información por sobre el saber conllevan a la crisis de las relaciones familiares sustentadas en las jerarquías simbólicas. “No se trata de configuraciones familiares respetuosas de la lógica de la autoridad simbólica tradicional sino de múltiples modos de relación que rompen la estructura paterno-filial” (Duschatzky, S., Corea, C., 2002) a lo que Agamben (2004) agregará “al hombre contemporáneo se le ha expropiado su experiencia” ya que la vertiginosidad y la cantidad de acontecimientos al cabo del día, “sin que ninguno de ellos se haya convertido en experiencia” pone en revisión el concepto de autoridad tradicional. Entendemos por autoridad la autoría sostenida por la acumulación de aquello que se atesora a lo largo del tiempo, el poder atestiguar de manera cierta acerca de los hechos, hoy ya no es posible aprender en el hoy para aspirar a final feliz. “El presente se propulsa mientras va consumiendo su propia herencia, se deshereda cada día”. (Pommier, G., 2000).

Lugar de encrucijada para los mayores, nadie como ellos conoce los esfuerzos que realizan para superar los escollos ante la necesidad de encontrar nuevos enunciados y sostenerse ante las novedades de este tiempo, son sorprendidos por las transformaciones que aportan las nuevas tecnologías, las nuevas lógicas en el funcionamiento social, los modos de vincularse y la nuevas organizaciones familiares. Por otra parte, al desarticularse la estructura familiar y perder en parte estatuto de institución, pareciera que la

familia quedara reducida a ser un entramado vincular. Desde esta perspectiva, resultaría incierto el lugar de la transmisión transgeneracional, como función primordial de la familia, en cuanto a garantizar la continuidad de la herencia simbólica.

Si las mutaciones han venido para quedarse, quizá sea entonces importante pensar y considerar la transmisión entre generaciones, no en el sentido de una linealidad unidireccional, de ancestros a padres y de padres a hijos-nietos de los primeros, sino poner el énfasis nuevamente en la concepción de un tiempo en torsión, en espiral, donde los hijos-nietos también transmiten sin saberlo, algo que reordena los sentidos circulantes en las familias, en los vínculos y en las lógicas de las relaciones entre sujetos.

Acerca de las transformaciones psíquicas en el proceso de envejecer

Entendemos el envejecimiento como proceso, hecho singular, por lo que hemos de considerar la diversidad, las múltiples figuras que adquiere en cada sujeto. Es preciso insistir en la conceptualización de estructura psíquica a la luz de las ciencias de la complejidad (Morin, 1990), que permiten considerar un sujeto abierto a cambios constantes en los que tienen lugar tanto el azar como ciertos determinantes previos. Visto así “es posible transformar lo aleatorio en organización, engendrando nuevas formas, desarrollando potencialidades, como expresión de su complejidad”. (Hornstein, 1994). Exploraremos las transformaciones psíquicas del envejecer, que se presentan con “los rasgos inquietantes de lo enredado, de lo inextricable, del desorden, la ambigüedad, la incertidumbre”, (Morin, op.cit.) las elaboraciones a partir de ellas se producen y las formas que adquiere la subjetividad según los atravesamientos socioculturales, interpretados a la luz de los paradigmas vigentes en las ciencias humanas y sociales. “Cada persona es en definitiva, un calidoscopio que recompone de un modo original las influencias, que sobre ella ejercen los otros”. (Etcheverry, 2005).

Centraré mi presentación en los aspectos psíquicos particulares que se producen en el envejecente y lo ligan con la producción cultural. Considero que han sido suficientemente desarrolladas las cuestiones referidas a la significación de la edad, las transformaciones y efectos de la imagen y sus efectos en lo intrapsíquico, por ello partiremos de considerar el “proceso” de envejecimiento como un suceder, en movimiento, dinámico, abierto, por tanto sujeto a cambios, otro “momento” del desarrollo en el devenir del sujeto, que requiere de un trabajo de elaboración para significar los cambios que conlleva. Como “momento” también significa corte, novedad, *hiancia* que se particulariza por algo, ¿cuáles son esas especificidades? Hacia su rastreo se dirigirá nuestra lente.

Saliendo del parámetro de la edad en la consideración del envejecimiento, es el proceso de *historización* el que adquiere valor central en el procesamiento de los cambios que se producen. Momento de metamorfosis, de balance; intereses, proyectos, tendencias caen para permitir la reformulación del proyecto de vida, con el soporte de otros organizadores. La historia no está tomada en sentido lineal de sucesión de hechos y experiencias, sino como proceso en el que el sujeto, a través del yo, realiza la tarea de activo “historiador”, otorgando e inscribiendo el sentido de todos y cada uno de los actos de su vida. El envejecente se enfrenta a la tarea de resolver en torno a dos marcas distintas, una previa (el momento de la adolescencia cuando construyó su proyecto de vida conjugando su deseo con los ideales, mandatos y valores de su época) y una actual, la de hoy frente a deseos, aspiraciones y presentaciones sociales nuevas acerca del envejecer. Por ello, momento de revisión, elaboración en el que revisa, reconoce lo logrado de lo no logrado.

Procesamiento de la renuncia donde reconoce que algo de lo deseado, de lo proyectado no podrá ser. Trabajo del duelo, simbolización de lo perdido, la reminiscencia permitirá recordar los pun-

tos de afirmación de un yo debilitado ante el reconocimiento de lo que no será, un yo que, como “aprendiz en busca de pruebas” (Aulagnier, P., 1986) librará la batalla para apropiarse de posiciones y defenderlas, encontrará en sus archivos relatos breves, más o menos verídicos, contratos más o menos pretéritos, partes de victoria o de derrota que sólo atañen a una parte de las batallas determinantes de su historia “(y memoria)”, privilegiadas por razones que hasta le resultan enigmáticas. La tarea del yo consistirá en transformar esos *documentos fragmentarios* en una construcción histórica que aporte al autor y a sus interlocutores la sensación de una *continuidad temporal*. Sólo con esta condición podrá anudar lo que es a lo que ha sido y proyectar al futuro un devenir que conjugue la posibilidad y el deseo de un cambio en la preservación de esa parte de cosa <propia>, <singular>, <no transformable>, que le permita reconocerse, en la nueva imagen “compromiso identificatorio” que el Yo establece entre sus anhelos y deseos inconscientes y los fines y deseos de los otros, donde el sujeto transita entre los principios de permanencia, algo que persiste en su coherencia y algo que cambia construyendo su historia.

Proceso identificatorio, cara oculta, proceso inconsciente del trabajo de historización que transforma lo inaprensible del tiempo físico en *tiempo subjetivo*, que puede ser relatado a través del lenguaje como “narrativas” de una vida, de una identidad.

Freud al referirse a los modos de constitución psíquica no hace referencia a la identidad, sino a los procesos identificatorios, como proceso, construcción, por ende dinámica, que se produce en contextos donde la multiplicidad de intercambios exige el trabajo de elaboración respecto de lo igual y lo diferente, en la que la cohesión de una vida implica su mutabilidad, la de quien tanto como lector o escritor de su propia vida no cesa en su trabajo de reinscripción y reformulación constante, que cada una de las historias que cuenta sobre sí, es decir las múltiples interpretaciones, narrativas, le permiten orientarse en la realidad, movilizar su fantasía, imaginando, “inventando el mundo, dirá Presas (2000), del mismo modo que el autor de ficción inventa los caracteres imaginarios de sus novelas”.

Al interior del psicoanálisis el concepto de identidad no tiene cabida más que críticamente. Freud plantea un desplazamiento del sujeto *cognocente*, en tanto el yo se constituye como precipitado de identificaciones (inconscientes) por lo que se encuentra sometido a las demandas pulsionales, a los requerimientos del medio y a los de su propia historia (relación con los ideales) “vasallajes del yo”, en lucha permanente con amos que le impiden sostener de manera inequívoca y monolítica una identidad absoluta. Lacan desde su definición “falta en ser” y la *spaltung*, modo de separación fundamental, también lo excluye, pensando al sujeto desde la imagen y desde la relación consigo mismo, donde lo que surge es la no coincidencia y captura por el deseo del otro. Así, entonces “el otro” aparece como la condición de afirmación de una identidad así como su descentramiento. Por ello es que pensamos en el eje de las identificaciones como mecanismos constitutivos, “yo es otro” se construye al modelo de otros y se mira como imagen, representación de sí, construcción dinámica del sujeto a través del proceso de historización, proceso identificatorio en el que “el yo, no es más que el saber del yo por el yo” (Aulagnier, P., 1984), en su doble actividad como identificado, es decir a predominio del modelo del otro y como identificante, autor de sus significaciones en tanto buscador de respuestas para la satisfacción de sus demandas y sostén para las identificaciones de otro. Es decir también es otro para otros (Aulagnier, P., 1986) refiriéndose a la función de constructor, como dinámica del yo, dirá “no está en el poder de ningún yo abolir por completo ese trabajo

de transformación, de elaboración, de modificación, coextensivo a su vida, por el hecho mismo de haberse conservado vivo”. Doble movimiento; un yo que cambia y produce nuevas expresiones a la par que se construye en una permanencia que implica coincidencia o coherencia de aspectos que sostienen la mismidad. He aquí el desafío del envejecente producir respuestas creativas frente las novedades que le plantea su devenir, su “tiempo” y su “historia”, una vida que se abre a nuevos interrogantes y el desafío de permanecer reconociéndose en los cambios.

Estos movimientos en la constitución psíquica implican realizar un nuevo acto de autonomía en relación con las figuras primarias, en tanto representan las bases de la relación del sujeto consigo mismo y con la realidad. Confrontación con aquellos referentes ante los cuales nuevamente rinde cuentas. Momento de evaluación, balance, en el que reconoce lo logrado, asumiendo haber ido “más allá del padre”. (Freud, 1936). Es decir, haber dado un matiz propio al mandato y límite recibidos en los tiempos cruciales de su constitución psíquica.

Para el psicoanálisis, el yo se constituye inicialmente por el deseo de los padres proyectado en los hijos, con la expectativa de que realicen sus deseos insatisfechos. (Freud, 1914). Panorama identificatorio¹ que se construye tomando los mandatos y expectativas recibidas que son revisadas en la adolescencia cuando puede consolidar su panorama identificatorio y formular el proyecto de vida vigente hasta el momento actual.

Momento en el que el sujeto reconoce la realización de un proyecto propio con matices diferenciales, que lo distancia del modelo y no pocas veces, superándolo. Nuevo acto en la constitución del yo, un yo que se enuncia en su singularidad, enfrentando la finitud, tal como refiere Lacan al citar a Edipo en Colona: “Ahora, cuando nada soy, ¿acaso me convierto en hombre?”.

Encrucijada para el sujeto mayor, por un lado reconoce lo realizado, se diferencia: más allá de lo que le señalaron, se autonomiza como yo, y a la vez acepta la finitud como destino posible, ante lo cual se dispone a ceder su lugar, su poder, sus posesiones, sus legados, para que otros los lleven a cabo, ocupando ese lugar simbólico, que el Psicoanálisis denomina “Padre Muerto”.² Este trabajo psíquico intenso lo enfrenta, nuevamente, con la vivencia de soledad y desamparo, de la cual se protege poniendo en marcha mecanismos de defensa que le permiten, por un lado, reconocer su envejecimiento y finitud, y por otro, desmentirla para abrirse nuevamente a la posibilidad de expresar y dirigirse hacia la realización de nuevos deseos o a recuperar viejos anhelos postergados, diciendo algo así como: “Ya lo sé, pero aun así ...”. (Mannoni, 1990) me gustaría viajar, estudiar, enamorarme, en fin, desear, momento de formulación de su proyecto transformado.

En este recorrido, el otro semejante aporta el sostén, a veces reflejo de esta búsqueda, otras estímulo, un otro que otorga la condición de ser “alguien necesario para alguien” (Aulagnier, 1984). El compañerismo, los intercambios entre pares, los proyectos compartidos, la transmisión intergeneracional, son los carriles por donde el sujeto se despliega, desprendiéndose definitivamente de los emblemas idealizantes con los que orientó su existencia en los tiempos de la adultez. Viraje, que le permite también reconocer los “irrealizables”, aquello, deseado, soñado y no logrado. Trabajo de duelo sin melancolía que lo habilita, por el trabajo de simbolización, para colocarse en posición de *transmisor, memoria e historia* ante las nuevas generaciones.

¹ Aulagnier, P. (1975). Construcción de una imagen ideal que el Yo se propone a si mismo, que tiene como condición y meta un saber sobre el Yo futuro y sobre el futuro del Yo.

² Padre muerto, figura de la Teoría Psicoanalítica que refiere a la destitución, “muerte simbólica” del Padre idealizado que implica aceptar, ceder en favor de otro para que ocupe su lugar.

Cuando por inestabilidad psíquica o exceso de requerimiento de la realidad lo pulsional se le torna inmanejable, el sujeto busca desesperadamente recursos que le permitan poner orden a la movilización libidinal desbordante, que se vivencia como amenazante. La colaboración de otros, el intercambio, reconocerse en dificultades semejantes y ante símiles exigencias, disminuye la tensión y facilita los movimientos de apertura que atenúan la lucha ante la exigencia superyoica.

El sujeto mayor, al reconocer signos de su declinación, pone en confrontación lo logrado, lo deseado y lo que supuso debería ser (como mandato del superyo y del ideal cultural). Si no responde con su empeño ni encuentra caminos alternativos en lo que lo rodea, queda a manos de la exigencia imperativa y la culpa, por el no cumplimiento del ideal. Dilema al que sólo podrá responder con la enfermedad, el repliegue narcisista al acecho de autorreproches, aislamiento, consumo de alcohol o ansiolíticos, actuaciones sexuales, accidentes, caídas, enfermedades, que temporariamente acallan la tensión.

Al encontrarse con otros descubre diferentes modos de relación, nuevos objetos para investir (intereses, amistades, lenguajes) reabriendo la cadena significativa con otros contenidos. En esta línea, suele refugiarse en la religión apelando a la divinidad para el control de su placer pulsional, vivido como excesivo y perjudicial. Con las ideas y las creencias, el sujeto prosigue la construcción del mundo y la inevitable tarea de llegar a ser él mismo. La historia de cada uno cobra coherencia en razón del proceso de historización, puesta en sentido que reordena y reinterpretar los hechos insertándolos en una trama.

La sociedad también se transforma (Castoriadis, 1990), genera nuevos lugares, establece nuevas relaciones, tanto en lo social como en lo familiar (Roudinesco, 2003). Estos cambios en su intertextualidad con los individuos conlleva la transformación en la subjetividad en función del entramado de significaciones imaginarias colectivas que orientan, dirigen y dan sentido a la vida de la sociedad y a la de los individuos que la constituyen: Dios, ciudadano, estado, nación, dinero, pecado, virtud y también el lenguaje, la religión, el poder, junto con las significaciones acerca de ser hombre, mujer, niño, madre, abuelo, viejo, vieja, nieto, de lo permitido y de lo prohibido, lo valorado y lo devaluado, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, etc.

Estas significaciones marcan la constitución de lo humano, en el proceso de socialización, mecanismos que imprimen en la psique del niño tempranamente las significaciones, valores e ideales de su medio. Freud en *Psicología de las Masas* (1921) nos dirá “cada individuo forma parte de varias masas; se halla ligado por identificación en muy diversos sentidos y ha construido su ideal del yo conforme a los más diversos modelos. Participa así de muchas almas colectivas: las de su raza, su clase social, su comunidad confesional, su estado, etc. Y puede además elevarse hasta cierto grado de originalidad e independencia”.

En esta articulación, transformaciones socio-históricas y estructura psíquica, se conjuga la relación individuo-medio-socio-histórico, produciendo la dimensión de la subjetividad, entendida como interioridad psíquica producida a la vez que productora de los cambios. En una línea semejante Castoriadis (1975) plantea que “una sociedad se construye a sí misma y puede autoalterarse a través de acontecimientos”. Señalando que el histórico social es una creación incesante de nuevas formas, que explica a través del concepto imaginario social,³ con el que se puede pensar la continuidad individuo-sociedad

³ Imaginario social: “urdimbre compleja de significaciones que empapan, orientan y dirigen toda la vida de la sociedad y de los individuos que corporalmente la constituyen”. Castoriadis. (1986).

Frente a las necesidades pulsionales o requerimientos del ideal, la sociedad puede aportar o podemos pensar que si en lo social, el sujeto mayor encuentra espacios para su realización y un lugar acorde a sus posibilidades, el proceso de reconstrucción de sus identificaciones no tendrá tinte tan angustiante, lo que no implica restarle importancia a este proceso complejo por el gran montante de angustia que despierta. Porque si en el horizonte asoman recursos validados por el otro, resultarán ofertas estimulantes para realizar el pasaje, desprendiéndose de lo anterior sin riesgo y realizar un proyecto, con posibilidad de descubrir sus potencialidades, no pocas veces, insospechadas. Haciendo de su tiempo presente, ganado por la longevidad, un momento de realizaciones y “proyectos sustentables”, tal lo expresado por los sujetos entrevistados, en el marco de una investigación.

Interrogantes respecto de las posibilidades y dificultades del envejecer actual

Para referirme a las posibilidades y dificultades en el envejecer actual, y en consonancia con los conceptos expresados en los apartados anteriores me valdré de los datos recogidos en la investigación⁴ llevada a cabo con mi dirección en la Cátedra de Psicología Evolutiva II de la carrera de Psicología y el Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores (PEPAM), para ello aludiré:

- a) Los modos actuales de envejecimiento que se inferen de lo expresado por los entrevistados, en relación con el ideal, a la percepción de su funcionamiento efectivo y sentimiento de satisfacción vital.
- b) Las significaciones imaginarias y simbólicas, que pudimos inferir, circulan entre ellos acerca de sus diferentes funciones (jubilado/a, abuelo/a, viejo/a).

Es necesario señalar la diferencia, distancia o vacilaciones entre lo que se enuncia y lo que se infiere, respecto de lo que orienta su funcionamiento: *ideales a cumplir* y los *modos efectivos* de funcionamiento de los envejecentes. Aunque cuestionada, aún persiste en *el imaginario* la representación del envejecimiento como declinación, fundamentalmente la idea de pasividad, ligada al ideal de viejo retirado de la vida, del deseo, más allá de las necesidades de lo humano. Se sorprenden hablando de sí desde la perspectiva del descubrir puedo, quiero, necesito. Es constante el “no quiero ser como mí mamá o mi abuela”, no quiero quedarme como y en esos tiempos, los que permanecen como sus referentes expresan simultáneamente sorpresa, temor e inseguridad por estar desviándose del modelo recibido, desde allí dirigen su mirada interrogante al otro a quien demandan evaluación acerca de cada uno de los pasos dados y de los movimientos a realizar. En su *funcionamiento efectivo* aspiran y trabajan para ser sujetos activos, deseantes, participantes, útiles. El 100% expresa el temor al “fantasma de la decrepitud, la enfermedad y la pérdida de autonomía”; por lo que inferimos la persistencia del modelo previo incidiendo desde la negatividad: “busco ser (activo, independiente, amplio) para no parecerme a... (antecesores)”. En todos, tanto varones como mujeres, es meta central de su existencia evitar la pérdida de la autovalidez y el deterioro.

Semejanzas: las personas entrevistadas viven solas o con su pareja; siendo fundamental la condición de autonomía y autoabastecimiento. Desde el momento en que se reconocieron envejeciendo buscaron encontrar actividades, entretenimientos y espacios de encuentro con otros con quienes interactuar, acompañarse; búsqueda intencionada para no quedar relegados en el medio familiar. Todos señalan que pasan por momentos de repliegue, “bajón” de los que se sienten rescatados por algún/a/as/os

⁴ “Proceso identificatorio y efecto del acceso a nuevos conocimientos a través de actividades compartidas, en envejecentes actuales de La Plata y Gran La Plata”. Directora G. M. Petriz, UNLP. Acreditada y aprobada por el Programa Incentivos a la Investigación Ministerio de Educación y Cultura de la Nación. (2003/05).

compañero/a/os/as. Refieren la relación con los nietos como una construcción novedosa, en la que logran establecer productivos encuentros, en particular con los adolescentes con quienes se produce un intercambio creativo en el que ponen en juego los aspectos más actualizados de sí. Con los niños pequeños la relación transcurre por la afectividad y el juego, demanda a veces exigente para la que no se encuentran tan motivados: “no estoy para madre, soy abuela”. (M. 71). (Petritz, G. y otros, 2005).

Señalan la viudez; migración de los hijos; enfermedad; jubilación; muerte del último de los padres; enlentecimiento corporal y psíquico, como situaciones que los pusieron cara a cara con el paso del tiempo; pasado el momento de crisis (con estados de depresión, abulia, confusión y retraimiento) fue posible la implementación de estrategias para encarar un proyecto, discriminado y evaluado enriquecedor.

Todos refieren a su falta de preparación para hacer frente a los cambios de la realidad respecto a lo instrumental (nuevas tecnologías), a las relaciones sociales (vínculos, códigos, valores). Coinciden en la necesidad y motivación para actualizarse, único modo de permanecer integrados y ocupando su lugar en el mundo. Ante la posibilidad de incluirse en algún nuevo aprendizaje, surge la exigencia y el temor a no estar a la altura de los requerimientos, a poco de andar crece el sentimiento de autovaloración al descubrir que sus posibilidades superan lo pensado y lo requerido, generando un sentimiento de auto afirmación y placer que se incrementa en el diálogo e intercambio con otros participantes (docentes, compañeros, tarea). Hacen referencia a la mirada censora de lo social para el reconocimiento de su sexualidad, mientras ellos sienten que han hecho cambios para entender los nuevos modos de organización e intercambio sexual entre los jóvenes (nietos e hijos). Expresan recibir un reconocimiento positivo por parte de los otros frente a sus cambios, valorando el estímulo que hijos y amigos les otorgan; aun cuando en ellos persiste el temor a despertar la crítica o el rechazo de los otros. La conciencia crítica regula su posicionamiento referido a la confrontación de modelos; el previo (de sus padres y abuelos) y el actual del que se sienten artífices. En este sentido resaltan el efecto positivo, enriquecedor y movilizador que encuentran en su participación en el PEPAM.⁵

En relación al futuro refieren que su proyecto es llegar bien al final; es decir “no llegar tan viejita que no pueda abastecerme, que no pueda tener conciencia de lo que hago y de lo que me pasa (C. 70). No me preocupa el deterioro ni el envejecer normal”. Remarcan la validez de la estrategia de la actividad, establecer lazos, estar atentos a sus cuidados, como generadores de bienestar.

“Seguir viviendo bien, eso despierta interés por otras cosas”. Desde este lugar desean dejar como *legado* para las generaciones venideras el reconocimiento de una longevidad plena “que me recuerden así, haciendo cosas, resolviendo mi vida”. “Eso es bueno, que alguien pueda tomar algo de la vida de uno” (T. 75). “Desearía que los jóvenes pudieran pensar y no se dejen llevar por la ambición, que ellos también puedan elegir” (N. 68).

Diferencias: Expresan preocupaciones en relación a su imagen, referente a la estética (en mujeres más jóvenes) “es difícil verse diferente una por dentro se siente bien, pero me miro al espejo y me doy cuenta” (N. 67). En las mujeres más grandes el cuerpo se hace presente desde las disfunciones cardíacas, hipertensión, trastornos digestivos, dolores articulares y circulatorios. Los hombres señalan su preocupación por los olvidos y refieren su envejecimiento como pérdida de la actividad y especialmente de la productividad a partir de la jubilación, “cuando me jubilé, eso me mató. Por eso cuando están las nietas, las llevo, las traigo (...) a mí me gusta hacer cosas, por ejemplo para el centenario de

⁵ Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores - UNLP.

la escuela, si hay algo que hacer, siempre me engancha, me hace sentir bien” (T. 75), aun en aquellas cuestiones que fueron privativas de las mujeres.

Esta investigación nos permitió detectar con nitidez la actitud consciente, responsable y comprometida de las personas mayores, asumiéndose artífices de su envejecimiento, aun cuando ello significa asumir los cambios (a veces no muy satisfactorios), descubrir la falta de modelos pertinentes, tomar una posición crítica hacia sus primeros objetos (referencia a sus progenitores y ancestros) hacia su propia historia, hacia sus ideales y modelos identificatorios y soportar la angustia de no contar con referentes claros para este tiempo, reconociendo que tienen que luchar ante las descalificaciones y falta de reconocimiento de la sociedad amplia y sus instituciones.

De lo antedicho podemos concluir que nuestros envejecentes actuales se encuentran construyendo su modo de envejecer sobre la base de la revisión y cuestionamiento de los referentes identificatorios previos y generan estrategias que permiten transitar y superar los obstáculos que se les plantean desde si o desde la realidad, logrando un buen nivel de satisfacción vital.

Desarrollos posibles

En primer lugar voy a resaltar el hecho de que podamos participar de un encuentro centrado en el tema del envejecimiento y sus características. Me permito reflexionar sobre su título: “Ver y vivir la ancianidad”. “Ver” llama la atención sobre la existencia de la ancianidad, término que según los criterios que expuse, no refleja de manera amplia la polifonía de temáticas que le atañen, también señala “vivir”; refiere a que es insoslayable e implica a todos, ya sea como protagonistas, como acompañantes, como estudiosos, como políticos o como perspectiva para un tiempo futuro. También alude a “hacia un cambio cultural” he aquí el nudo de la cuestión, que si se cumplieran los anteriores no tendrían porqué indicarse. Ver y vivir remiten a un real que no puede quedar fuera de las discusiones y o acciones a la hora de resolver o analizar la situación actual, mas parece que aún es necesario llamar la atención, sobre la existencia y sobre los modos de mirar el envejecimiento, por ello entiendo que la recomendación “hacia un cambio cultural” deja traslucir la persistencia de los tintes “viejistas” tan trabajados desde Leopoldo Salvarezza y contra los que aún es necesario lidiar.

Pensando en los desarrollos posibles habría que:

- a) Intensificar, profundizar y difundir las líneas que se vienen trabajando en virtud de la integración social igualitaria y la promoción de la calidad de vida de los mayores propiciando una escucha abierta y desprejuiciada hacia sus demandas y propuestas.
- b) Transmitir los conocimientos acerca de la temática en la sociedad amplia, desde los niños hasta los mismos viejos, que estas se incluyan en los planes curriculares de las diferentes instancias educativas, para que resulten la letra en la que se nutran todas las acciones a ellos dirigidas.

Reflexión final y planteo de propuestas

Al finalizar el camino, en un intento de síntesis es posible decir que:

- Estamos en presencia de un tiempo en el que se ha instalado la revisión acerca de las temáticas del envejecimiento, con la aspiración que esta realidad alcance los mejores niveles de satisfacción vital posible.

- Los envejecentes son partícipes activos, dispuestos a generar estrategias que los habiliten para una buena calidad de vida.
- Descubren sus potencialidades y reconocen que la participación, la actualización, el intercambio son soportes privilegiados en los que apuntalan su envejecimiento de manera saludable.
- Se impone la creación de espacios compartidos que faciliten el intercambio intergeneracional.
- Son múltiples los desarrollos posibles, en términos de investigación, propuestas de integración y capacitación, que aporten al mejor conocimiento, en el marco de un diálogo fluido, enriquecedor, implicado y comprometido en las acciones que cada uno realice.

Las propuestas que surjan serán las que se desprendan de considerar lo antes señalado.

Y a modo de epílogo y con la riqueza expresiva de C. J. Cela, leemos:

Mi viejo amigo y maestro Pío Baroja tenía un reloj de pared en cuya esfera lucían unas palabras aleccionadoras, un lema estremecedor que señalaba el paso de las horas: todas bienen, la última mata.

Pues bien: han sonado ya muchas campanadas en mi alma y en mi corazón, las dos manillas de ese reloj que ignora la marcha atrás, y hoy, con un pie en la mucha vida que he dejado atrás y el otro en la esperanza, comparezco ante ustedes para hablar con palabras de la palabra y discurrir, con buena voluntad y ya veremos si también con suerte, de la libertad y la literatura.

No sé donde pueda levantar su aduana la frontera de la vejez pero, por si acaso, me escudo en lo dicho por don Francisco de Quevedo: todos deseamos llegar a viejos y todos negamos haber llegado ya. Porque sé bien que no se puede volver la cara a la evidencia, y porque tampoco ignoro que el calendario es herramienta inexorable, me dispongo a decirles cuanto debo decir, sin dejar el menor resquicio ni a la inspiración ni a la improvisación, esas dos nociones que desprecio”.

Camilo José Cela *Discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura*, 10 de diciembre de 1989.

Referencias bibliográficas

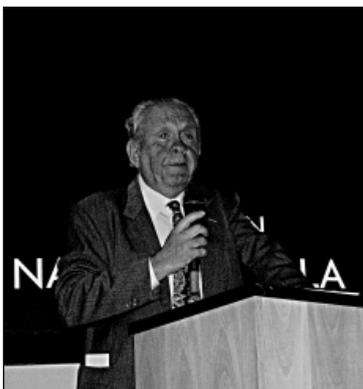
- Agamben, G., *Infancia e historia*, Buenos Aires, 2ª ed., A. H., 2004.
- Aulagnier, P., *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
- Aulagnier, P., *Los Destinos del Placer*, cap. IV, pág. 193, España, Argot, 1984.
- Berman, M., *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Madrid, Siglo veintiuno, 1989.
- Cabrera, C., “Subjetividad, procesos históricos e instituciones en la era de la globalización”, en *Revista de AAPP*, “Vínculos y subjetividad en la era contemporánea”, vol. XXVIII, 1-2005, págs. 33-68.
- Castoriadis, C., *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Tusquets, 2ª ed., 1993.
- Castoriadis, C., *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.

- Castoriadis, C., *El avance de la insignificancia*, Buenos Aires, EUDEBA, 1997.
- Corea, C. y Lewkowicz, I., *¿Se acabó la infancia?*, Buenos Aires, Lumen, 1999.
- Delucca, N. y Petriz, G., “Transformaciones en las funciones y transmisión generacional”, en *II Congreso Internacional de Terapia Familiar Psicoanalítica*, Montreal, 2006.
- Duschatzky, S. y Corea, C., *Chicos en banda*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Etcheverry, J., *El significado de enseñar UBA: encrucijadas*, Buenos Aires, UBA, N° 32, pág 3.
- Freud, S., *Tótem y tabú*, t. XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- Freud, S., *Introducción del narcisismo*, t. XIV, págs. 75-98, Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S., *Psicoanálisis de las masas y análisis del yo*, t. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S., *Carta a Román Rolland. Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis*, t. XXII, Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S., “Moisés y la religión monoteísta”, en *Obras Completas*, t. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- Gerez Ambertin, M., *Los imperativos del superyo*, cap. VI, págs. 193-204, Buenos Aires, Lugar, 1999.
- Gerez Ambertin, M., *Las voces del superyo*, Buenos Aires, Manantial, 1993.
- Kaës, R., *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*, Buenos Aires, Amorrortu, 1994
- Hornstein, L., “Determinismo, temporalidad, devenir, en *Temporalidad, determinación, azar*, Buenos Aires, Paidós, 1994.
- Lacan, J., (1954-cincuenta y cinco). *El Seminario 2. El yo en la técnica de Freud y en la técnica psicoanalítica*, cap. XVIII, Buenos Aires, Paidós. pág. 343.
- Lipovetsky, G., *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986.
- Lipovetsky, G., *El crepúsculo del deber*, Barcelona, Anagrama, 1994.
- Mannoni, O., *La otra escena. Claves de lo imaginario*, cap. 1, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.
- Morin, E., *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa, 2001.
- Platón, *Diálogos. La república o El Estado*, libro 1, Madrid, EDAF, 1977.
- Petriz G. y otros, “Educación Permanente, estrategia para la promoción de salud y reformulación del proyecto personal”, en *Orientación y Sociedad*, vol. 4, 2003/2004, La Plata, Bilingüe, 2005.

- Petriz, G. y otros, “Transformaciones y perspectivas actuales de la función de abuelidad”, en *XXX Congreso Interamericano de la SIP*, Buenos Aires, 2005.
- Presas, M., “Identidad narrativa”, en *Revista Latinoamericana de Filosofía*, XXVI, N° 2.
- Pommier, G., *Los cuerpos angélicos de la postmodernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.
- Roudinisco, E., *La familia en desorden*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Salvarezza, L. (comp), *El envejecimiento. Psiquis, poder y tiempo*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.
- Théry, I., “Diferencia de los sexos y diferencia de generaciones: la institución familiar sin herederos”, en *Revista de Occidente*, N° 199, Madrid, noviembre 1997.
- Touraine, A., *Crítica de la modernidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Anexos

Palabras del Dr. Norberto Padilla, Presidente de la Fundación Navarro Viola, con motivo de la apertura del acto de presentación del Premio Bienal de Ancianidad 2005-2006.



Señoras y señores,

Es un honor, para mí y para todo el Consejo de Administración de la Fundación Navarro Viola, darles una cordial bienvenida y agradecerles hayan querido compartir este momento de *memoria y expectativa* como es la presentación del Premio que este bienio se dedica al tema: **“Nuestros ancianos, la familia y la sociedad”**.

Es un *momento de memoria*, ante todo hacia las fundadoras, María del Carmen y Sara Navarro Viola y Marta Navarro Viola de Herrera Vegas, quienes en su ancianidad, en palabras de nuestro presidente honorario, quisieron seguir, a través de la Fundación creada en recuerdo de sus padres, *haciendo obra de bien*, como había sido característico en sus vidas, impulsadas por su fe y por la tradición de servicio público de sus mayores. Cada una de ellas eligió un ámbito para la Fundación cuando fue creada hace ahora treinta y dos años, *Sara, la medicina social; Marta, la educación y María del Carmen, el amparo a la ancianidad desvalida*. Entre las iniciativas de promoción de cada campo están los premios, otorgados en forma bienal.

A la ancianidad se destinó el premio de 1988-1989, cuyo jurado integraron los doctores Osvaldo Fustinoni y Guillermo Di Paola y la señora María Herrera Vegas, y fue otorgado a una institución de acreditada trayectoria en la atención a las personas ancianas, el Hogar Marín, de San Isidro, de la Congregación Hermanitas de los Pobres, cuya fundadora, la Beata Juana Jugan, en palabras de Juan Pablo II “supo intuir las necesidades más profundas de los Ancianos y entregó su vida en su servicio”. Saludo al Pbro. Alejandro Bunge, capellán de esa casa y comunidad, que nos acompaña hoy y, por su intermedio, a las religiosas que llevan a cabo una labor tan valiosa para la sociedad, y a cuantos colaboran con ellas.

La acción de la Fundación ha estado en el amparo a la vejez desvalida, sobre todo a la que sufre situaciones de pobreza, exclusión y soledad, pero sin perder de vista un objetivo más amplio, cual es bregar para que esa etapa de la existencia humana encuentre condiciones plenamente dignas a través de su inserción en la sociedad. Entendemos por ello que los ancianos sean apreciados constructores de la sociedad, transmisores de los valores y de la cultura, rodeados de respeto, afecto y cuidado por las generaciones más jóvenes. Hoy en día constatamos que es posible no sólo vivir más que las generaciones que nos precedieron sino de una manera mucho más activa afectiva, familiar y comunitariamente. Al mismo tiempo, y como una paradoja, el eficientismo y la deshumanización, la relajación de los valores y de los lazos sociales, amenazan con formas de marginación impensables en las sociedades tradicionales.

La Fundación realizó años atrás una serie de microprogramas sobre la ancianidad con la participación de dos entrañables actores de nuestra escena, José Cibrián y Ana María Campoy sobre la integración de los ancianos en la comunidad, simultáneamente con otra sobre el cuidado materno-infantil. Fue

como unir “las edades del hombre”, en la primera y en la última etapa del *homo viator*, del ser humano, caminante y peregrino de la vida.



Con motivo del Año Internacional de la Familia, tuvieron lugar en este auditorio las jornadas de las que hemos tomado el título del premio que presentamos, y que tuve la satisfacción de organizar junto con el doctor Julio Bello, con la participación de distinguidas personalidades desde un enfoque interdisciplinario, contando con el aporte espontáneo y enriquecedor de los asistentes. Diez años después, ese fecundo ejercicio de diálogo no ha perdido nada de su vigencia, como puede verse en nuestra página web. Tanto el

doctor Bello, como el doctor Roberto Barca y la licenciada Julieta Oddone, integran el Jurado para el premio de este año.

Quisiera destacar también la colaboración de nuestra Fundación con iniciativas de la Comunidad de Sant’ Egidio, de tan relevante actuación en el trabajo por la paz y la promoción integral de la persona humana. Con motivo de la campaña a favor de la ancianidad que esta organización laical, fue dado a conocer un testimonio, en forma de carta, de una anciana, de nombre Carmen, que resumía anhelos y preocupaciones de las personas de la tercera edad, en la que Santiago Kovadloff señaló una “confesión decisiva”: “la muerte comienza cuando no se sueña más”. El entonces Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, Mons. Estanislao Karlic, fue quien presentó la *Carta de Carmen* en este auditorio en el año 2002. Nos dijo entonces que “el futuro necesita de la ancianidad (...) que la historia necesita del anciano para tener un futuro mejor (...) que la ancianidad es tiempo de crecimiento, un gran momento de libertad y de amor, porque la vida es darse y darse hasta el fin”.

En este encuentro de hoy está también *la expectativa*. Esta se centra en un proyecto, que es un premio pero también más que un premio, ya que confiamos en hacer nuestra contribución, a través de diversas acciones, a que las personas de edad sean cada vez más reconocidas y valoradas en nuestra sociedad.

Quisiera agradecer a quienes han diseñado las bases del premio y propuesto al Consejo de Administración líneas de trabajo en esta dirección. He mencionado ya a los doctores Julio Bello y Roberto Barca y a la licenciada Julieta Oddone, y agrego a los licenciados Javier Aragone y Claudio García Pintos. Ellos han conformado un equipo armonioso, en el que han confluído una alta profesionalidad con un profundo sentido social y humano. Es de justicia señalar aquí el aporte de la licenciada Vanesa Barreiro, acompañando las reuniones y haciendo de eficaz canal de transmisión con el Consejo. Lo hecho hasta aquí nos llena de grata expectativa para lo que vendrá, y que en instantes más desarrollará en nombre del jurado el doctor Bello.

Confiamos en que esta convocatoria tendrá vasta repercusión, porque en nuestro país hay muchas instituciones que trabajan en bien de la ancianidad. Es mucho lo que se hace, es mucho más lo que puede y debe hacerse para que el paso de los años sea don y esperanza en las familias, en las comunidades intermedias, en las organizaciones solidarias y asistenciales, en el Estado mismo.

Agradezco muy especialmente a nuestros disertantes de esta tarde, el doctor Carlos García Díaz, médico, fundador de “Medicina y Sociedad”, que ha sido jurado del Premio 1989-1991 para Médicos Rurales, a quien hemos pedido que, con sus noventa y cinco años, nos brinde un testimonio de vida y al doctor Leopoldo Salvarezza, médico psicoanalista especializado en geriatría, entre cuyas obras me limito a citar *Psicogeriatría. Teoría y Clínica*. Su participación nos honra y nos compromete.



El 2 de abril de 2005 la humanidad toda, y muy especialmente la juventud, lloró la partida de un anciano en quien se reconocía a un padre y un abuelo más allá de las pertenencias confesionales. Juan Pablo II, precisamente, escribió el 1° de octubre de 1999, con motivo del Año Internacional —que sobre el particular convocó la Organización de las Naciones Unidas en 1999— una *Carta a los Ancianos*, abriendo el corazón a quienes eran sus contemporáneos, y retomó el tema en su último Mensaje de Cuaresma. Aun a riesgo de hacer muy extensa la cita, he seleccionado dos párrafos de esa Carta de 1999, cuya lectura completa recomiendo:

¿Por qué, entonces, no seguir tributando al anciano aquel respeto tan valorado en las sanas tradiciones de muchas culturas en todos los continentes? Para los pueblos del ámbito influenciado por la Biblia, la referencia ha sido, a través de los siglos, el mandamiento del Decálogo: “Honra a tu padre y a tu madre”, un deber, por lo demás, reconocido universalmente. De su plena y coherente aplicación no ha surgido solamente el amor de los hijos a los padres, sino que también se ha puesto de manifiesto el fuerte vínculo que existe entre las generaciones. Donde el precepto es reconocido y cumplido fielmente, los ancianos saben que no corren peligro de ser considerados un peso inútil y embarazoso.

Ponte en pie ante las canas y honra el rostro del anciano (Lv 19, 32). Honrar a los ancianos supone un triple deber hacia ellos: acogerlos, asistirlos y valorar sus cualidades. En muchos ambientes eso sucede casi espontáneamente, como por costumbre inveterada. En otros, especialmente en las naciones desarrolladas, parece obligado un cambio de tendencia para que los que avanzan en años puedan envejecer con dignidad, sin temor a quedar reducidos a personas que ya no cuenta nada.

Es preciso convencerse de que es propio de una civilización plenamente humana respetar y amar a los ancianos, porque ellos se sienten, a pesar del debilitamiento de las fuerzas, parte viva de la sociedad. Ya observaba Cicerón que el peso de la edad es más leve para el que se siente respetado y amado por los jóvenes.

Todos conocemos ejemplos elocuentes de ancianos con una sorprendente juventud y vigor de espíritu. Para quien los trata de cerca, son estímulo con sus palabras y consuelo con el ejemplo. Es de desear que la sociedad valore plenamente a los ancianos, que en algunas regiones del mundo —pienso en particular en África— son considerados justamente como ‘bibliotecas vivientes’ de sabiduría, custodios de un inestimable patrimonio de testimonios humanos y espirituales. Aunque es verdad que a nivel físico tienen generalmente necesidad de ayuda, también es verdad que, en su avanzada edad, pueden ofrecer apoyo a los jóvenes que en su recorrido se asoman al horizonte de la existencia para probar los distintos caminos.

Mientras hablo de los ancianos, no puedo dejar de dirigirme también a los jóvenes para invitarlos a estar a su lado. Os exhorto, queridos jóvenes, a hacerlo con amor y generosidad. Los ancianos pueden daros mucho más de cuanto podáis imaginar. En este sentido, el Libro del Eclesiástico dice: ‘No desprecies lo que cuentan los viejos, que ellos también han aprendido de sus padres’ (8, 9); ‘Acude a la reunión de los ancianos; ¿qué hay un sabio?, júntate a él’ (6, 34); porque ‘¿qué bien parece la sabiduría en los viejos!’ (25, 5).

Con estos pensamientos de Juan Pablo II, estimados amigos, sintetizo el agradecimiento por estar con nosotros esta tarde.

Buenos Aires, 27 de julio de 2005.

Testimonio de Vida: envejecer en el siglo veintiuno

Dr. Carlos García Díaz

La franja etaria de los sesenta y cinco años se extiende cada vez más. Nunca antes se había dado la convivencia de las generaciones como ahora.

Hace sesenta y ocho años, siendo un joven pediatra, al visitar un pequeño enfermo, solía encontrar junto a la camita a una abuela, a quien había que escuchar porque decía cosas valederas de su experiencia práctica.

Hoy, si la situación es preocupante, están las dos abuelas presentes, y los dos abuelos en el cuarto contiguo, sin contar los tíos y tías abuelas y los bisabuelos.

La Sociedad Argentina de Pediatría estudia este fenómeno social de la “abuelidad” en la atención infantil.

La masa de los jubilados ya es una multitud que puede llenar una plaza cuando se la convoca. Y es una clientela política y consumista, aunque, desgraciadamente, cada vez más diezmada por la pobreza de las clases medias y por el desamparo y la exclusión de las clases bajas, que, sin ocupación, ya no disfrutan de la movilidad social de la Argentina de otro tiempo.

Este envejecimiento de la población, plantea, además de su prevalencia numérica, el saber cual es el rol que la sociedad y la familia reservan a los viejos.

El que habla, reconoce que le corresponden las generales de la ley al decir algo sobre la ancianidad.

La Providencia me ha concedido una longevidad que abarca los siglos diecinueve, veinte y veintiuno.

Para empezar a devanar este ovillo, digamos, que desde un enfoque histórico-cultural, el breve y turbulento siglo veinte no nació el 1º de enero de 1901, sino el 28 de julio de 1914, cuando se declaró la Primera Guerra Mundial; que inauguró la nueva Centuria con una trágica Guerra, distinta de las guerras napoleónicas, emblemáticas del Siglo de las Luces.

Esto significa que el anterior siglo diecinueve se prolongó casi tres lustros en el siglo veinte del calendario, trasladando a la Argentina la pompa y ceremonia de la *Belle Époque*, que alcanzó su momento más brillante en la celebración del primer centenario de la Revolución de Mayo, cuando el presidente Figueroa Alcorta acompañaba en el landó oficial a la opulenta princesa Isabel de Borbón.

Me parece oportuno rememorar las costumbres de esa rutilante etapa que, extendidas a todas las capas sociales, eran asumidas a su modo y manera.

Un signo característico era el uso obligado del sombrero.

Ningún hombre, fuera quien fuere, salía a la calle a cabeza descubierta. Una galera, un sombrero o una gorra, cumplía ese cometido.

Pero a mediados de los años cincuenta se impuso la moda del sin sombrero. Y lo bien que lo pasaron los que lo adoptaron, sin ocuparse más del adminículo capital, con excepción de los calvos, que siguen cubriendo la pelada ante las inclemencias del tiempo.

¿Qué sentido tenía esa contradicción en el atuendo a casi medio siglo de distancia?

La respuesta la hallé escuchando una conferencia de José María Pemán en Buenos Aires.

En un comentario de pasada, comentó este orador y escritor, que caminando por una calle de Córdoba de España, acertó a pasar al lado de un mendigo que le tendió una mano diciéndole:

—Señorito, deme usted una limosna pa' comprarme un sombrero.

—¿Y para qué quieres un sombrero?», preguntó Pemán.

—Pa' qué la voy a querer? Pa' saludar!

Esta era, pues, la razón del uso del sombrero, en una época ceremoniosa, el galerazo, el sombrero o la sacada de la gorra, mostraban una actitud de consideración y respeto mutuo entre la gente; que eliminó la nueva onda de informalidad y practicidad en tiempos de cambios de aceleración que no dejan ocasión para gestos de respeto.

Ahora bien: este breve siglo veinte, que comenzó con la Primera Guerra, no concluyó el 31 de diciembre de 2000, sino el 6 de noviembre de 1989, cuando la caída del Muro y la implosión de la Unión Soviética, significaron la terminación del mundo bipolar de la Guerra Fría; más aún, iniciaba una conmoción que alcanzó transformaciones civilizadoras.

Vaclav Havel lo expresó duramente en el Foro de jefes de Estado de Davos, en el invierno de 1992. Era una *rara avis*, este dramaturgo y ensayista, inesperado presidente de Checoslovaquia; que irrumpió ante unos espectadores que se preparaban para discutir la rutinaria agenda de las estrategias políticas, enfrentándolos con un formidable planteo de la honda transformación que estremecía al mundo pensante: nada menos que el fin de los siglos diecinueve y veinte; más aún, de un cambio civilizador que terminaba con la Edad Moderna en su conjunto, y daba entrada a una nueva Edad

Ante esta síntesis del desarrollo del breve siglo veinte, habiendo nacido antes de la primera Guerra y viviendo en los años iniciales del tercer milenio; puedo decir que *soy un hombre de tres siglos*.

La mención de este marco agitado, inestable y confuso del breve siglo veinte y sus antecedentes y posteriores repercusiones en nuestro país, ponen a la vista el transcurrir de los años en los que el “Yo y mi Circunstancia” de Ortega, pesó sobre las gentes de mi generación, que hemos sobrevivido a cambios una y otra vez, que nos pidieron esfuerzos de comprensión y de adaptación, de renunciadas a nostálgicos saberes y de impulsos permanentes de afirmación de autenticidad y reflexión.

La universidad, la actividad hospitalaria y profesional, el compromiso de la función pública, la creación de instituciones privadas, como Medicina y Sociedad, organización civil, no confesional, no lucrativa, que colmó veinte años de luchas y satisfacciones, colmaron mis días.

En el curso de tan largos años, un Faro rutilante alumbró mi juventud, mi madurez y mi ancianidad.

Ingresé a la Acción Católica en 1933, a dos años de su constitución en el país. Informó mis días de universidad, de hospital, de actividad profesional y mi vida familiar, con amistades de laicos y curas,

entre los cuales Manuel Moledo fue el gran inspirador de nuestra generación, de la juventud a la madurez, con su docencia oral y personal que abría caminos de futuro.

El Concilio de los años 1962-65, puso ante nuestros ojos el escenario del Pueblo de Dios, que abarca a todos los hombres y mujeres del planeta. Y nos comprometió en el Gozo y la Esperanza (en el documento *Gaudium et Spes*), invitándonos a ser portadores del mensaje Cristiano, desde una cosmovisión espiritual que rescata los valores humanistas de la sociedad civil, oscurecidos por tendencias de un obstinado individualismo, y permite verla como tierra húmeda, a la espera de la lluvia fertilizante de la Gracia.

La proximidad de la jubilación al cumplir los sesenta, uno se preguntaba *por el rol social, político y cultural, de la Tercera Edad, esa ola poblacional que se encrespaba hasta alturas insólitas.*

En el seno del Grupo Encuentro comenzamos entonces a discutir el rol que hombres y mujeres de la Tercera Edad están llamados a cumplir, siguiendo una iniciativa de Américo Monterroso, entonces secretario técnico de ACDE. Con la participación de Luis Bameule, Guillermo Bravo, Félix Lafrianda –para citar a los pioneros que ya no están entre nosotros y fueron ejemplo de actividad social y familiar en sus años maduros– se inició un movimiento de estudio, con aportes de pensadores, sociólogos, psicólogos, empresarios y padres de familia.

Era reivindicar la presencia del hombre y la mujer mayor, en los escenarios de la vida pública, entre las cuales se incluía la política.

Esta última, en el pensamiento de Pedro José Frías, a quien pedimos opinión que respondió por carta; atribuyó a los mayores, en un certero párrafo que titula, “arterias y política, con acierto biológico y social; dijo Frías que la actividad del anciano no es “agónica”, es decir, de lucha partidaria; sino “arquitectónica”, o sea, de construcción y organización social, estatal y pública.

Por más que las leyes jubilatorias inclinen a pensar en el retiro de toda actividad, introduciendo un desconcierto y desazón, una crisis de transición que es como un paréntesis de desasimiento, –dice Romano Guardini– al cumplir una etapa y pasar a otra.

La experiencia enseña que la prueba es superada por los aportes valiosos de jubilados incorporados como asesores de empresas, como docentes experimentados, como científicos creativos, como reconocibles miembros del grupo familiar.

Hay que *Educar al anciano*, es la propuesta de Fernando Lolas, el bioeticista y psicoanalista chileno, como principio de solución.

No le serían aplicables las técnicas de la Pedagogía, que es la educación del niño; sino la de una Geriagogía, es decir, la de una *educación del Geronte, hombre y mujer*, en la búsqueda del rol familiar y social de quienes son capaces de asumir posiciones en cada tramo vital que le es propio.

La figura del viejo gruñón, egoísta y tacaño que la novela, el teatro y el cine han popularizado, cede a la comprensión del entorno familiar y social, reconociéndole el lugar de un ser tratable, buen observador comprometido.

No se puede pasar por alto la situación de la *ancianidad senil*, cuando aparecen los signos de decadencia progresiva que llegarán a la dependencia parcial o total de la ayuda de los adultos.

Esta situación se agrava con la pobreza y el abandono cuya imagen es la del anciano recluso en el hacinamiento de precarias residencias, no controladas, no sometidas a normas de acreditación, libradas a un mercantilismo despojado de honestidad y responsabilidad.

“Nuestros Ancianos, la Familia y la Sociedad”, el llamado a concurso del Premio bienal 2005/6, de la Fundación Navarro Viola, para mejorar las condiciones de vida de los ancianos, es la generosa iniciativa que la noble institución continúa realizando con similares eventos, emprendidos hace 30 años de incansable labor en los espacios de la ayuda social y de la caridad cristiana.

Tampoco sería completa una versión de la vejez, por breve que fuera, sin la consideración de la inseparable realidad de la muerte. Envejecer es acercarse a la muerte. Cuanto más viejo, más cerca.

Francisco de Asís, en el Canto de las Criaturas, la bendijo:

*“Benedetta sia
Nostra Suora
La Morte Corporale”*

La Hermana Muerte es parte de la vida.

No es un mensaje de aniquilación, si reparamos en su sentido vital. Hay una diferencia –dijo el ya citado Guardini– entre *“llegar simplemente a un final y el cumplimiento de lo que se ha llevado a cabo”*.

Los antiguos hablaban de un *“ars moriendi”*, el arte de saber morir, la aceptación de la muerte como el cumplimiento de un compromiso con la vida, tal vez de una misión.

La voz que descendió del Gólgota, proclamado que *“todo se ha cumplido”*, es la misma que en los labios moribundos del Salvador, ante el cumplimiento de un acto de inmensa fe pronunciado poco antes por el Buen Ladrón, crucificado a su lado, había dicho: *“Hoy estarás en el Paraíso”*.

Así transcurren los días de la Ancianidad, en una actividad, siquiera sea a media máquina, cumpliendo tareas de acuerdo en el contexto cultural y social, en la profesión y la familia; o tal vez, en la soledad mitigada por amigos o por voluntarios acompañantes de las organizaciones de acción social.

Son días de mirar atrás para comprender la vida; y de mirar adelante, para vivirla; dijo Schopenhauer; agreguemos: cualquiera sea la posible duración del tramo final.

A la espera, sin angustia ni apuro, de ese Día, sólo de Dios conocido, en el que la Vida sin Tiempo, se confundirá en el eterno abrazo del Amor sin Medida.

Ya no contarán los Días en la Mesa del Ágape, que, abastecida del Amor Infinito, tendida, nos espera.

**Extracto de las palabras de bienvenida del Dr. Norberto Padilla,
Presidente de la Fundación Navarro Viola,
con motivo del acto de entrega de premios
del Concurso Bienal 2005-2006**

“Sepamos atardecer”, así un verbo en plural, porque o hemos cruzado ya lo que estadísticamente se considera ancianidad, o aspiramos a hacerlo si somos bendecidos con ella. Cada edad del hombre requiere la sabiduría para vivir aprendiendo del pasado, construyendo el presente y mirando con confianza y serenidad el futuro. Para el niño recién nacido, despunta el día, brilla la estrella de la mañana, y se asoma el sol. Cuántas veces, especialmente en los años jóvenes, nos hemos sentado a esperar el momento casi sagrado de la salida del sol. Y el día va transcurriendo, y así como nos maravillamos con el amanecer, lo hacemos en la plenitud del día y, con la misma actitud de contemplación, del crepúsculo. También hemos hecho, más la gente del campo y del mar que los de la ciudad, la experiencia deslumbrante del sol que se oculta. Nuestra vida no se compone solamente de días de sol. Lluvia y trueno cuando menos lo esperamos, los vientos huracanados nos arrastran, nubes oscuras son un grueso telón sobre el rito del atardecer. Pero sabemos que las nubes son pasajeras y que volveremos a ver el sol. Cuando entramos en el atardecer de la vida, hagámoslo con la certeza de que cada parte del día es bello, que cada parte del día necesita de la otra, y que, sólo podremos abrirnos en admiración y alabanza frente a la tarde que declina si no perdimos la capacidad de asombro del niño ante el amanecer.

Una de las cinco instituciones que el jurado decidió premiar es la que presentó un proyecto en el que los ancianos, cual cicerones, descubren Córdoba para los niños, herederos del patrimonio cultural e histórico de esa ciudad fundada por don Jerónimo Luis de Cabrera el 6 de junio de 1573. Cuna y palestra de grandes figuras de la vida política, intelectual y artística, en sus claustros universitarios, muy anteriores a los de Buenos Aires, se formaron generaciones de hombres y mujeres de todo el país. Permítanme aquí un testimonio personal. Una noche, regresando de Tucumán con mi padre, el avión no pudo seguir a Buenos Aires hasta el día siguiente. Fue la primera de muchas visitas a Córdoba pero esa tuvo algo inolvidable, con mi padre llevándome a conocer la Universidad, donde estudió Derecho su abuelo, amigo y compañero de Avellaneda y luego, el histórico colegio de Montserrat y las magníficas iglesias.

Estos abuelos, desde su experiencia, podrán ayudar a los niños a amar esa ciudad que es de ellos, de la que son desde ya responsables, en la que deben ser protagonistas. Y a la vez estos ancianos podrán redescubrir con mirada de niño las iglesias y monumentos, los grandes edificios que fueron dándole el perfil de ciudad moderna. ¡Qué riqueza de posibilidades abre esta iniciativa de *CEPRAM*, para los niños y para los ancianos, en ese compartir la sabiduría! Y al mismo tiempo, qué multiplicador el ejemplo para la comunidad este diálogo de las generaciones, ese compartir desde visiones distintas una misma realidad.

En otro de los proyectos presentados, ancianos y niños descubren juntos el cielo de Esquel, ciudad rodeada por montañas de hasta dos mil metros de altura en la zona cordillerana de Chubut. Nuevamente se nos presenta el diálogo entre ancianos y niños, que implica saberse ambos necesitados de aprender y capaces de asombro. Quizás en más de un momento brote la admirada expresión del Salmista: *Al ver el cielo obra de tus manos, el mar y las estrellas que creaste, ¿qué es el hombre para que pienses en él, el ser humano para que lo cuides?*, (Salmo 9), que lo lleva a comprender la dignidad del hombre y la grandeza de su Creador.

El proyecto de *Gente Nueva*, un valioso y comprometido grupo que trabaja en los lugares de pobreza de Bariloche, allí donde el turismo no llega, quiere hacer que ancianos y jóvenes sean protagonistas y transformadores, obrando mancomunadamente.

Por último, de Santa Fe y de González Catán, en la provincia de Buenos Aires, destacamos el *Curso para los cuidadores familiares y el autocuidado de adultos*, de la *Asociación de Gerontología Social de Santa Fe*, y el Proyecto Vínculos, de la Obra del recordado Padre Mario Pantaleo. Cada uno de ellos apunta a fortalecer la inserción del anciano en la familia y la comunidad a través de la participación y el aprendizaje.

Estos premios nos hablan de amor. Cada uno de ellos apunta a fortalecer la inserción del anciano en la familia y la comunidad a través de la participación y el aprendizaje.

Nuestra historia trae conmovedoras imágenes de ancianos, la de San Martín con sus nietas, inmortalizado en el grupo escultórico en el Grand Bourg, o el recuerdo de nuestros padres y abuelos que se habían cruzado con el viejo general Mitre caminando por Florida, y la mención es oportuna cuando este año lo hemos evocado en el centenario de su fallecimiento, y más cerca nuestro, Borges, con su bastón, presencia venerable por las calles de este Buenos Aires que vio “crecer y declinar”, pero en la que podía “recordar el patio de tierra y la parra, el zaguán y el aljibe” (*La Fama*).

*Desde uno de tus patios haber mirado
las antiguas estrellas
desde el banco de la sombra haber mirado
esas luces dispersas
que mi ignorancia no ha aprendido a nombrar
ni a ordenar en constelaciones,
haber sentido el círculo del agua
en el secreto aljibe,
el olor del jazmín y la madre selva,
el silencio del pájaro dormido,
el arco del zaguán, la humedad
esas cosas, acaso, son el poema.*

(*El Sur*)

Se terminó de imprimir en
Talleres Gráficos DEL S. R. L.
E. Fernández 271/275, Piñeyro
Julio de 2007



Fundación Navarro Viola

Av. Pte. Quintana 174 - C1014ACO Buenos Aires
Tel.: (011) 4811-7045 | Fax: (011) 4815-4642
fnv@fnv.org.ar | www.fnv.org.ar